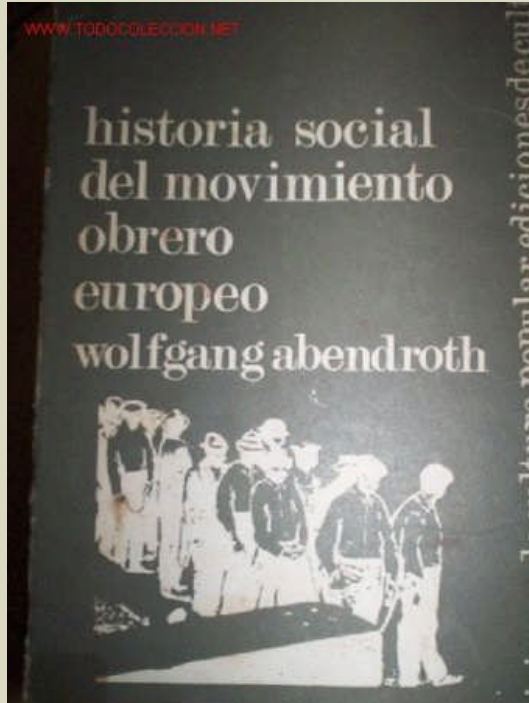


Wolfgang Abendroth



HISTORIA SOCIAL DEL MOVIMIENTO OBRERO EUROPEO

www.omegalfa.es

La edición original alemana fue publicada por Suhrkamp Verlag, de Frankfurt, con el título de *Soozialgeschichte der europäischen Arbeiterbewegung*

© Suhrkamp Verlag, 1965

Traducción de Justo Pérez del Corral

Revisión de Ignasi Riera.

Portada de Enric Satué

Primera edición, Ediciones de Cultura Popular, 2ª. edición, revisada, Estela, octubre 1970

Propiedad de esta edición (incluidos la traducción y el diseño de la portada) Editorial Estela, S.A., Avda. José Antonio, 563, Barcelona.11

Impreso en Romanyà-Valls, Capellades

Depósito Legal: B: 36.217 - 1970

www.omegalfa.es

WOLFGANG ABENDROTH

HISTORIA SOCIAL DEL
MOVIMIENTO OBRERO
EUROPEO

ÍNDICE

Introducción a la edición española.....	05
Prólogo a la edición alemana.....	07
I. Los comienzos del movimiento obrero europeo hasta el fracaso de la revolución de 1848.....	10
II. La Asociación Internacional de Trabajadores.....	34
III. La expansión de los partidos obreros nacionales y de los sindicatos en el continente europeo.....	53
IV. La época de la II Internacional, hasta el fin de la primera guerra mundial.....	65
V. El movimiento obrero europeo entre la revolución rusa y el triunfo del fascismo en Europa central.....	90
VI. El movimiento obrero en la época del fascismo...	130
VII. El movimiento obrero europeo después de la segunda guerra mundial.....	159
Orientación bibliográfica.....	196

Introducción a la edición española

En los últimos años se han publicado en España numerosos estudios, parciales unos y generales los más, sobre la historia del movimiento obrero europeo. La inmensa mayoría de ellos han sido traducciones de los clásicos del marxismo, y escasos los que podríamos calificar de últimas investigaciones históricas. Pero no es eso lo peor, sino que buena parte de éstas, a excepción de los estudios de Edward Hallett Carr, son de una «corrección» más que dudosa y de un variado, por no decir escaso, valor tanto histórico como, sobre todo, político. Pocas han sido las que escapan de un trasnochado positivismo historicista, de las más actuales lucubraciones de eso que se ha venido en llamar filosofía de la historia, o, lo que es peor aún, de un extraño obrerismo seudorrevolucionario, que no responde más que al radicalismo pequeño-burgués de la izquierda cristiana.

Por suerte el trabajo de Abendroth no ha caído en ninguno de estos «vicios», en gran parte porque el autor no tiene pretensiones ni de erudito ni mucho menos de pontífice. En efecto, el presente estudio constituye una de las mejores síntesis políticas de la historia del movimiento obrero europeo. Porque, si de algo podemos calificar este trabajo es de político. Político, porque analiza al movimiento proletario como una unidad, sin caer en un estudio por departamentos estancos nacionales; y porque el análisis superestructural le permite profundizar y clarificar mejor los aspectos ideológicos y políticos generales, pese a que aborda con ambigüedad la crisis del movimiento comunista internacional. Así, el estudio de las distintas corrientes ideológicas que influyeron en el proletariado europeo viene comple-

tado por el análisis político de las organizaciones obreras. Abendroth explica con claridad la formación de las principales organizaciones proletarias, sus características específicas, sus planteamientos tácticos y estratégicos, y sus «prácticas» en las luchas en pro de la emancipación obrera. Esta síntesis, entre las formulaciones ideológicas y la táctica política y sindical, entre la teoría y la práctica, hacen del presente trabajo una obra de apreciable valor didáctico. Y esto es precisamente lo que se proponía el autor, como explícita claramente en el prólogo cuando dice que «se ha renunciado adrede al aparato científico, pues (el libro) aspira a ser un análisis de fácil lectura y no tratado histórico». Finalmente, hay que señalar al lector que la obra de Abendroth data del año 1965, lo que significa que estos últimos años, decisivos en muchos aspectos, no quedan incluidos. Sin embargo, creo que la lectura del libro completada por unos simples conocimientos actuales darán los suficientes elementos de juicio al lector como para llegar a una clara comprensión de la actual situación del movimiento obrero europeo.

BORJA DE RIQUER

PROLOGO

Desde las revoluciones inglesas en el siglo XVII y desde las revoluciones americana y francesa, el movimiento burgués en favor de la libertad ha modificado el mundo incesantemente. Sus principios se han convertido en la base natural de la organización política y del pensamiento de todos los grupos sociales —incluso allí donde esos principios habían sido primero combatidos como abstracta utopía y criminal locura no sólo por los gobiernos, sino también por los ideólogos de los medios sociales aliados con el feudalismo y el absolutismo. El movimiento obrero ha transmitido esos principios desde el orden político a la estructura de la sociedad, los ha seguido desarrollando en conexión con la transformación de la sociedad económica por la revolución industrial, y, de privilegios de la raza blanca que eran, los ha convertido en derechos de los hombres de todas las razas, incluso de aquella mayoría que la expansión colonial del capitalismo industrial había hecho primeramente un nuevo objeto de explotación. Este movimiento obrero, lo mismo que en otro tiempo el movimiento burgués por la libertad, fue tratado en un principio por las clases dominantes, a las cuales tuvo que oponerse, y por sus ideólogos, como una unión de ilusos y delincuentes.

El movimiento obrero ha pasado por fases en que su realidad actual de cada caso y su aspiración originaria se distanciaron mutuamente. Y aún no ha terminado su camino. En los Estados Unidos y en los países del occidente europeo ha logrado

para su clase un bienestar material que todavía hace medio siglo habría sido considerado por los ideólogos de la clase dominante como un peligroso sueño cuya realización significaría el fin de la Civilización, al aliarse «la pereza y la sed de placeres» de las capas inferiores.

En el este de Europa ha desmontado la estructura clasista de la sociedad, pero vive una fase de despotismo; lo mismo que en otro tiempo, después de 1789, la revolución burguesa sustrajo en Francia las bases al feudalismo, pero pareció extinguirse en el imperio de Napoleón. En algunos países capitalistas donde la clase obrera goza de mayor bienestar material —en EE.UU. y en la República Federal de Alemania—, el movimiento obrero parece haberse entumecido actualmente en la autolimitación sindical a una actividad conforme con el sistema y en una adaptación espiritual a las ideologías de los grupos que siguen dominando políticamente. ¿No aclamó la burguesía alemana también, después de la fundación del imperio, en 1871, por razón del auge económico, el estado de los Hohenzollern, divinizó a Bismarck y olvidó la lucha por el parlamentarismo y la democracia? ¿No eran y son éstas fases pasajeras de un desarrollo histórico que, sin embargo, conserva su sentido y su dirección? ¿No sería, por tanto, un vituperable provincialismo considerar la actual situación de la República Federal de Alemania como el único resultado y el término de la historia universal?

Sólo la reflexión sobre el proceso histórico total del despliegue del movimiento obrero puede ayudar a hallar la respuesta. De esta respuesta depende todo intento de poner en claro la situación de nuestro mundo actual. El movimiento obrero fue primero un producto de Europa. De ahí la conveniencia de limitar de momento a Europa esa reflexión, sin perder de vista que

las revoluciones de fuera de Europa intentan hoy día realizar ideas que tienen su origen en el movimiento obrero europeo.

El presente trabajo pretende colaborar a esa reflexión. Ello determina y limita su forma y su contenido. En él se ha renunciado adrede al aparato científico, pues aspira a ser un análisis de fácil lectura y no un tratado histórico. Esto no impide, sin embargo, que se base en el aprovechamiento de la bibliografía existente sobre su temática. No aspira, con todo, a aparentar lo que un breve compendio no puede ser, es decir: la exposición general histórica de este desarrollo, que, a pesar de muchos serios trabajos previos, sobre todo la *Historia de la Internacional* de Julio Braunthal, está aún por escribirse.

Wolfgang Abendroth.

Marburgo, enero de 1965

I.

LOS COMIENZOS DEL MOVIMIENTO OBRERO EUROPEO HASTA EL FRACASO DE LA REVOLUCIÓN DE 1848

La forma característica originaria de la producción capitalista en el período que va de la mitad del siglo XVI hasta el último tercio del XVIII fue la manufactura. En su primer estadio se coordinaban en un taller las actividades de un gran número de artesanos y obreros no cualificados, bajo la dirección de un capitalista. Más tarde, la evolución a la cooperación de operarios de la misma especialidad, cuyo anterior ámbito laboral quedaba ahora desintegrado, aislado e independizado, con el fin de abaratar la producción, al limitar a cada uno de los operarios que colaboraban en la producción total a unas pocas manipulaciones. Estos dos tipos de manufactura convirtieron en pura ilusión las posibilidades y esperanzas profesionales de los oficiales. Ciertamente que también el oficial había sido, en la época anterior a la manufactura, un trabajador dependiente que vendía su energía laboral a su maestro de taller. Pero tenía aún una oportunidad real de independizarse al cabo de algunos años. En la medida en que el régimen gremial había puesto límites a tal independización del oficial, la meta declarada por las hermandades obreras —además de la garantía de ciertas condiciones de trabajo y de vida— era suprimir tales limitaciones; y si bien en situaciones excepcionales llegaron demandas muy avanzadas, no obstante, no surgió de ahí ningún movimiento continuado.

Los avances de la manufactura transformaron esta situación incluso allí donde el trabajo de los productores dependientes no se concentraba en el taller, sino que se realizaba en el hogar. Para la masa de los obreros de la manufactura, el proceso de trabajo perdió el carácter de una unidad racional y abarcable en su totalidad, que había tenido todavía para el artesano independiente. El proceso de la división social del trabajo adquirió unas proporciones que subsumían al individuo como a un elemento funcional completamente aislado al que resultaba vedada toda visión de conjunto sobre el sentido total del proceso y que quedaba sometido a la fuerza rígida de las instrucciones. La revolución industrial del último tercio del siglo XVIII hubo de llevar esa tendencia hasta las últimas consecuencias, pues la máquina —punto de partida y centro de esa revolución que cada vez invadía más todos los campos— sustituyó al operario, que utilizaba una sola herramienta, por un mecanismo que trabajaba al mismo tiempo con varias herramientas del mismo género. Una vez que las herramientas del organismo humano se hubieron convertido en las de un mecanismo semejante, la máquina recibió también una forma emancipada de las limitaciones de la energía humana y transformadora del proceso de producto. Si en la manufactura había sido puramente subjetiva la estructuración del proceso de trabajo en cuanto combinación de trabajos parciales, la gran industria que ahora surgía poseía en el sistema de las máquinas un organismo objetivo de producción con que el operario se encontraba ya como condición definitiva de la producción. Para una gran parte de los trabajadores no eran ahora necesarias ni una fuerza corporal especial ni habilidades desarrolladas en largo aprendizaje. Con esto se podía aumentar al máximo el trabajo de las mujeres y de los niños, con todas las catastróficas consecuencias para la salud mental y corporal de la población, que

caracterizan, en el siglo pasado, en Europa, las primeras décadas del desarrollo capitalista, y que se repiten en el siglo XX, en la industrialización de antiguas colonias y otros países «subdesarrollados», en condiciones capitalistas.

El desarrollo del proceso de producción impuso, en la fase de la primitiva industrialización, el uso permanente de la máquina. Resulta perfectamente lógico que interesase a los capitalistas obtener el beneficio máximo. En tales condiciones, el triunfo de la máquina condujo inevitablemente a la prolongación de la jornada laboral y a la intensificación del trabajo mismo. En el período anterior, el sistema como tal podía ser aún aceptado por los trabajadores, a pesar del contraste social de intereses existente. Esto vale preferentemente para los obreros de las capas rurales, que con la aplicación sistemática del «embaucamiento de los labradores» perdían su existencia de agricultores a manos de los grandes terratenientes y que ahora hallaban en la manufactura una nueva base de vida. Discusiones sobre salarios y horarios laborales las hubo también en la manufactura y gracias a ellas llegaron los obreros a conocer el contraste social de intereses entre ellos y sus patronos. Pero ahora, la maquinaria competía, como medio de trabajo, con los trabajadores mismos. La máquina suplantó al operario y creó, en cada caso en la rama industrial por ella invadida, un ejército industrial de reserva que al cabo de algún tiempo pudo tal vez hallar ocupación de nuevo, pero en peores condiciones. Reconociendo este complejo, escribió David Ricardo: «La misma causa que puede elevar los ingresos del país (es decir, el terrateniente y los capitalistas) puede al mismo tiempo originar un aumento excesivo de la población y hacer empeorar la situación del trabajador.»

De ahí que ya no resultara extraño el que la primera reacción del trabajador apuntase a la destrucción de las máquinas. Ya durante el siglo XVII se habían registrado rebeliones de los obreros contra las primeras máquinas empleadas en telares y pasamanerías.

Al principio, su uso estuvo prohibido en el continente; el electorado de Sajonia, por ejemplo, no permitió su empleo hasta 1765. Las primeras tundidoras fueron destruidas por los trabajadores ingleses en 1758. Con el fin de dominar la indignación de las masas, el parlamento británico promulgó en 1769 una ley que sancionaba la destrucción de fábricas y máquinas con la pena capital. Por otra parte, los trabajadores elevaron continuamente peticiones al parlamento en las que solicitaban la prohibición del empleo de máquinas, hasta que en los dos primeros decenios del siglo XIX hicieron una vez más uso de la fuerza en campañas masivas incesantemente repetidas. A partir de 1811, el movimiento alcanzó tales proporciones que el gobierno de la Restauración se refugió una vez más en una ley de terror que castigaba con la muerte la destrucción de máquinas.

Ni siquiera el valiente discurso de Lord Byron en la Cámara Alta, en febrero de 1812, contra el proyecto de ley pudo evitar su aceptación. El terror quebró por fin la resistencia, objetivamente ilusoria, si bien comprensible, de los trabajadores; una vez más se avivó a raíz de la ejecución de dieciocho dirigentes obreros de York en enero de 1813, pero duró poco y no tuvo mayores consecuencias. Paulatinamente fueron aprendiendo los trabajadores de Inglaterra, como escribió Marx, «a distinguir entre la maquinaria y su empleo capitalista y a retirar sus ataques a los medios materiales y concentrarlos en la forma de explotación social». Formas tardías de este movimiento de protesta las hubo, sin embargo, todavía en Inglaterra en la segunda

mitad del siglo XIX, y en todos los demás países se dieron fenómenos similares en la correspondiente fase de la industrialización: así, por ejemplo, en el levantamiento de los sederos de Lyon en 1831 y en los tumultos de los tejedores de Silesia en 1844.

El escaso nivel cultural de los trabajadores en esta primera fase de la industrialización, su humillación moral por la necesidad, para conservar la propia vida, de vender a precios cada vez menores no sólo su propia energía laboral, sino también la de sus mujeres e hijos y el verse obligados a enviar a éstos a la fábrica en lugar de la escuela, perpetuando así la propia falta de cultura, hacen comprensible la violenta reacción en el primer estadio de la industrialización. La legislación y una ideología racionalista del derecho natural habían negado a los operarios ya desde el final de la Edad Media el derecho a mejorar sus condiciones de trabajo y de vida por medio de una acción solidaria.

En 1731, el reglamento gremial del Sacro Romano Imperio había fijado por derecho común la prohibición de asociarse los oficiales artesanos, como ya era natural en casi todos los Estados europeos. Ni siquiera las revoluciones burguesas lograron cambiar nada: tanto a los representantes del derecho natural racionalista como a los de la economía fisiocrática y liberal clásica, la libertad y la igualdad en la sociedad les parecieron aseguradas al máximo por el hecho de que a muchos productores se les garantizaba su propiedad, su cooperación y su particular lucha competitiva y se les vedaba la unión de «intereses especiales», cuyo poder —según se creía— sólo podía limitar la libertad de los demás. Mientras los trabajadores se considerasen como mera parte de las capas populares de la nación, quedarían también presos en esa ideología. Así ocurrió que los más

sensatos de los trabajadores comprendieron pronto, desde luego, que su privación de derechos sólo podía ser eliminada exigiendo para todos los ciudadanos el mismo derecho a determinar el contenido de la actividad del poder político, a fin de que no se abusase del Estado en interés de unos pocos; de ahí que reclamaran para sí todos los derechos de la libertad que corresponden al pensamiento iusnaturalista. Pero no fueron capaces aún de plantear exigencias que se diferenciases del pensamiento de los demócratas radical-burgueses. Así, en la época de la Revolución Francesa, fuera de Francia, aparte de los intelectuales revolucionarios, fueron sobre todo los representantes de la naciente clase obrera quienes lucharon por los objetivos de la Revolución Francesa: la idea de solidaridad internacional en la lucha por la democracia y los derechos del hombre, frente a la política de coalición de las potencias europeas contra la Revolución Francesa, halló su base social en Inglaterra entre los oficiales artesanos y los obreros. Ellos se agruparon en las Corresponding Societies, una vez que Thomas Paine en su obra *Los derechos del hombre* (I tomo, 1791; II, 1792) les había hecho comprensible el pensamiento iusnaturalista democrático. El zapatero Thomas Hardy había fundado en 1792 la primera de tales sociedades. En el lapso de dos años, decenas de miles de obreros ingresaron en estas agrupaciones, con cuyos objetivos simpatizaba también una buena parte de la «intelligentsia» y de la burguesía industrial, sobre todo desde que la política militar frente a Francia había bloqueado el mercado continental a Inglaterra.

En octubre de 1795 se produjeron en Londres manifestaciones contra Jorge III y el primer ministro Pitt; su sentido era urgir la terminación de la guerra con Francia. Estas actividades se prosiguieron hasta la sedición de la marina de guerra en 1797,

pero quedaron interrumpidas con la supresión del *Habeas Corpus* en 1794, la prohibición de los grupos de discusión en 1799 y las *Combinations Acts* de 1799 y 1800, que anularon el derecho a crear asociaciones sindicales. También la actividad «jacobina» de este período de Alemania estuvo sostenida, como lo demostraron las revueltas de los operarios textiles de Silesia entre 1792 y 1794, por las capas populares.

La Revolución Francesa había hecho posible, sobre todo mediante el derecho electoral democrático de la constitución de 1793 y la dictadura revolucionario-popular de los jacobinos, el giro de la historia europea para implantar los derechos del hombre y de la democracia. El auge industrial, la penetración de la nueva producción a base de máquinas en la manufactura, sólo comenzó durante las guerras revolucionarias y el primer imperio, al amparo del bloqueo continental. Los oficiales artesanos y los obreros manufactureros pasaban, desde luego, por ser los grupos más activos en las luchas revolucionarias del 14 de julio de 1789 hasta la caída de Robespierre el 9 de termidor de 1794; pero ni siquiera bajo el Comité de Salud Pública lograron la abolición de aquel decreto (girondino) del 14 de junio de 1791 que prohibió todas las asociaciones de operarios y oficiales como un «atentado contra la libertad» y contra la *Déclaration des droits de l'homme et du citoyen*, entendida en un sentido puramente individualista. El 9 de termidor y la supresión de la dominación de los intelectuales revolucionarios y pequeños burgueses por la de la burguesía acabaron con su actividad política; las revueltas de hambrientos en París, en octubre de 1795, consumieron su última energía. La propaganda y la organización secreta de Babeuf, la *Conspiration des Égaux*, querían aprovechar una vez más, en 1796, para realizar una sociedad agraria socialista sin derecho de herencia, mediante una dicta-

dura revolucionaria, la experiencia del período del Directorio, es decir, la experiencia de que la democracia había fracasado por la contradicción entre la proclamada igualdad política y la inexistente igualdad social. El proceso contra los conjurados y la ejecución de Babeuf acabaron, sin embargo, con este movimiento. La historia de esta conjuración, de Buonarotti, publicada en 1828, se convirtió luego, por cierto, en una de las más importantes bases teóricas de las organizaciones secretas en el período de la monarquía de julio; su influencia no se limitó únicamente a Francia.

Así, pues, la época de la Revolución Francesa había creado, de todos modos, condiciones decisivas para el futuro desarrollo del movimiento obrero europeo: la conciencia de la necesidad de la democracia política y de la solidaridad internacional en la lucha por los derechos humanos. De la experiencia del conflicto social con los intereses de la burguesía habían surgido las primeras consideraciones sobre el modo de transformar la sociedad, que fueron ejerciendo su influjo sobre la concepción de pequeños círculos de obreros en Inglaterra y Francia. La propiedad capitalista de los medios de producción no era ya para estos círculos la base natural y sagrada de la sociedad económica.

Los decenios del Directorio, del Consulado y del Primer Imperio paralizaron, es cierto, la propia actividad de las capas populares en Francia y en el resto del continente, que con las luchas de la época de la revolución habían quedado agotadas. Pero tanto en el período de la dominación de la burguesía como sobre todo en el de la monarquía militar napoleónica se extendió rápidamente la nueva forma económica por Francia y también por la parte occidental de Alemania. Durante este tiempo no aparecieron aún las consecuencias del afianzamiento

del poder económico de la burguesía y de la posición de los obreros industriales dentro de las capas populares.

No obstante, a pesar del triunfo de la restauración, esta situación tenía que provocar consecuencias políticas en cuanto comenzaran a aflojarse las riendas. El anacrónico comportamiento de los Borbones en Francia, que ignoraron sencillamente la importancia real de las nuevas clases —aunque no había que pensar en una restauración de la estructura social anterior a la revolución—, impulsó a la burguesía hacia una nueva oposición liberal, y esta oposición necesitaba a los obreros como tropa militante auxiliar. A su sombra pudo seguir desarrollándose la conciencia social de los obreros. Esta situación resultaba en Inglaterra, con su gran adelanto industrial, mucho más llamativa aún que en el continente. La competencia entre la reacción conservadora, reforzada por la victoria sobre Francia, y la burguesía industrial, que apremiaba a una participación en el poder político, se hallaba aquí bajo un signo mucho más halagüeño, gracias a una posición mucho más firme y a una mayor autoconciencia de las clases medias burguesas. Así, en Inglaterra se inició pronto la lucha por una reforma electoral, mantenida tanto por la burguesía industrial, que pretendía influir en las decisiones políticas y adaptar a sus necesidades la política aduanera y exterior del imperio, como también por la clase obrera. Fue inevitable que los obreros vinculasen esta nueva fase de sus luchas con unas primeras exigencias politico-sociales, tal como fueron formuladas en 1819 durante las manifestaciones de masas de Manchester.

Los contrastes entre las capas dominantes en la política y en la economía hicieron posible en 1824 la abolición de la prohibición de agrupación; los cuadros sindicales nacidos ya antes de un modo ilegal podían ahora actuar abiertamente. En la coyun-

tura de esta época, a la que siguió una grave crisis a raíz de 1825, año de la especulación, el reconocimiento del derecho de agrupación les pareció escasamente peligroso a las clases dominantes. Después de una ola de huelgas, en 1825, una parte de estas concesiones fueron revocadas; pero el derecho mismo de agrupación no se les pudo ya negar a partir de entonces a los obreros ingleses. Y en la crisis se había puesto de manifiesto por vez primera que los obreros, por disponer de organizaciones sindicales eficientes, pudieron al menos defender con éxito algunas de las mejoras de su nivel de vida logradas en el anterior período coyuntural. Las teorías de Robert Owen y William King contribuyeron a dar estabilidad al movimiento, que, socialmente, pudo apoyarse en los obreros cualificados, y, por consiguiente, mejor pagados e instruidos, necesarios en la nueva época de la industrialización. Al amparo de las luchas entre la burguesía y los grandes propietarios en torno a la reforma electoral, los movimientos gremial y sindical pudieron desenvolverse en común. Ellos prepararon el terreno para una situación en que por vez primera se aunó una organización legal en agrupaciones sindicales y gremiales con la lucha en pro de la democratización política y el objetivo de una transformación cooperativo-sindical de la sociedad económica. Las tesis de Owen, antes filantrópico-reformistas para la situación fabril, se adaptaron a esta situación y se convirtieron en el auxiliar teórico del movimiento cuando John Doherty organizó en 1829 la Grand Union of Spinners y surgió en 1830 la National Association for the Protection of Labour. Los obreros, sin embargo, fueron defraudados por el Reform Bill de 1832, nuevo compromiso de las clases superiores, quedando privados de toda participación en el poder político. Resulta, pues, muy comprensible que concentraran de momento sus esperanzas exclusivamente en la actividad cooperativo-sindical, cuanto más que en este campo

no habían padecido aún ninguna derrota definitiva. En la obra *Report to the Country of Lanark* (1820), había desarrollado Owen su sistema de una bolsa de trabajo, destinada a posibilitar el intercambio de mercancías al precio de las horas de trabajo realizadas en las cooperativas de producción. Owen quería establecer esta nueva sociedad económica junto al orden económico capitalista existente e imponerla contra éste paulatinamente. En 1833 surgió el plan de una General Labour Union, que con la asociación de los obreros en cooperativas de producción pudiera restar mano de obra a las empresas capitalistas y contribuir a implantar una sociedad económica socialista; en 1834 se fundó la Grand National Consolidated Trades Union Owen, que de ningún modo pensaba en categorías de lucha de clases, esperaba poder ganar también a los empresarios para su plan de un sistema económico cooperativo, porque creía, lo mismo que Saint-Simon, en los intereses comunes de las clases productivas industriales a los grandes terratenientes y al aparato estatal. Su *New Moral World* debería surgir en la más perfecta armonía de clases. De hecho, sin embargo, el auge del movimiento sindical condujo siempre a nuevas luchas por mejores condiciones de trabajo y de vida para los obreros y a enérgicas contramedidas de los empresarios, que al fin consiguieron la desintegración de la gran federación sindical con su idea de las cooperativas de producción.

Como los empresarios se negaron a emplear a miembros de los sindicatos, éstos se vieron obligados a exigir a sus socios un silencio absoluto sobre su pertenencia a la organización. Con esto, el poder estatal tenía un pretexto para proceder contra los sindicatos como organizaciones secretas. La Grand National Union no pudo hacer frente a tal situación y se desmoronó rápidamente. Sólo pequeñas organizaciones de trabajadores

cualificados se mantuvieron con vida; las masas de los peones y obreros mal pagados se disiparon. La influencia de Owen sobre el movimiento obrero británico se extinguió, si bien sus partidarios aparecen a veces más tarde, sobre todo con la fundación de la Rochdale Pioneers Society, en 1844, que se halla al comienzo del moderno movimiento de cooperativas de consumo.

Poco a poco empezaron los obreros a reconocer que el limitarse a acciones de tipo económico —por mucho que logran del parlamento aisladas concesiones políticas, como la ley de fábricas de 1833— no llevaría a éxitos duraderos. Así volvió a ocupar el centro de las discusiones el tema del derecho electoral democrático. Los dirigentes de la Londoner Working Men's Association de Londres, que confeccionaron el programa de la siguiente fase del movimiento obrero inglés, los seis puntos del *People's Charter* (1838), habían hecho en parte sus experiencias en la fase anterior: así William Lovett, James Watson y Henry Hetherington. Su meta era: el derecho al sufragio, general, secreto e idéntico para todos los hombres, idéntica división de los distritos electorales, dietas para los diputados, reducción de los períodos legislativos; en resumen: transformar a Inglaterra en una democracia. Paralela a esto surgió la London Democratic Association, a la que pertenecía O'Brien, el traductor inglés de la *Historia de la Conjunción de los Iguales*, de Buonarrotti, y que introdujo en el movimiento obrero las ideas de la Revolución Francesa y de los grupos continentales de conjurados revolucionarios. La petición de Birmingham — formulada asimismo por obreros— postulaba fundamentalmente los mismos objetivos. La crisis comercial y el paro masivo de los años 1839 a 1843 dieron una gran resonancia en todo el país al movimiento cartista. Pero no se logró nunca unir a sus dirigentes, una vez que la Cámara Baja hubo rechazado una lista de

firmas en pro de la *People's Charter*, que fue la primera *national petition*. La polémica entre los dos grupos contrarios en la dirección, el Moral Forcé Party, que apuntaba a una agitación y a una coalición con los grupos liberales de la burguesía industrial inglesa, y el Physical Forcé Party que veía en las huelgas generales el medio decisivo de lucha, paralizó toda acción conjunta. El movimiento de huelgas generales en 1842 careció completamente de preparación y sobrevino inesperadamente para ambos grupos. Pero el resultado de la nueva petición de 1842, admirable para la Inglaterra de entonces, mostró, con 3,3 millones de firmas, la envergadura de un movimiento que indujo finalmente al parlamento a la concesión políticosocial de la ley de minas. La supresión de las aduanas sobre cereales en 1846 fue en primer término una victoria de la burguesía industrial sobre los grandes propietarios rurales, pero se basaba en buena parte en el temor de la clase superior a un resurgimiento del movimiento cartista. Desde hacía mucho tiempo, el «bilí» de las diez horas era la meta económica de los sindicatos y de los carlistas y la ley de 1847, que limitó por fin la jornada laboral a diez horas, fue el resultado de la última ola de actividad cartista de masas, que, por cierto, se extinguió poco después del fracaso de las grandes manifestaciones de abril de 1848 y de la malograda revolución en el continente ese mismo año. Certeramente ha caracterizado Karl Marx, en el primer tomo de *El Capital*, la introducción de la jornada normal de trabajo con la ley de 1847 como «el producto de una larga guerra civil más o menos abierta entre la clase capitalista y la clase obrera», en la cual «los obreros industriales ingleses fueron los abanderados por excelencia de la moderna clase obrera». Para él, esta ley fue la primera gran victoria de la economía política de los obreros sobre la de la burguesía, porque «los obreros han forzado una ley estatal que les impide venderse a sí mismos y a

sus familias a la muerte y a la esclavitud mediante un contrato voluntario».

Los dos avances del movimiento obrero inglés entre las dos revoluciones de 1830 y 1848 proporcionaron también a los obreros del continente el esquema para sus luchas. Los obreros ingleses habían aportado con sus éxitos la prueba concreta de la posibilidad de obligar al poder público, con la acción del proletariado, a intervenciones politicosociales, de obtener concesiones salariales con la lucha directa sindical y de elevar el nivel de vida y de cultura de la clase obrera, en contra de las tendencias —«naturales»— a depauperar a las masas.

Nada cambió en estos resultados la degeneración del movimiento cartista, que fue un fenómeno concomitante al fracaso de la revolución europea de 1848. El conocimiento de la necesidad de una solidaridad internacional de los demócratas revolucionarios y de la clase obrera había determinado la última fase del cartismo. La sociedad de los Fraternal Democrats, cuyo secretario era George Julián Harney, había vuelto a establecer el contacto con los grupos de emigrantes extranjeros residentes en Inglaterra y también con círculos revolucionarios del extranjero. Después de la elección del primer parlamento cartista en junio de 1847 para la Cámara Baja, preparó un congreso que había de convocarse para octubre de 1848 en Bruselas, pero que no pudo celebrarse a causa de la revolución. Cuando el parlamento rechazó, en julio de 1848, una tercera petición propugnada por los cartistas (en un momento en que no sólo la clase obrera, sino también los demócratas habían sido ya vencidos en el continente), se inició la rápida desintegración del movimiento cartista. Los trabajadores ingleses perdieron por muchos años un movimiento político independiente. La revolución continental de 1848 fue una consecuencia de la crisis

económica de 1847. Después del breve prelude de la guerra separatista suiza en noviembre de 1847, las rebeliones de enero de 1848 en Italia inauguraron una nueva evolución en la historia del movimiento obrero, que pudo desarrollarse plenamente con la caída del Rey Ciudadano en Francia, el 24 de febrero de 1848. En la anterior revolución de 1830, los obreros y los pequeños burgueses habían luchado juntos durante tres días en las calles de París y después de su victoria vieron asumir el poder a la oligarquía bancaria y financiera y a su rey Luis Felipe. La clase obrera de entonces no poseía una conciencia política propia que hubiera hecho posibles programas y acciones independientes. Sus primeras grandes huelgas, las de los sederos lioneses de 1831 y 1834, fueron aplastadas sin gran esfuerzo. Desde luego, ya antes de la revolución de julio de 1830 hubo sociedades secretas democrático-revolucionarias, como los carbonarios y otros grupos organizados a imitación suya, entre los estudiantes y en parte en las capas populares, sobre todo entre los menestrales; pero hasta la época del rey ciudadano no comenzaron a afirmar los intereses del *peuple* frente a los de la *bourgeoisie*, según lo formuló Louis Blanc en su *Histoire des dix ans*. En rápida sucesión surgieron la Société des Amis du Peuple, la Société des Familles bajo Louis-Auguste Blanqui y la Société des Saisons. Objetivo común a todas estas asociaciones secretas era conquistar el poder político por la fuerza mediante un grupo de conjurados rígidamente organizados y liberar a la clase obrera, que vivía de la venta de su mano de obra. La dictadura revolucionaria de los victoriosos conjurados habría de garantizar la educación del pueblo para la democracia y para la colaboración en una sociedad económica utópico-comunista. En la composición social de los miembros de estas sociedades secretas fue pasando cada vez más a primer plano el elemento proletario. El pensamiento internacionalista

puso a este movimiento en contacto con emigrantes y menestrales revolucionarios alemanes, que, a ejemplo de los franceses, se habían agrupado en 1834 en la Batid derGeachteten (Federación de los Proscritos) y luego en la Bund der Gerechten (Federación de los Justos).

El auge industrial de Francia, que se inició al amparo de la política aduanera del rey ciudadano, reveló de un modo craso la contradicción entre la burguesía financiera, la industrial y el proletariado, pues Francia había sido hasta entonces un país eminentemente agrario. La vida política legal, de la que los trabajadores quedaban, de todos modos, excluidos por el derecho electoral en vigor, se limitaba a un juego entre la aristocracia financiera gobernante y la oposición oficial de la burguesía industrial y culta. Los campesinos, ufanos del papel de propietarios que debían a la gran revolución, constituían la clase numéricamente más fuerte del país. La mayoría de los obreros trabajaba aún en pequeñas empresas y carecía del espíritu combativo del personal de las grandes industrias. Dada la situación política y social de Francia, era muy natural que los obreros se apoyaran, en sus procedimientos y métodos de lucha, en el ejemplo de la conjuración de Babeuf, pusieran sus esperanzas en el éxito de un levantamiento y lo esperaran todo de la política de una dictadura democrático-revolucionaria.

Incesantes preparativos para un levantamiento y finalmente el intento de rebelión del 12 de mayo de 1839 demostraron su energía evolucionaria, que todavía repercutió en las formas de lucha del proletariado parisino durante la revolución de febrero de 1848 y en la Comuna de París en 1871. Su líder, Blanqui, que había pasado hasta su muerte en 1881 treinta y seis años de su vida tras los muros de una prisión, gozaba de una extraordinaria autoridad; su entierro se convirtió en una de las mayores

manifestaciones de los obreros franceses: doscientas mil personas acompañaron al féretro. En la catástrofe del intento de Estado de 1839 estuvo implicada también la Federación de los Justos. Un grupo de sus más activos miembros, Karl Schapper, Heinrich Bauer y Joseph Moll, pudieron escapar a Inglaterra y fundaron allí en 1840 el Círculo Alemán de Cultura Obrera, que pronto acogió también a emigrantes democráticos y proletarios de otras nacionalidades y adquirió gran importancia como Círculo Comunista de Cultura Obrera en el ulterior desarrollo del movimiento obrero internacional. Subsistió hasta 1917.

Pero junto a este movimiento conspirativo comunista, que pretendía fomentar la actividad independiente y la lucha de clases del proletariado, actuaron sobre los obreros franceses otras influencias sin las cuales no se comprende su comportamiento en la primera fase de la Segunda República. Las transformaciones sociales en el período de la naciente sociedad industrial capitalista habían hecho saltar a la palestra a numerosos teóricos que se enfrentaron a, los tendencias dominantes de la economía liberal. Charles Fourier, en su aversión contra la gran empresa industrial capitalista, puso sus esperanzas, en su filosofía social, en una federación de pequeñas comunidades cooperativas cuasi-autárquicas (falansterios); pero su pensamiento poco tenía que ver con la concepción de un movimiento obrero independiente y su lucha de clases. Más realista era el sistema del conde de Saint-Simon, quien comprendió absolutamente lo inevitable del desarrollo hacia la gran producción industrial. Él defendió la idea de la planificación común de la sociedad por medio de los capitalistas industriales y los obreros contra los - a su juicio, parásitos- no-productores. El pensamiento de ambos ha actuado, a través de sus discípulos, so-

bre una parte de la clase obrera y luego, finalmente, sobre Louis Blanc; cuyo «derecho al trabajo» y «organización del 'trabajo» se convirtieron en las divisas decisivas de la primera gran aparición independiente de los obreros de París entre febrero y junio de 1848. En cambio, en esta fase de la evolución, la teoría de la «organización del crédito» y del mutualismo, de Fierre Joseph Proudhon no ejerció influencia sobre la clase obrera francesa, en cuanto a la comprensión de su propia situación, hasta después de los decisivos acontecimientos de junio de 1848. Los obreros, que —según ellos al principio creían— habían triunfado en febrero de 1848 y que habían impuesto la entrada de Blanc y Albert en el gobierno y la creación del comité del Luxemburgo, habían quedado ya sin trabajo o al menos amenazados de ello por la crisis económica de 1847. De ahí que para ellos el problema más importante fuese la garantía del derecho al trabajo por parte del poder público. Esto, sin embargo, debería llevarse a cabo de tal modo que resultasen imposibles tanto la repetición de tales catástrofes económicas como la renovada sumisión total a los capitalistas industriales en la vida económica. Los «talleres sociales» de Louis Blanc — una anticipación de las asociaciones de producción con ayuda estatal, de Ferdinand Lassalle— parecieron satisfacer esa necesidad. Estaban destinados a superar paulatinamente el orden económico y social capitalista mediante una política crediticia de un banco nacional de propiedad pública y con el consentimiento pacífico de todas las clases de la población. ¿No parecía, en efecto, justificada la esperanza de Louis Blanc de llegar sin lucha de clases a una sociedad auténticamente democrática, en un compromiso pacífico con los demócratas pequeño-burgueses y capitalistas industriales, representados en el gobierno provisional? ¿Y no era Blanqui, que criticó esa concordia, un revoltoso amargado por su reclusión? Los obreros tuvieron que

aprender con sus propias y amargas experiencias después de la revolución de febrero que Blanqui había comprendido sus auténticos intereses con más claridad que ellos mismos. Los talleres nacionales que ahora surgieron no era en el fondo más que una organización para trabajos de emergencia; sólo aceptaban a los parados que no se habían enrolado en la Guardia Móvil.

Después de las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente intentaron los desengañados obreros, con la manifestación del 15 de mayo, salvar los fines de su revolución y obligar al parlamento y al gobierno a apoyar la revolución polaca. Pero nada tan lejos de los deseos de los demócratas pequeño-burgueses y de los republicanos burgueses que una lucha común de los demócratas europeos contra Prusia y Rusia. Así, la manifestación condujo al utópico experimento de conquistar el poder y concluyó con la detención de los jefes de los viejos grupos de conspiradores. Con esto quedaba Blanqui eliminado. El decreto del 21 de junio de 1848, que excluía a los obreros solteros de los talleres nacionales, fue la señal para un levantamiento espontáneo de los obreros de París. Los cinco días de lucha fueron decisivos para la revolución no sólo francesa, sino también europea: la burguesía liberal de todos los países europeos buscó la paz con la reacción feudal y celebró la matanza de más de tres mil obreros prisioneros por obra del general Cavaignac.

Karl Marx describió en 1850 en *Las luchas de clases en Francia* el desarrollo de este primer impulso del movimiento obrero francés. En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852) analizó las consecuencias de esta derrota y la renuncia al poder político de la burguesía liberal, aparentemente victoriosa, en favor del epigonal Napoleón y su «banda decembrina». Estos análisis eran

obra de un intelectual que elaboró la filosofía, la historia y la economía de la Europa de entonces para crear un nuevo método científico. Al mismo tiempo reflejaban los primeros arranques y experiencias del movimiento obrero alemán, que sólo podían desarrollarse, dado el atraso industrial de los Estados de la Federación Alemana (Deutscher Bund), sobre la base de una unión con el movimiento obrero de Inglaterra y Francia. El contradictorio enlace del retraso económico y social del propio país con los procesos sociales y culturales en los países vecinos, mucho más avanzados, revistió una gran importancia en el despliegue del pensamiento teórico de la clase obrera. Con ello se reveló de nuevo una relación que ya en la primera mitad del siglo XVIII había llevado a una supremacía de la ilustración francesa sobre la filosofía inglesa y pocos decenios más tarde a una supremacía de la literatura clásica alemana y de la filosofía idealista sobre la vida cultural francesa coetánea; relación que implicaba entonces las condiciones del florecimiento de la burguesía europea.

Precisamente la falta de importancia práctica del movimiento obrero en la primera mitad del siglo XIX permitió a Karl Marx y Friedrich Engels formular, para todos los obreros europeos, ya en vísperas de la revolución de 1848, la teoría del desarrollo de su autoconciencia, sus ideas y objetivos: la sociedad supranacional sin clases.

Después de la Fiesta de Hambach, epílogo alemán de la revolución de 1830 en Francia, y de las agitaciones sociales en Inglaterra, numerosos intelectuales democráticos tuvieron que emigrar de Alemania; así, por ejemplo, los profesores auxiliares de Gotinga, Theodor Schuster y Jakob Venedey. Éstos comenzaron en París una colaboración con menestrales ambulantes alemanes, al estilo de las sociedades secretas democrático-re-

volucionarias francesas. De su Federación de los Proscritos se formó en 1836 la Federación de los Justos. Después de la derrota del levantamiento de la *Société des Saisons*, en 1839, una parte de sus miembros tuvo que emigrar a Inglaterra; allí surgió en 1840, primero como un centro legal de discusión, la Asociación Alemana de Cultura Obrera, de la cual derivó más tarde la Asociación Comunista de Cultura Obrera.

Wilhelm Weitling, un oficial sastre ambulante, había escrito en 1838 para la Federación de los Justos *La Humanidad como es y como debe ser*, y en 1842 *Garantías de la Armonía y de la Libertad*, libros en los cuales la visión utópica de una sociedad comunista iba unida a la de una dictadura educacional revolucionaria. Ahora, la Asociación de Cultura Obrera de Londres brindaba la oportunidad de combinar las experiencias francesas de la conjuración política revolucionaria con las de las luchas de clase inglesas, abiertamente realizadas.

Friedrich Engels había entrado ya en noviembre de 1843 en contacto con la Asociación de la Cultura Obrera londinense; Karl Marx le visitó en 1845 durante una estancia en Londres. En Bruselas se constituyó también, después de la emigración de Marx a París, una Asociación Alemana de Obreros. Al socialismo más bien emotivo de Weitling se le dio por parte de los emigrantes socialistas, tanto en Londres como en Bruselas, una configuración más precisa. Los miembros de la Federación de los Justos habían comprendido lo que significaba para el análisis de la situación de los obreros la investigación de Engels sobre *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra* y qué importancia tenían las conferencias de Marx sobre *El trabajo asalariado y el capital* y su polémica contra la *Filosofía de la miseria* de Proudhon para la teoría economicosocial y la superación de las meras construcciones sistemáticas.

La evolución desde la federación secreta levantisca a la organización de propaganda en el congreso federal de Londres, en verano de 1847, y la adopción del nombre Federación de los Comunistas fueron las consecuencias de ese desarrollo. El paso siguiente fue el encargo del II Congreso Federal a Marx, a finales de 1847, de formular el programa de la federación; un boceto previo había sido ya redactado por Engels.

En febrero de 1848, a raíz del estallido de la revolución en Francia, se imprimió en Londres el *Manifiesto Comunista*. Entonces sólo halló una reducida difusión y no influyó de momento en el curso de los acontecimientos. Al cabo de pocas décadas, sin embargo, se convirtió en el escrito programático de los movimientos obreros de todos los países.

En un lenguaje penetrante y claro, contiene la teoría del materialismo histórico, una precisa exposición de las tendencias del desarrollo de la sociedad industrial capitalista, en la cual, según Marx, la clase obrera —siempre dentro del marco de los estados nacionales— es la encargada de propulsar el proceso de la revolución hasta llegar a la sociedad sin clases. El *Manifiesto* termina con aquella fórmula que, a partir de 1848, reaparece siempre en los programas del movimiento obrero europeo: «Proletarios de todos los países uníos.»

La revolución, en cuya víspera había aparecido el *Manifiesto Comunista*, que la había previsto y para la cual pretendía dar a los obreros las directrices estra tégicas, fue aplastada: la lucha de clases en Francia impulsó a la burguesía de todos los países europeos a abandonar sus propios objetivos y arrojarse en brazos de la reacción. En Alemania, los miembros de la Federación de los Comunistas lucharon junto con los más radicales demócratas burgueses: Wilhelm Wolff en Breslau, Karl Marx como redactor del «Neue Rheinische Zeitung» en Colonia, Friedrich

Engels durante la rebelión badense. Sólo en la Fraternalización Obrera de Stefan Born hubo síntomas de una independiente acción político social de los obreros, que, naturalmente, quedó sin trascendencia en el movimiento general, pues no logró determinar el resultado de éste. De todos modos, la actitud del círculo en torno al «Neue Rheinische Zeitung» y la superioridad de su estrategia impresionó de tal manera a algunos intelectuales de la nueva generación, que pudieron transmitir las ideas de la Federación de los Comunistas —si bien algo reducidas— a la siguiente fase del movimiento; así, por ejemplo, Wilhelm Liebknecht y Ferdinand Lasalle.

Con el fracaso de la revolución, los miembros más importantes de la Federación se vieron obligados a emigrar. La prosperidad de 1850 destruyó todas las esperanzas en una nueva revolución y acabó con la unidad y luego con la existencia de la Federación. Mientras Willich y Schapper retornaron al pensamiento de la fase conspirativa de la Federación, la mayoría del comité central de la Federación, constituido nuevamente en Londres, rechazó con Marx y Engels semejante política ilusionista. La persecución de la policía prusiana puso fin a la continuidad orgánica de la Federación con el proceso de 1852 contra los comunistas.

La decisión del Parlamento Federal Alemán (Bundestag) del 13 de julio de 1854 de prohibir todas las asociaciones obreras dio fin al primer período del movimiento obrero alemán. En los artículos de Friedrich Engels, *Revolución y Contrarrevolución en Alemania*, halló el proceso revolucionario alemán de 1848-1849 la mejor exposición y análisis social de la época.

En su fase primaria, el movimiento obrero había surgido en Inglaterra, pero pronto siguió en Francia y en Alemania por caminos paralelos. El punto culminante lo alcanzó durante la ola

revolucionaria que, provocada por la crisis de 1847, incendió toda Europa. Sólo lentamente y envuelta en contradicciones pudo desarrollarse una concepción y una acción independiente del movimiento obrero.

Había surgido de los intentos de llevar el pensamiento democrático burgués a sus consecuencias, de aplicarlo a los problemas de la sociedad económica y de superar el inhumano empeoramiento del nivel de vida en la época de la primera industrialización y de las crisis subsiguientes. A todo esto, eran casi siempre sólo pequeños grupos de obreros, generalmente bajo la dirección de intelectuales críticos, los que actuaban políticamente: en el ámbito sindical o en cooperativas. Sólo ellos lograron desarrollar durante mucho tiempo una independiente autoconciencia que se enfrentaba a la ideología dominante. Este activo grupo se reclutaba preferentemente entre obreros cualificados, que por razón de su mejor salario tenían también mejores posibilidades de proseguir su instrucción y adquirir mayores conocimientos. En cambio, los miembros de la clase obrera, mucho más depauperados, de momento sólo en tiempos de crisis, en los puntos culminantes de la historia social, demostraron decisión y actividad. Pero entonces se revelaron capaces de acciones mucho más espontáneas, como en el asalto a las máquinas o en julio de 1830 en Francia, donde actuaron, sin duda, más bien como tropa auxiliar de los liberales. Esto cambió cuando comenzaron a formarse organizaciones independientes, aunque pequeñas, que mantuvieron de un modo continuo tesis políticas y sociales, y pudieron así influir ininterrumpidamente sobre las masas.

El fracaso de las campañas revolucionarias independientes de la clase obrera en Inglaterra, en Francia y en Alemania, industrialmente subdesarrollada, el de los levantamientos revo-

lucionarios de 1848, capitaneados sobre todo por demócratas burgueses, quedó rubricado con la luchas de junio en París. La prosperidad de 1850 había estabilizado una vez más el poder político en todos los países de Europa. No obstante, en los residuos del movimiento obrero de Europa se mantuvo la conciencia de una solidaridad internacional. Los obreros conservaron la idea de que la Europa prerrevolucionaria no podía retornar sin cambio alguno y que en otras condiciones había de nacer una nueva fase del movimiento obrero. Los objetivos de la democracia, de la mejora concreta del nivel de vida de los obreros mediante la lucha contra los patronos y la supresión de los privilegios de clase en una futura sociedad sin clase, se convirtieron para ellos en bienes comunes; un mutuo apoyo internacional era para ellos una consecuencia natural. Esta conciencia se mantuvo en un tiempo en que la solidaridad política de los demócratas burgueses en Europa cedió el puesto a una identificación con el estado de cosas existente y de este modo quedó paralizada por los contrastes nacionales.

La primera fase del movimiento obrero europeo había creado las condiciones con las que se podía enlazar después de la nueva ola de industrialización que se inició con la coyuntura de 1850.

II.

LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE TRABAJADORES

El período de prosperidad, que puso fin en 1849-1850 al primer impulso del movimiento obrero europeo, reforzó el desarrollo industrial de Inglaterra e intensificó la difusión de los

nuevos métodos de producción en Francia y Alemania. Mientras duró la coyuntura, la burguesía del continente se sintió satisfecha de la situación política que se había producido después del fracaso de la revolución, aunque ella misma quedó en lo esencial excluida de la participación en el poder político. En Francia dominaban el ejército, la burocracia y la policía de Napoleón III, y en los Estados de la «Federación Alemana», un régimen, modificado en cada caso, de príncipes, nobleza feudal y burocracia. La clase obrera no se hallaba ya en condiciones de desarrollar una actividad propia; sus dirigentes habían sido asesinados después de la revolución, privados de libertad u obligados a emigrar. Sólo en Inglaterra se pudo mantener, mediante uniones sindicales, un resto de continuidad en la organización.

Ahora bien, con la coyuntura de 1850 penetraron cada vez más en Europa los métodos de producción industrial capitalista. En los tres decenios de 1850 a 1880, el número de caballos de fuerza producidos por máquinas de vapor se elevó en Inglaterra de 1'3 a 7'6 millones; en Francia, de apenas 0'4 a casi 1'3; en la Federación Alemana y luego en el Imperio alemán, de 0'26 a más de 5'1 y en Austria de 0'1 a 1'6 millones. Proporcionalmente aumentaron la producción de carbón en Inglaterra de 49 a 147 millones de toneladas; en Alemania, de 6'7 a 59'1; en Francia, de menos de 0'5 a 19'4 millones de toneladas, y la de acero en Inglaterra, de 2'6 a 25'1; en Francia, de 0'8 a 3'8; y en Alemania, de 1'3 a 12 millones de toneladas. La industria de los medios de producción y la industria transformadora presentaban el mismo incremento. El ferrocarril abarcó a toda Europa.

La tranquilidad social y política de los años cincuenta del siglo XIX era engañosa. Mientras el auge económico transcurrió sin perturbaciones, los sistemas posrevolucionarios pudieron disimular las contradicciones entre las clases. Pero tan pronto

una perturbación cualquiera en el impulso económico obligara a la burguesía liberal a urgir intervenciones en la política exterior del Estado, el movimiento obrero volvería a cobrar importancia.

Desde luego, los dirigentes de los demócratas alemanes emigrados a Suiza e Inglaterra estaban en desacuerdo porque cada uno de ellos creía poder sustituir por su propia actividad aparente el auténtico movimiento del proceso histórico. Las rivalidades y discusiones de los alemanes entre sí, que habían traído consigo el fin de la Federación de los Comunistas, fueron típicas tanto de las circunstancias de los emigrantes políticos del continente de entonces como más tarde de los revolucionarios rusos antes de 1905 y de 1917, los refugiados políticos de los años 20 de nuestro siglo, de Italia, y, después de 1933, de Alemania. Una gran parte de los revolucionarios había emigrado a Norteamérica, con lo cual se perdieron para el movimiento obrero europeo. Sólo algunos pocos de entre ellos tuvieron el coraje de refugiarse, en una situación que exteriormente parecía sin salida, en la actividad científica, a fin de elaborar una teoría para el movimiento obrero, como lo hicieron entonces Marx y Engels.

En la época que siguió a 1850 había mejorado la situación material de una gran parte de la capa de obreros industriales, si bien su parte proporcional en el producto social de la producción industrial había permanecido invariable. Las primeras limitaciones a la desenfadada explotación en la fase de la primera acumulación capitalista no tuvieron su origen en concesiones voluntarias de los patronos, sino que fueron establecidas bajo la presión de los obreros. La ley de fábricas inglesa de 1833, que al principio sólo afectaba a la industria textil, fijó horarios básicos de trabajo —para menores de edad entre 13 y 18 años,

12 horas; para niños de 9 a 13 años, 8 horas diarias; el trabajo de los niños menores de 9 años quedó prohibido. Los patronos intentaron soslayar en lo posible esta ley; incluso consiguieron que el Parlamento redujera a 8 años la edad mínima para la ocupación laboral de niños y que el horario general de las fábricas, fijado ahora en 12 horas, fuera también obligatorio para los niños. Gracias a nuevos éxitos de los artistas se llegó finalmente a la ley del 8 de junio de 1847, que limitaba el horario laboral de las mujeres y menores de edad a 11 horas primera y a 10 a partir del 1 de mayo de 1848. La contraofensiva de los industriales no se hizo esperar. No obstante, en 1850 se logró establecer legalmente la jornada de diez horas para todos los obreros, si bien en un principio sólo para el ramo textil. Lo que Robert Owen había reclamado 40 años antes y que las clases dominantes y la doctrina científica reinante había tildado de crimen ateo contra la virtud «cristiana» del trabajo y escarnecido como utopía, alcanzó ahora validez jurídica. Fueron las experiencias de esa lucha inglesa las que ayudaron a los obreros franceses a imponer la ley de la jornada de 12 horas como el más importante resultado de la revolución de febrero de 1848.

Sobre la base de estas primeras garantías sociales hubo de resultar posible ahora a los obreros cualificados, durante el auge económico de los empresarios, obtener algunas ventajas de la competencia de los patronos al comprar su mano de obra: en momentos en que la mano de obra escaseaba, ni siquiera la actuación del terror del aparato estatal del III Reich pudo evitar del todo la subida de salarios. Pero en la época posterior a 1850, el régimen bonapartista en Francia no tenía interés en tales experimentos, por mucho que se viera obligado, por otra parte, a reprimir cualquier conmoción democrática y cualquier

aspiración política de los trabajadores. Se llegó a concesiones politicosociales a la clase obrera: se crearon tribunales industriales, institutos de beneficencia laboral subvencionados, cooperativas de consumo despolitizadas —medidas encaminadas a reconciliar a los obreros con el régimen y a impedir el resurgimiento de su conciencia social.

Al comienzo de la siguiente crisis, la clase obrera ya no era una pequeña minoría en Francia y Alemania como antes de 1848. Y ahora se hallaba en parte en mejores condiciones materiales y culturales. Los gobiernos se vieron obligados a reducir el trabajo de los niños y a garantizar a los obreros una instrucción escolar, mínima desde luego, que se reveló imprescindible para las complicadas funciones de la producción industrial. De ahí que una nueva crisis económica tenía que provocar un movimiento obrero política y socialmente más intenso.

Esta crisis económica comenzó en 1857. Después de las guerras de Crimea y de Italia, los polacos e italianos oprimidos entraron nuevamente en movimiento y suscitaron el sentimiento de solidaridad de los demócratas. La guerra civil americana llevó a los radicales democráticos al parlamento británico y sobre todo a los obreros ingleses a proclamar su simpatía por los Estados del norte y a evitar la entrada de Inglaterra en la guerra al lado de los Estados meridionales de la Unión. Ya antes habían logrado los obreros ingleses un gran éxito: la huelga de los obreros de la construcción en Londres de 1859, a la que los patronos respondieron con *lock-outs* y la supresión del derecho de coalición en sus empresas, pudo terminarse, al cabo de 9 meses —gracias a la cohesión de todos los sindicatos ingleses, que realizaron colectas para los huelguistas—, con la abstención del derecho de asociación. Las campañas de solidaridad en favor de los huelguistas de la construcción habían conducido a

fusiones locales de los sindicatos de obreros cualificados, otorgando de nuevo al movimiento obrero inglés órganos eficientes. Sobre esta base comenzó la nueva lucha por el mismo derecho de voto, que fue apoyada por algunos parlamentarios radical-burgueses; resultado de tal lucha fueron la reforma del derecho electoral de Disraeli en 1867 y la del parlamento de Gladstone en 1884, que otorgaban el derecho de sufragio a la mayoría de los obreros urbanos y rurales.

También el movimiento obrero francés resultó reactivado con la crisis de 1857-1858: a pesar de la prohibición de asociación, se produjo una ola de huelgas para mantener el nivel de los salarios. Como muestra de su política «de simpatía hacia los trabajadores», el gobierno francés envió una delegación de 550 obreros a la exposición universal londinense de 1862. De esta delegación, elegida por los obreros, formaban parte también partidarios de Proudhon bajo la dirección de Henry Louis Toinain. La delegación entró en contacto con el consejo sindical de Londres y acordó una manifestación común en favor de la revolución polaca el 22 de julio de 1863 en Londres. Al día siguiente se discutió la posibilidad de una asociación internacional permanente de los trabajadores; los ingleses organizaron un comité, presidido por Georg Odger, que redactó un mensaje a los obreros franceses. Se solicitaba la colaboración de los trabajadores de todos los países civilizados, el apoyo a la rebelión polaca y que se evitase la presión salarial sobre los obreros ingleses, mediante la contratación de mano de obra más barata en el continente. La primera reunión tuvo lugar el 28 de septiembre de 1864 en St. Martin's Hall, en Londres. En ella estuvieron representados, además de los ingleses y franceses, numerosos grupos de emigrantes; entre otros, los italianos por medio de un ayudante de Garibaldi, y los alemanes, por miem-

bros de la Asociación Comunista de Cultura Obrera. Karl Marx fue uno de los representantes alemanes elegidos para el comité central, que constaba al principio de 32 miembros.

A pesar de todo el escepticismo en cuanto al grado de madurez del movimiento, estimaba en mucho la importancia de la asociación. El 29 de noviembre de 1864 escribía a su amigo Ludwig Kugelmann: «La asociación es importante, porque están ahí los jefes de las Trade Unions de Londres, que han hecho a Garibaldi un recibimiento magnífico y con el gigantesco mitin de St. James Hall han hecho fracasar el plan de Palmerston de una guerra con los Estados Unidos. También los jefes de los trabajadores de París están en contacto con ella.» Al esbozar los estatutos y el preámbulo, que formulaba los principios de la nueva organización, pudo Marx imponerse en contra de los partidarios de Owen y de Mazzini. *El Memorial a la Clase Obrera*, por él redactado, manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores, contenía sólo reflexiones que podían aceptar los partidarios de las Trade Unions y también los discípulos de Proudhon y de Mazzini. Al enlazar con las ideas de los diferentes dirigentes obreros de cada país y al dar conciencia a sus principios comunes, quería iniciar un proceso en el que, mediante las experiencias de las luchas propias, llegaron a una mayor unidad y claridad teóricas. El arranque inicial del movimiento total, la necesidad de una común lucha de clases de los obreros, quedaba claramente formulado; pero a Marx sólo de un modo muy relativo le era posible incluir en el programa de la Internacional sus teorías políticas y sociales desarrolladas en el *Manifiesto Comunista* de 1848. De todos modos, se evitó que la concepción mutualista de los partidarios franceses de Proudhon o las ilusiones de Mazzini influyeran en el programa. El boceto de Marx fue aceptado por unanimidad,

con insignificantes modificaciones, como estatuto y memorial de la Asociación Internacional de Trabajadores. El preámbulo es uno de los documentos de mayor importancia histórica en el movimiento obrero. Dice así:

«Considerando que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la misma clase obrera; que la lucha por la emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios ni monopolios de clase, sino por idénticos derechos y deberes para destruir toda dominación clasista; que la sumisión económica del obrero bajo los propietarios de los medios de producción, es decir, de las fuentes de vida, es el fundamento de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, la atrofia espiritual y la dependencia política; que la emancipación económica de la clase obrera constituye por ello el gran fin último al que debe supeditarse todo movimiento político; que todos los esfuerzos orientados a ese fin han fracasado hasta ahora por falta de unidad entre los muchos ramos del trabajo de cada país y por la carencia de una federación fraternal entre las clases obreras de los diferentes países; que la emancipación de la clase obrera no es una tarea local ni nacional, sino social, que abarca todos los países en los que existe la sociedad moderna y cuya solución depende de la cooperación práctica y teórica de los países más avanzados; que el movimiento obrero que actualmente se renueva en los países industriales de Europa, a la vez que despierta nuevas esperanzas constituye una seria advertencia contra una recaída en los viejos errores y urge la inmediata unión de todos los movimientos aún desunidos; por estos motivos, se ha fundado la Asociación Internacional de Trabajadores.

»La cual declara: que todas las asociaciones e individuos que a ella se unan reconocen la verdad, la justicia y la moralidad como su norma de comportamiento entre sí y para con todos los

hombres, sin distinción de color, creencia o nacionalidad. Considera el deber de cada uno alcanzar los derechos humanos y cívicos no sólo para sí, sino para todo el que cumpla con su deber. Ni deberes sin derechos, ni derechos sin deberes.»

La así nacida Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) pudo apoyarse en una gran parte de los sindicatos ingleses, que se hicieron miembros de un modo colectivo, y en un número variable de miembros individuales, en ocasiones incluso en sindicatos aislados de otros países europeos. El Consejo General no ha tenido jamás una robusta organización propia ni grandes medios económicos, aunque se le haya atribuido falsamente un poder enorme por parte de la prensa burguesa y de los servicios secretos de todos los países, cuya curiosa actitud frente a la verdad, desde los tiempos de Stieber y del Proceso de Colonia contra los comunistas en 1852 hasta el día de hoy, parece una constante en el transcurso de las transformaciones históricas. Desde luego, la autoridad y el prestigio de la Internacional creció sin cesar entre los obreros europeos hasta la derrota de la Comuna de París, pues con llamamientos a la solidaridad se fomentaron grandes luchas laborales. La Internacional contribuyó a esclarecer y desarrollar la conciencia política y social de los obreros a los que representaba. Sus miembros ingleses pertenecían a la Reform League, que aunó desde febrero de 1865 a radicales burgueses y sindicalistas en la lucha por la democratización del derecho electoral y que trajo consigo la ley electoral de 1867. En Francia, sus partidarios se hallaban aún en gran medida bajo el influjo de Proudhon, pero la ayuda de la Internacional y sobre todo de los sindicatos ingleses durante el *lock-out* de los obreros del bronce de París en 1867 y más tarde en las huelgas de los obreros textiles de Rouen y Lyon, y de los mineros del carbón en St. Etienne, trajo como consecuencia el

que un grupo de dirigentes obreros franceses, entre los cuales se contaba también Eugéne Varlin, aceptase la necesidad de la huelga, las medidas politicosociales y el objetivo de la socialización de la propiedad monopolista de los medios de producción.

Los seguidores de Blanqui permanecieron todavía alejados de la Internacional, a pesar de que Blanqui había tomado parte como oyente en su congreso de 1868, en Bruselas. Obreros belgas, suizos, holandeses, italianos y españoles se afiliaron a ella, lo mismo que los dirigentes de la primera organización obrera austríaca. Además de algunos miembros aislados en Alemania y los emigrantes de la Asociación de Cultura Obrera de Londres, se granjeó el apoyo de la Asociación General Alemana de Trabajadores, de la V Asamblea de las Asociaciones Alemanas de Trabajadores y finalmente del Partido Socialdemócrata de Trabajadores de Alemania, fundado en 1869.

La Internacional había logrado convertirse en la representante de casi todas las organizaciones independientes del movimiento obrero en Europa e inducir las a una amplia colaboración y a la discusión de sus objetivos y su estrategia. De este modo dio a los obreros y a los países, en los que en 1864 no había aún indicios de organizaciones tóricas. Desde luego, la autoridad y el prestigio de la Internacional creció sin cesar entre los obreros europeos hasta la derrota de la Comuna de París, pues con llamamientos a la solidaridad se fomentaron grandes luchas laborales. La Internacional contribuyó a esclarecer y desarrollar la conciencia política y social de los obreros a los que representaba. Sus miembros ingleses pertenecían a la Reform League, que aunó desde febrero de 1865 a radicales burgueses y sindicalistas en la lucha por la democratización del derecho electoral y que trajo consigo la ley electoral de 1867. En Francia, sus partidarios se hallaban aún en gran medida bajo el in-

flujo de Proudhon, pero la ayuda de la Internacional y sobre todo de los sindicatos ingleses durante el *lock-out* de los obreros del bronce de París en 1867 y más tarde en las huelgas de los obreros textiles de Rouen y Lyon, y de los mineros del carbón en St. Etienne, trajo como consecuencia el que un grupo de dirigentes obreros franceses, entre los cuales se contaba también Eugéne Varlin, aceptase la necesidad de la huelga, las medidas politicosociales y el objetivo de la socialización de la propiedad monopolista de los medios de producción.

Los seguidores de Blanqui permanecieron todavía alejados de la Internacional, a pesar de que Blanqui había tomado parte como oyente en su congreso de 1868, en Bruselas. Obreros belgas, suizos, holandeses, italianos y españoles se afiliaron a ella, lo mismo que los dirigentes de la primera organización obrera austríaca. Además de algunos miembros aislados en Alemania y los emigrantes de la Asociación de Cultura Obrera de Londres, se granjeó el apoyo de la Asociación General Alemana de Trabajadores, de la V Asamblea de las Asociaciones Alemanas de Trabajadores y finalmente del Partido Socialdemócrata de Trabajadores de Alemania, fundado en 1869.

La Internacional había logrado convertirse en la representante de casi todas las organizaciones independientes del movimiento obrero en Europa e inducirlas a una amplia colaboración y a la discusión de sus objetivos y su estrategia. De este modo dio a los obreros y a los países, en los que en 1864 no había aún indicios de organizaciones obreras independientes, el impulso que les permitiese separarse del liberalismo burgués.

En la conferencia interna de 1865 en Londres se puso de manifiesto el contraste entre las concepciones de Marx y las de los representantes proudhonianos de la delegación francesa; en el primer congreso público de la Internacional, celebrado en

1866 en Ginebra, ese contraste se destacó de un modo rotundo. A partir de entonces, la característica de todos los congresos de la Internacional fue que en las delegaciones del país de gran desarrollo industrial dominaban las ideas de Marx defendidas por la mayoría del Consejo General con el apoyo sobre todo de los sindicatos ingleses, mientras que en las delegaciones de países preferentemente agrarios (entonces Italia y España, al principio, y por el momento, también Francia) o de territorios con pequeñas empresas artesanas (entonces la Suiza francesa) dominaron —hasta la Comuna de París en 1871— las concepciones proudhonianas y más tarde las de Bakunin. Esta oposición sigue existiendo, hasta hoy, así como sus razones sociales, como lo muestra la fuerte actitud de la Federación Anarquista Internacional (FAI) y de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT).

En el congreso de Ginebra de 1866, pudo imponerse, contra los partidarios de Proudhon, el reconocimiento del movimiento sindical y de su arma más importante: las huelgas. La petición de los proudhonianos de sólo admitir obreros manuales como miembros del Consejo General fue desechada; su aceptación habría tenido como consecuencia la dimisión de Marx. Finalmente, el congreso se decidió de un modo abierto por las propuestas de Marx de exigir medidas politicosociales al Estado existente en favor de las mujeres y de los niños y para limitar la jornada laboral a ocho horas. Los proudhorianos rechazaron toda intromisión del Estado en la reglamentación de la relación laboral contractual porque temían con ello estabilizar el Estado y poner en peligro la libertad social.

Frente a esto, advirtió Marx que las medidas para proteger a los obreros sólo podían imponerse «mediante la transformación de la razón social en fuerza política»; «en las actuales cir-

cunstances no podemos aplicar ningún otro método, fuera de... leyes generales impuestas por el poder del Estado... En la imposición de tales leyes, la clase obrera no refuerza el poder dominante. Al contrario, transforma todo poder que se utiliza contra ella en su propio instrumento. Con actos de índole general consigue lo que con una serie de esfuerzos individuales aislados se revelarían como intentos fallidos». La delegación francesa logró, desde luego, el beneplácito para algunas de sus reservas, pero esto no modificó en nada la importancia básica de los acuerdos de Ginebra. Los sindicatos y las cooperativas de producción creadas sin ayuda estatal fueron considerados a partir de entonces como la «palanca para la supresión del sistema mismo de la dominación del salario y del capital».

Las discusiones entre la mayoría del Consejo General, influido por Marx, y los partidarios franceses de Proudhon se repitieron en el congreso de Lausana en 1867. El tema controvertido era el papel de la lucha política de la clase obrera. Los proudhonianos la rechazaban porque ignoraban la fuerza del Estado y con ello querían descartarla de la evolución social. Por muy unidos que estuviesen en cuanto a la necesidad de socializar los ramos industriales de carácter monopolista, la desunión era completa en cuanto a la forma de socialización. Pero, ¿era posible de otra manera, fuera de la intervención de la fuerza estatal? ¿Podían las grandes empresas funcionar como propiedad de pequeñas cooperativas descentralizadas, tal como Proudhon suponía? ¿Se podía a la larga mantener, dado el moderno desarrollo técnico, la propiedad privada de los pequeños agricultores, o resultaba insoslayable —como postulaba el belga César de Paepe— convertir el suelo en propiedad común? ¿Qué actitud habría de tomar la AIT frente a la Liga Internacional Europea de la Libertad y de la Paz de los demócratas radi-

cales burgueses? ¿Debería el movimiento obrero pronunciarse por un sistema obligatorio de enseñanza estatal y, donde ya funcionaba, por su democratización? Todas estas cuestiones fueron resueltas por un compromiso, o bien prorrogadas; una aproximación de los franceses a las concepciones de la mayoría del Consejo General resultaba manifiesta; pero en muchas cuestiones la oposición se mantuvo de un modo oculto.

Sólo el Congreso de Bruselas de 1868 se declaró abiertamente contra la oposición de los delegados franceses, en pro de la socialización de los medios de producción por imposición del poder público. También esperaba el congreso poder evitar, mediante una «huelga de los pueblos contra los gobiernos», un agudizamiento del conflicto entre Francia y Alemania; pero muy pronto se reveló esto como una ilusión.

El Congreso de Basilea de la AIT concluyó en 1869 los debates sobre la concepción de Proudhon: la resolución en favor de la propiedad común del suelo fue aceptada por cincuenta y cuatro votos contra cuatro. Pero ya se anunciaban aquellas discusiones que llevarían al fin de la Primera Internacional. Como delegado de Lyon había acudido a Basilea el revolucionario ruso Miguel Bakunin. Éste tenía poca comprensión hacia una tenaz y sistemática lucha sindical cotidiana por el salario y el horario laboral, adaptada a las cambiantes circunstancias, y por la lucha política para ampliar los derechos democráticos y la legislación social, tal como la llevaban a cabo los obreros de los países industrialmente más avanzados. Su pensamiento respondía a la situación de los obreros en los países de menos desarrollo industrial; en la discusión sobre el derecho sucesorio halló el nuevo conflicto su primera expresión. No menos importante resultó el hecho de que en Basilea se presentó por vez primera un partido nacional de trabajadores: el Partido Alemán Social-

demócrata de Trabajadores. Quedaba abierta una nueva fase del movimiento obrero europeo, que, como pronto se iba a ver, llevaría la impronta de los nacientes partidos nacionales de trabajadores.

El estallido de la guerra entre Francia y Alemania, un año más tarde, mostró que los acuerdos de Bruselas no habían correspondido a la verdadera situación; sin dificultad pudieron los gobiernos de los dos bandos llevar a sus pueblos a la creencia de que hacían una guerra defensiva. Los seguidores de la Internacional se quedaron solos. El Consejo General en Londres analizó la situación desde el punto de vista de un pensamiento democrático-revolucionario, pero no pacifista. En sus llamamientos a los trabajadores de los Estados en guerra expuso la opinión de que era ante todo misión de los obreros franceses derrocar a Napoleón III, pero que luego los obreros alemanes tendrían la obligación de evitar la prosecución de la guerra, que ya no se haría para defender a Alemania, sino para aumentar el poder de Prusia: «Si la clase obrera alemana permite que la actual guerra pierda su carácter rigurosamente defensivo, entonces la victoria y la derrota serán igualmente funestas.» Los diputados del Partido Socialdemócrata en el parlamento nortealemán, Wilhelm Liebknecht y August Bebel, se abstuvieron por ello en la votación sobre los créditos de guerra, mientras que los partidarios de Ferdinand Lasalle votaron a favor.

Cuando la capitulación de Sedan llevó a la proclamación de la III República en Francia, el comité central de Braunschweig del Partido Socialdemócrata de Alemania hizo un llamamiento para celebrar manifestaciones en favor de una paz honrosa con la República francesa y declaró: «En nombre del Partido Socialdemócrata Alemán elevamos nuestra protesta contra la anexión de Alsacia-Lorena, y nos sabemos unidos con los obre-

ros alemanes. En interés común de Francia y Alemania, en interés de la paz y de la libertad, en interés de la civilización occidental contra la barbarie cosaca, los obreros alemanes no tolerarán la anexión de Alsacia-Lorena. ¡Nosotros nos mantendremos fieles a nuestros hermanos trabajadores de todos los países, en todas las luchas por la causa común!» Los miembros del comité central fueron detenidos inmediatamente y acusados de alta traición; la historia «nacional» de la burguesía alemana fue, incluso, lo suficientemente poderosa para arrastrar a la mayoría de los trabajadores alemanes. De ahora en adelante, sin embargo, en el parlamento norteamericano votaron juntos los de Eisenach y los de Lassalle contra los créditos militares y exigieron la renuncia a toda anexión, como esperaba de ellos el manifiesto de la Federación de París de la AIT.

El segundo llamamiento del Consejo General de Londres se dirigía a los obreros franceses. Se les advertía que sería una locura querer derribar el gobierno reaccionario burgués de transición de la nueva III República en una situación en que los ejércitos alemanes se hallaban a las puertas de París. Antes bien, lo que ahora hacía falta era la organización de los obreros bajo las nuevas circunstancias. Los miembros franceses de la Internacional siguieron este consejo hasta la capitulación del gobierno burgués ante los ejércitos alemanes.

En el acuerdo de armisticio, el gobierno francés había otorgado a los vencedores la capitulación y desarme de París —que era defendido por una milicia de obreros y pequeños burgueses—, la guardia nacional, así como elecciones para la Asamblea Nacional. Los campesinos y la burguesía querían la paz a cualquier precio. Más que a los prusianos, temían a los pequeños burgueses demócratas radicales, que, de acuerdo con su tradición jacobina, querían repetir la guerra revolucionaria de

1793 para salvar a Francia; y a los obreros de París que les seguían en ello, bajo la dirección en parte de los partidarios de Blanqui y en parte de la Internacional. La Asamblea Nacional, en la que tenían la mayoría los partidarios de las dos dinastías expulsadas en 1830 y 1848, y el gobierno francés con Thiers a la cabeza se reunieron primero en Burdeos y luego en Versalles. El gobierno quería desarmar por fin a la guardia nacional. El aparato de administración del gobierno tuvo que abandonar la capital, y la población de París eligió su propia representación municipal, la Comuna.

La Comuna reunía en una sola mano el poder legislativo y el ejecutivo; los representantes del pueblo podían ser revocados en todo tiempo por sus electores. Jacobinos burgueses, blanquistas, partidarios de la Internacional, proudhonianos y otros socialistas colaboraron en la Comuna; los seguidores de la Internacional sólo representaban una pequeña minoría. Se realizaron algunas reformas democráticas y sociales (separación de la Iglesia y del Estado, alquileres máximos, prohibición del trabajo nocturno), pero ninguna reforma socialista a fondo. Esta autolimitación, sin embargo, no aminoró el odio de la burguesía. Los ejércitos de Napoleón III, prisioneros de guerra, fueron puestos por Bismarck bajo las órdenes del gobierno Thiers y comenzaron a atacar París el 21 de mayo de 1871. Después de un enconado contraataque de la guardia nacional y de los obreros, las tropas del gobierno conquistaron la ciudad al cabo de una semana. El número de asesinados y deportados no puede averiguarse exactamente. Los mismos vencedores hablaron de 14.000 comunardos caídos o ejecutados, de más de 5.000 deportados y otros 5.000 obreros condenados por tribunales militares a penas de privación de libertad. En un lapso de dos de-

cenios, el movimiento obrero francés había quedado por segunda vez privado de sus miembros más activos.

Los dos partidos alemanes de trabajadores habían podido organizar únicamente una minoría de su clase. Eran demasiado débiles para impedir a su gobierno que convirtiera, con la conquista de dos provincias francesas, la oposición nacional entre los primeros países del continente en punto clave del desarrollo europeo por un cuarto de siglo y obligara a la Francia burguesa a aliarse con los zares. Las clases dominantes en Alemania pudieron así sacrificar los intereses reales de la población a un entusiasmo pseudo-«nacional» y a sus propios intereses materiales concretos.

Ya antes de los días de la Comuna de París, la prensa burguesa de Europa había intentado calumniar a la AIT. En Austria, por ejemplo, dirigentes obreros habían sido condenados a presidio apoyándose en un ambiente negativo y reaccionario por haber simpatizado con la Internacional (entre otros Andreas Scheu y Heinrich Oberwinder). Ahora, después de los acontecimientos de París, reaccionó la «opinión pública» burguesa de un modo muy violento: a fin de justificar las matanzas en París, la Comuna fue presentada, sin el menor respeto a la verdad histórica, como el producto de una conjuración del Consejo General de la Internacional.

El gobierno francés decretó una ley de excepción contra la AIT e intentó mover a otros Estados europeos a la extradición o persecución de los comunardos emigrados. Los gobiernos del Imperio Alemán y de la monarquía habsburguesa proyectaban convocar una conferencia de los Estados europeos contra la Internacional. El gobierno español tomó la iniciativa, en una circular, una vez que el papa Pío IX hubo reprendido al gobierno suizo: «Tolera a esa secta de la Internacional, que desea dar a

toda Europa el trato que ha dado a París. Estos señores de la Internacional son de temer, porque trabajan para los eternos enemigos de Dios y de la humanidad.» Todavía en 1879, León XIII mantuvo en su encíclica *Quod apostolici muneris*, este juicio sobre la Internacional y el socialismo. Fue mérito del gobierno británico haber hecho fracasar, con su fidelidad a los principios constitucionales, el intento de unir a Europa mediante una inquisición antisocialista.

Entre tanto, en la Internacional misma, se había iniciado la discusión entre los antiguos miembros de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista de Bakunin y el Consejo General, dirigido aún por Karl Marx, en cuya controversia había de ir a pique la Asociación Internacional de Trabajadores. El fin de las luchas de París destruyó toda esperanza fundada en una nueva ola de revoluciones democráticas en Europa. Y la resolución de la conferencia londinense de la Internacional en 1871, en la cual se postulaba la fundación de partidos obreros legales en cada país europeo como condición previa para una revolución socialista, no era más que la consecuencia de esa situación. Para los partidarios de Bakunin y de Blanqui resultaba inaceptable; ambos grupos pensaban aún en las categorías del período preindustrial de Europa, definitivamente fenecido.

Sin embargo, la resolución no correspondía tampoco a las necesidades del movimiento sindical inglés, que, como habían mostrado las elecciones de 1868, era aún demasiado débil para poder actuar políticamente por sí mismo. Puso, pues, sus esperanzas en una asociación con el ala democrático-radical de los liberales, para así poder aprovechar el número de sus votos en la mejora de la situación social de los trabajadores.

Karl Marx y el consejo General de la Internacional tuvieron que caer en el aislamiento. Esto se puso de manifiesto en el

Congreso de La Haya en 1872. Ciertamente que Marx y el Consejo General pudieron lograr aún una votación, pero perdieron los votos de los delegados ingleses. La consecuencia fue el traslado de la sede del Consejo General a los Estados Unidos y con ello el fin -solemnemente declarado en 1876- de la AIT.

La oposición “antiautoritaria” de los bakuninistas, que se constituyó en Suiza inmediatamente después de su derrota en la votación del Congreso de La Haya, como representación -en su opinión, única legítima- de la Internacional, pudo ganarse pasajeramente por su poco rígida organización, además de los anarquistas italianos y españoles, también a grupos de obreros belgas y a los partidarios alemanes de Lassalle. En 1877 convocó en Gante el Congreso Socialista Mundial al que concurrieron los partidos obreros surgidos entre tanto en los países europeos. En este congreso se separaron definitivamente los caminos de la Internacional anarquista de las demás socialistas, que fuera de la península ibérica no representó ya movimiento alguno de masas. Fuera de la proclamación de una solidaridad internacional, no se pudo ya formar ninguna organización común.

Con el Congreso de La Haya se cerraba una fase del desarrollo del movimiento obrero europeo. La I Internacional había estado bajo el signo de la AIT, y había creado las condiciones para la fase siguiente: la del nacimiento de partidos obreros nacionales y el auge de los sindicatos en el continente.

En su posición de Ginebra sobre la cuestión de los sindicatos, en 1866, y en la resolución de Londres de 1871 sobre la misión de los partidos obreros, la Internacional había formulado la estrategia del movimiento obrero en Europa para el próximo futuro.

III.

LA EXPANSIÓN DE LOS PARTIDOS OBREROS NACIONALES Y DE LOS SINDICATOS EN EL CONTINENTE EUROPEO.

Cuando la resolución de la Asociación Internacional de Trabajadores recomendó en 1871 a los obreros de los países de mayor desarrollo industrial la constitución de partidos obreros nacionales, existían ya en Alemania dos puntos de referencia para esta nueva forma de lucha del movimiento obrero. También la condición más importante para el despliegue del movimiento sindical, el derecho de asociación, había sido concedido a los trabajadores en el reglamento de industrias de la Confederación de la Alemania del Norte de 1869. Los dos partidos obreros alemanes -la Asociación Alemana de Trabajadores, fundado por Lassalle, y el Partido Socialdemócrata de Trabajadores, dirigido por August Bebel y Wilhelm Liebknecht- abarcaban sólo una pequeña parte de la clase obrera alemana, que crecía con rapidez conjuntamente con auge de la industrialización. En las elecciones de 1874 para el Reichstag, cada uno de los dos partidos opuestos no logró obtener más que el 3%, aproximadamente, de los votos emitidos. Sólo a partir de la unificación de 1875 en Gotha aumentó la influencia del Partido Socialdemócrata de Trabajadores: en las elecciones de 1877 consiguió ya un 9% del total de votos. La ley del año siguiente contra los socialistas pudo, desde luego, prohibir el partido, pero no destruirlo. Después de una breve crisis de adaptación, creció su influjo de unas elecciones a otras, incluso en el período de la persecución; la cohesión orgánica se mantuvo. Pronto se superaron los intentos de adaptación de algunos pocos inte-

lectuales y las tendencias anarquistas de algunos socios y antiguos dirigentes lassallianos.

El partido se formó sobre la base de un pensamiento marxista muy simplificado.

El «Sozialdemokrat», órgano central del partido, redactado por Eduard Bernstein y distribuido ilegalmente, y «Neue Zeit», editado legalmente por Karl Kautsky, representaban su política. El hecho de que fuese el único partido que salió en defensa de la igualdad de derechos para la mujer, incluido el de voto, le hizo atractivo ante las minorías críticas de las capas cultas.

Con el fin de reprimir la creciente influencia de la socialdemocracia, el gobierno alemán llevó a cabo, en los años que siguieron al Mensaje Imperial de 1881, algunas medidas de carácter politicosocial. Se crearon seguros de invalidez, accidentes y enfermedad. Sin embargo, no se consiguió el efecto. Las organizaciones sindicales resultaron, desde luego, muy obstaculizadas por las leyes de excepción, pero después de la huelga general espontánea de los mineros de 1889, su posición llegó a ser inmovible. Así fracasó la legislación de emergencia contra el movimiento obrero en la Alemania imperial; la ley contra los socialistas no fue ya renovada en 1890.

La socialdemocracia alemana había demostrado que con su estrategia en la organización y formación de funcionarios obreros, que generalmente procedían de los medios de trabajadores cualificados, y con la cooperación de intelectuales socialistas, había llegado a ser suficientemente fuerte para obligar al gobierno a notables concesiones de índole politicosocial. Con ello pudo en general mejorar la situación y el nivel de vida de la clase obrera en períodos de coyuntura favorable y estabilizarlos en épocas de crisis. Semejante éxito sólo fue posible porque el partido se mantuvo, por una parte, firme en su objetivo de la

democracia política y de la sociedad económica socialista: la transformación de los medios importantes de producción en propiedad común.

Por otra parte, supo aprovechar de un modo consecuente cualquier posibilidad legal de lucha y había aprendido a resistir toda tentación de ejercer actos de violencia sin sentido, y a utilizar el parlamento como tribuna de la discusión política, las elecciones políticas como termómetro de su influencia, y las campañas electorales como medio de propaganda. De este modo aseguró a las organizaciones sindicales, que reconocían la huelga como medio legítimo de lucha, en contra de las asociaciones sindicales liberales de Hirsch-Duncker, la posibilidad de una acción legal. En 1891 formuló el partido su concepción en el programa de Erfurt; la organización conspirativa se transformó en un partido de masas.

Los sindicatos libres (socialistas) habían reconocido, con motivo de la resistencia común contra el *lockout* de los patronos de Hamburgo en contra del derecho de asociación y de la manifestación del 1 de mayo de 1890, las desventajas de su fraccionamiento en innumerables asociaciones profesionales locales. Después del congreso sindical celebrado en Halberstadt, en 1892, crearon por esa razón el sistema de las asociaciones centrales, organizadas según el principio profesional, que fueron unificadas en un comité central. La oposición, relativamente débil, de los «localistas» fue un paralelo sindical a la oposición de los «jóvenes» en el SPD. Ellos representaban a los grupos que no comprendieron ni dieron el paso de la semilegalidad, bajo la ley antisocialista, a la lucha abierta y legal, y a la conquista de grandes masas de trabajadores, y llegaron a ser las células germinales del anarcosindicalismo, que en Alemania apenas tuvo influencia.

Los sindicatos crecieron con rapidez. Si en 1892 sólo tenían 300.000 socios, en 1899, incluidos los poco nutridos sindicatos cristianos, contaban ya con 600.000 y en 1923 con 2,5 millones. La mayoría de sus funcionarios, que no eran retribuidos, trabajaban al mismo tiempo en el SPD.

En torno a estas dos organizaciones fueron agrupándose las cooperativas y numerosos círculos culturales y clubs deportivos de obreros. Ahora era posible elevar el nivel salarial de los trabajadores, al menos de los sindicatos, si bien con algunos reveses durante las crisis económicas.

Los contratos tarifarios entre los sindicatos y los empresarios fueron adquiriendo una importancia creciente desde finales del siglo pasado. Las organizaciones competidoras de los sindicatos cristiano-nacionales, fomentados por las autoridades, sólo en regiones herméticamente católicas y en la pietista del Siegerland pudieron convertirse en organizaciones de masas. Para poder subsistir, tuvieron que echar mano, a pesar de una inicial obstinación, del arma de la huelga. Estos éxitos hicieron del partido obrero alemán y de los sindicatos a él vinculados el ideal del movimiento obrero en los demás Estados del continente europeo.

El nacimiento de la socialdemocracia austríaca se realizó de un modo similar al de su desarrollo en Alemania, si bien con muchas más contradicciones y con más decisivos reveses. En 1869, las manifestaciones de diciembre habían logrado obtener en Viena el derecho de asociación. En 1872 se constituyó la socialdemocracia como partido y se expandió rápidamente en los centros industriales del estado pluriétnico. La polifacética estructura nacional del estado austríaco multiplicó también los problemas de la socialdemocracia. A esto vino a añadirse el hecho de que los componentes de las nacionalidades eslavas,

sobre todo los checos y los croatas, aparecían aún, en la conciencia de los obreros de lengua alemana, como cargados con el papel contrarrevolucionario que habían jugado en los años 1848-1849.

La fórmula, de tan vago contenido, del derecho de autodeterminación de los pueblos que asumió el partido austríaco, podía disimular aún, en 1872, las diferencias existentes entre las nacionalidades. Lo que no se podía escamotear, en cambio, eran los contrastes entre los «moderados», bajo Heinrich Oberwinder, y los «radicales», bajo Andreas Scheu, entre la estrategia de la lucha reformista llevada junto con la burguesía liberal contra la capa superior burocrático-feudal y la lucha de clases llevada de un modo totalmente independiente. En 1874 emigraron los jefes de ambas fracciones. Los obreros vieneses, bajo la dirección de Joseph Peukert, adoptaron, desde 1881, métodos cada vez más anarquistas, que destruyeron su unidad y aniquilaron la influencia socialista sobre el movimiento obrero austríaco. En cambio, en los centros industriales de Bohemia y Moravia, el desarrollo fue más continuo.

Sólo en 1888-1889 consiguió Viktor Adler en el congreso del partido en Hainfeld volver a superar el fraccionamiento sobre la fase de una declaración marxista de principios aceptable para todos los grupos; a partir de entonces, aumenta el número de socios y partidarios de la socialdemocracia austríaca. En noviembre de 1905 se celebró la gran manifestación huelguista en favor del derecho de sufragio, sin el cual no habría sido posible la reforma electoral de 1907. La división del trabajo entre el partido, los sindicatos y las cooperativas y la organización de las demás asociaciones de trabajadores correspondía al ideal alemán.

En la otra mitad de la doble monarquía, en Hungría, los impulsos de la industrialización se ciñeron primeramente a Budapest. Los pequeños grupos socialistas y revolucionarios permanecieron aislados por largo tiempo e inquebrantables las posiciones dominantes del latifundio feudal. En 1880, los sindicatos se fusionaron y redactaron un programa socialista. Un partido socialista no se fundó hasta 1890, a imitación del partido austríaco.

El movimiento obrero francés tardó en recuperarse de las consecuencias del desastre de la Comuna. La crisis económica de 1873-1874, que había acelerado el auge de la socialdemocracia alemana, no fomentó en Francia los arranques de organización de las asociaciones socialistas. Los dirigentes obreros más importantes habían sido asesinados o encarcelados, o bien habían tenido que emigrar. Sólo después de la amnistía de los comunardos, fue posible en la siguiente crisis, en 1879, la reconstitución del movimiento obrero francés. En torno a Jules Guesde se formó, este mismo año, en Marsella, la Federación del Partido de los Trabajadores Socialistas. Al año siguiente aceptó un programa esbozado por Guesde y Paul Lafargue y redactado por Karl Marx. Por su contenido anticipaba en gran medida el programa de Hainfeld de los socialdemócratas austríacos y el de Erfurt de los alemanes. Pero ya en 1882 se escindió el joven partido. Los posibilistas bajo Paul Brousse —de los que unos años más tarde habían de separarse de nuevo los partidarios de Jean Allemane— pretendían desarrollar una política de coalición electoral con los demócratas burgueses y lograr una federalización comunal de Francia. De este modo esperaban poder realizar, paso a paso y sin la conquista del poder, los fines socialistas de progresiva reforma. Pronto se reorganizaron también los seguidores de Blanqui en un partido propio bajo la

dirección de Vaillant. Este fraccionamiento fue en parte consecuencia de la situación política interior del primer período de la III República, cuyo derecho constitucional sólo permaneció invariable durante muchos años porque los dos grandes grupos monárquicos no habían podido ponerse de acuerdo en cuanto a una dinastía. A pesar de estos caos de organización, la influencia del movimiento obrero creció sin cesar. En 1884 se abolió la prohibición de agrupación, sancionada por el Código Civil, y sólo dos años más tarde se fundó, bajo la promoción del Partido Obrero Francés, de Guesde, la Federación Nacional de Sindicatos. Pero también aquí, en Francia, surgieron demasiado pronto en el movimiento sindical violentas divergencias entre la minoría socialista marxista, que, siguiendo el modelo alemán, quería combatir la actividad parlamentaria del partido y las tareas sindicales, y la mayoría sindicalista, que lo esperaba todo de la «acción directa», de la huelga general —que se había convertido en mito—, y otra minoría en principio antipolítica: la proudhoniana ortodoxa. A pesar del creciente alejamiento entre el partido socialista y los sindicatos, también en Francia pudo elevarse el nivel de vida del proletariado industrial. Su garantía por parte de una legislación politicosocial del Estado avanzó, sin embargo, muy lentamente: en 1894 se promulgó una amplia ley de seguridad social para los mineros y en 1898 una ley de protección contra accidentes.

En Italia, la industrialización había progresado con gran lentitud. La tradición de la revolución nacional democrática había influido también en los comienzos del movimiento obrero italiano. Conjuraciones e insurrecciones le iban mejor que una lucha política legal, sistemática y sindical. En el año 1872, la federación italiana de la Asociación Internacional de Trabajadores se hallaba de tal modo en dependencia de los partidarios de

Bakunin que ya no tomó parte en el congreso de la Internacional de La Haya; ingresó en la Internacional «antiautoritaria» de Bakunin. En la crisis económica de 1873-1874 realizó intentos de rebelión en Bolonia y otras grandes ciudades, pero en ninguna parte pudo atraer hacia sí a grandes masas de la población proletaria o plebeya. En 1877 se repitió este experimento bajo la dirección de Cañero y Malatesta en Letino, aldea del sur de Italia. Esto fue un oportuno pretexto para el gobierno para proceder no sólo contra los anarquistas, sino también contra sus contrincantes legales, los socialistas. Pasaron muchos años aún hasta que, después de una mayor industrialización del norte de Italia, después del intento de fundar un pequeño partido socialreformista y de la aparición de la revista teórica de los socialistas italianos, «La Critica Sociale», se constituyó el que fue más tarde Partido Socialista Italiano. Las insurrecciones de los campesinos, junto con una huelga de trabajadores de las minas de azufre en Sicilia, condujeron en 1894 a una imitación italiana de la ley antisocialista alemana, cuyo éxito fue perfectamente idéntico al de su modelo: un acto de violencia de la policía contra los obreros huelguistas de Sicilia originó una huelga general en el norte de Italia, dirigida por el ala izquierda del partido y por los sindicatos bajo Arturo Labriola. Con esto se obligó al gobierno de Giolitti a la concesión de que en adelante se renunciaría al empleo de la fuerza militar contra las huelgas.

En España, los principios del movimiento obrero tuvieron que afrontar problemas similares, sólo que aquí la industrialización se hallaba más rezagada aún que en Italia. De ahí que la influencia anarquista fuera también mayor. El contraste, por una parte, entre la FAI (anarquista) y la CNT (anarcosindicalista), que agrupaba sobre todo a obreros rurales y peones, y por otra parte la UGT, integrada por los mineros asturianos y

los obreros industriales cualificados, se ha mantenido.¹ Del lado de la UGT se hallaba el Partido Socialista, fundado en 1879 por Pablo Iglesias. Las luchas condicionadas por la disolución de la revolución burguesa de 1868 habían intensificado la repugnancia de gran parte de la clase obrera española contra todas las formas de lucha legal, y sobre todo la parlamentaria. España ha sido el único país europeo donde se ha mantenido durante largo tiempo, un movimiento anarquista masivo.

En este período comienza el movimiento obrero a desarrollarse también en los pequeños estados europeos. Bélgica había iniciado recientemente un proceso de industrialización. Al principio fue territorio de influencia de las ideas de Bakunin y Blanqui, que hallaron eco sobre todo entre los obreros valones, mientras que en el ámbito de habla flamenca el modelo era la social-democracia alemana.

Las dos direcciones se unificaron en 1884. En la crisis económica de los años 80 se produjo la gran huelga de 1886, que movilizó a los obreros valones en pro del derecho de sufragio y que fue aplastada por el ejército. A raíz de esto, los grupos blanquistas se separaron de nuevo del partido e intentaron repetir la huelga de 1888. En 1889 se restableció definitivamente la unidad del movimiento cooperativista y sindical — todo ello fusionado en el partido—, y en 1892 se convocó nuevamente la huelga general en favor del derecho de sufragio universal. Sólo una tercera huelga general pudo, sin embargo, aumentar al menos el número de los votantes autorizados para las elecciones del parlamento; las clases superiores mantuvieron su dominio sobre el senado y resultaron favorecidas con el

¹ Esta afirmación del autor denota un cierto simplismo, que habría que matizar, ya que no concuerda con la realidad histórica del movimiento obrero español. (N. de la R.)

voto plural. Al mismo tiempo, las huelgas de 1886, 1892 y 1893 surtieron efecto y trajeron consigo los primeros éxitos político-sociales. Desde 1894, el partido obrero belga, bajo la dirección de Emil Vandervelde y Edouard Anseele, estuvo representado en el parlamento por una nutrida fracción.

La experiencia general de este período, de que la mejora de la situación económica de los obreros sólo podía garantizarse en el marco de la intervención políticosocial del Estado y con un fuerte movimiento obrero sindical y político contra las oscilaciones de la coyuntura, así como la idea de que esas intervenciones estatales son el resultado de la actividad de la clase obrera, quedó confirmada por la evolución en los Países Bajos. La primera ola del movimiento obrero holandés se extinguió con la derrota de la Comuna de París. Un nuevo intento fue la formación de la Liga Socialista en 1881 por el socialista cristiano y ex-sacerdote Dómela Nieuwenhuis. A pesar del derecho electoral antidemocrático, llegó al parlamento en 1888. En 1889 se ocupó por fin el parlamento del problema de las intervenciones políticosociales en la relación laboral y en los seguros sociales, para luego retardar su solución (provisional) todavía un decenio. Estas experiencias hicieron de Nieuwenhuis un partidario de la «acción directa» y un enemigo del trabajo parlamentario. En 1884 se constituyó, bajo la dirección de P. J. Troelstra y H. van Kol, un partido socialdemócrata orientado hacia el SPD y que pronto fue adquiriendo importancia.

En los países nórdicos aparecieron primero en Dinamarca los principios de un movimiento obrero independiente. La huelga de los obreros de la construcción en 1871 había terminado con detenciones en masa y una ley de emergencia contra la Asociación Internacional de Trabajadores. La policía política había podido impedir una repetición de tales comienzos: con multas

pecuniarias obligó a los dirigentes obreros a emigrar. Pero en 1880 se logró, sin embargo, reunir por fin en un partido las asociaciones locales sindicales y políticas de trabajadores que habían ido surgiendo en relación con la progresiva industrialización. Este partido contaba ya en el año 1889 con 20.000 socios.

Las ideas del movimiento obrero fueron llevadas a Suecia por August Palm, un oficial que había trabajado en Alemania, y difundidas sobre todo entre los obreros de la madera. Hjalmar Branting se unió a él, y en 1889 pudo fundarse un partido obrero a imagen del danés. Abarcaba también las organizaciones sindicales. La creación de una federación independiente de sindicatos no tuvo lugar hasta 1898.

En Noruega, el movimiento obrero enlazó con el movimiento popular-democrático de 1848. En 1883 se fundó la federación sindical y en 1887 el partido obrero. El movimiento obrero de este país —unido entonces a Suecia en régimen de unión personal— asumió las ideas marxistas de la socialdemocracia.

En Suiza había disminuido pronto la influencia de Bakunin en los cantones romanos; a la larga, no correspondía al clima político del país, en el cual dominaba la democracia pequeñoburguesa y había conseguido la permanente institucionalización de una vida democrática y constitucional. Bajo la dirección de Hermann Greulich se fusionaron los sindicatos para formar, en 1873, la Federación Suiza de Trabajadores; en 1878, la Asociación Grütli, una organización radical burguesa que actuaba desde 1838 en apoyo de los enfermos y de la cultura obrera, se declaró también a favor de las reclamaciones social-reformistas. La federación de trabajadores se unió luego al partido socialdemócrata, fundado en 1888. Éste asumió en lo esencial el pensamiento marxista de los demás países europeos. La eficaz democracia suiza y la fuerte posición social de las capas medias

pequeño burguesas y rurales ejercieron, por cierto, una continua influencia sobre la ideología del movimiento obrero de este país.

En condiciones mucho más difíciles los trabajadores polacos tuvieron que crear sus organizaciones. Mientras que la clase superior de este país dividido entre Prusia, Rusia y Austria había abandonado la idea de la independencia nacional de su país después del fracaso del levantamiento de 1863, el joven movimiento obrero enlazó, sobre todo en la parte rusa de Polonia, con esa tradición democrático-revolucionaria. El primer intento de reunir en un centro común las organizaciones secretas en 1882 terminó con una catástrofe para los conspiradores, y detenciones en masa. En 1892 se fundó en París el PPS (Partido Socialista Polaco). El primer congreso del partido pudo celebrarse en 1894 en Varsovia. Bajo la dirección de Joseph Pilsudski, apuntaba a la creación de un estado polaco soberano y democrático y vinculaba este objetivo nacionalista con la representación de los intereses de los trabajadores y los fines del movimiento obrero internacional. Los obreros de lengua judeo-alemana se reunieron, en cambio, en 1897 en la Federación, que se consideraba a sí misma como rama del movimiento socialista revolucionario de Rusia y que en 1898 tomó parte en el congreso fundacional del partido socialdemócrata ruso. Los intelectuales marxistas polacos y los trabajadores por ellos influenciados, que pensaban en una república federal rusa democrático-socialista, en la cual se habría de conceder autonomía nacional a todos los grupos étnicos del Estado, y por tanto también a los polacos, se unieron en 1895 a la socialdemocracia de la Polonia rusa; de ella nació en 1900, bajo Leo Jogiches y su discípula Rosa Luxemburg, la socialdemocracia de Polonia y Lituania. También ella, como la Federación, se sentía

como una parte del joven movimiento obrero del imperio zarista, cuya industrialización no había hecho entonces más que empezar. Pero ni la traducción del *Manifiesto Comunista* por Alexander Herzen ni la del primer tomo de *El Capital*, por Nikolai Danielson, en 1872, pudieron evitar en un principio que los *narodniki* pusieran sus esperanzas en los métodos terroristas y en los objetivos agrarios socialistas, pero no en la organización de la clase obrera. Sólo en 1883 fundaron Georg Plejanov, Paul Axelrod, Vera Sassulitsch y Leo Deutsch, en la emigración ginebrina, el grupo marxista Liberación del Trabajo, que sentó las bases ideológicas para el nacimiento de centros socialdemocráticos y sindicales en Rusia. Y aunque a raíz del congreso fundacional del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en 1898, en Minsk, fueron detenidos muchos delegados y funcionarios, el nuevo partido no podía ya ser destruido.

La ola de industrialización después de la guerra francoalemana había creado en la mayoría de los países del continente europeo las condiciones para el nacimiento de partidos obreros y sindicatos independientes. Fueron impulsados por los mismos problemas supranacionales hacia el internacionalismo y enlazaron con las ideas de la Asociación Internacional de Trabajadores. Por esta misma época aumentaban cesar las tensiones nacionales en Europa. De este modo, esta situación tenía que llevar casi necesariamente a una nueva integración internacional del movimiento obrero europeo.

IV. LA ÉPOCA DE LA II INTERNACIONAL, HASTA EL FIN DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La unificación de los diversos partidos obreros nacionales ahora existentes era, por una parte, la meta de la transformación de la sociedad de clases capitalista en una sociedad sin clases; y por otra, el punto de semejanza de los problemas ante los cuales se veían enfrentados en sus países. Todos ellos aspiraban a una democratización del poder político, a la mejora de las condiciones laborales y de los salarios, así como a la seguridad de los obreros en caso de enfermedad, invalidez y paro. También las formas de lucha —huelgas sindicales y organización de los trabajadores en partidos y sindicatos— se asemejaban en los diversos países europeos. Y en cualquier caso se consideraba la intervención políticosocial del Estado como un medio importante para estabilizar, incluso en las crisis económicas, los éxitos obtenidos por los sindicatos en la adaptación del nivel de vida de los obreros a la productividad, que crecía rápidamente con el progreso técnico, y a hacer soportables las condiciones de vida de aquellos que de un modo pasajero —por enfermedad o paro— o de un modo constante —por invalidez o vejez— tenían que ser eliminados del proceso de trabajo. A pesar de las crecientes divergencias de tipo imperialista entre los gobiernos de su país, sólo la necesidad de un intercambio supranacional de experiencias y de la coordinación a escala internacional de su actividad pudo ya impulsar a los partidos obreros nacionales hacia una nueva organización internacional. Ciertamente que para el movimiento obrero de entonces había aún problemas nacionales sin resolver, como, por ejemplo, en Polo-

nia y en Austria-Hungría; pero ya en su primera fase había sido una de sus características la identificación de la lucha por las exigencias de la unidad nacional con la cooperación internacional. De nuevo se vio que las dificultades que se presentaron en Polonia y Checoslovaquia habían provocado diferencias de opinión desde luego tácticas, pero no de principio, en el movimiento obrero europeo, que no podían impedir la reconstitución de su coherencia internacional. Después de la desaparición de la I Internacional se habían reunido en 1877 en Gante, en 1881 en Chur, en 1883 y 1886 en París a invitación de los posibilistas franceses y en 1888 en Londres a invitación del Trade Union Congress, conferencias internacionales de trabajadores en las que, sin embargo, participó siempre una pequeña parte del movimiento obrero. Para el día del centenario de la toma de la Bastilla, el 14 de julio de 1889, se habían convocado dos congresos contrarios en París. Por una parte, los posibilistas, por instigación del Trade Union Congress, invitaron sobre todo a los sindicatos; por otra parte, se celebró un anticongreso, organizado por los guesdistas. No se pudo lograr la unificación de ambas conferencias. El congreso organizado por los partidarios marxistas de Jules Guesde fue visitado por representantes de todos los grandes grupos del movimiento obrero europeo y delegados de los Estados Unidos y Argentina; fue el que condujo al restablecimiento de la Internacional. Se tomó la resolución de manifestarse el 1 de mayo de 1880 en todos los países en favor de la introducción de la jornada de ocho horas y de elevar también al Estado tal petición (y no sólo a los patronos).

La base de la Internacional, a partir de este congreso, se hallaba en los partidos europeos. Los delegados americanos no jugaron un importante papel en ninguno de los congresos de la Internacional, a causa de la estructura social, distinta de la eu-

ropea, y de la diversidad de los problemas que de ahí se derivaban. Tampoco los escasos representantes de los grupos obreros asiáticos, que más tarde llegaron, pudieron cambiar nada en este carácter de la Internacional. Los delegados indios representaban más bien a una nación oprimida en cuanto colonia, que no a un movimiento obrero, y los representantes del movimiento primero ilegal y luego semilegal de los trabajadores del Japón, país en gran auge industrial, pero aún regido de un modo feudal-militar, sólo lo eran de una insignificante minoría. La Internacional no llegó a ser consciente de la diferencia existente entre su realidad, limitada a Europa, y su pretensión universal.

Los primeros congresos se hallaban aún bajo el signo de las discusiones con las minorías anarquistas, que rechazaban por principio la lucha por una legislación politicosocial del Estado y la participación en toda labor parlamentaria. El congreso de Londres de 1896 terminó, finalmente, con estas discusiones. Se acordó invitar sólo, en adelante, a aquellas organizaciones que aceptaban «la transformación del orden capitalista de propiedad y producción en el sistema socialista de producción y propiedad así como la participación en la legislación y en la actividad parlamentaria. Con esto quedan excluidos los anarquistas». Esta resolución reflejaba el desarrollo de los movimientos obreros nacionales. Fuera de España, los anarquistas habían quedado reducidos a pequeños grupos aislados. Sólo en los Países Bajos, en Italia y en los sindicatos franceses disponían aún de una influencia perceptible.

La II Internacional creó por vez primera, en su congreso de París de 1900, los instrumentos técnicos para la colaboración internacional de sus organizaciones filiales. Se establecieron un secretariado internacional, una oficina internacional socialista y

un comité interparlamentario. Sede del secretariado era Bruselas, y Emile Vandervelde su primer presidente. La oficina constaba de dos representantes de cada partido afiliado.

Sin embargo, la Internacional se limitó a ser un reflejo del desarrollo de cada uno de los partidos que a ella pertenecían. Ella gestionaba los debates entre los grupos e internacionalizaba sus discusiones internas. Rara vez pudo ejercer una influencia propia sobre los partidos. Pero contribuyó, no obstante, en gran medida a la unión de los socialistas franceses.

El cuarto de siglo que transcurrió hasta la Primera Guerra mundial, la época de la «clásica» II Internacional, se caracterizó por un nuevo florecimiento industrial. En todos los países ya conquistados por la industrialización aumentó el producto social; los países no —o escasamente— industrializados fueron incorporados al desarrollo capitalista. En el imperio alemán, por ejemplo, el valor total de la producción industrial de un año, desde la fundación del imperio hasta 1890, se había casi duplicado, para elevarse de 1890 a 1913 de nuevo en un 100 %. Surgieron grandes industrias nuevas: la industria eléctrica y la química iniciaron su auge, y todos los países europeos modificaron la técnica de la producción. Estas transformaciones técnicas produjeron una desigualdad en el crecimiento industrial: mientras que la producción de bienes de equipo se triplicó en este período, la de bienes de consumo creció a un ritmo mucho más lento. Este fenómeno no era en absoluto privativo del relativamente joven capitalismo industrial alemán, sino que respondía a una tendencia general del desarrollo interno europeo, que originó notables cambios de estructuras. Todavía hacia 1890 aumentó la exportación alemana en un 2'3 % anual, mientras que hasta que el inicio de la guerra la cuota de crecimiento fue aumentando en casi un 10 % anual, a la vez que la de im-

portación permaneció estable con menos de la mitad de dicho valor. También en esto, el desarrollo alemán mostraba únicamente de un modo muy claro la tendencia general de las transformaciones del capitalismo industrial europeo avanzado y lo mismo sucedió con la transición iniciada en Alemania en 1878, al fomento proteccionista de la industria pesada y de los grandes propietarios rurales. Aumentaron sin cesar, mediante inversiones, la evasión de capital, la penetración de países europeos y extraeuropeos relativamente subdesarrollados en la industria así como las colonias, dominadas directamente por Estados europeos. En la fase anterior, la industrialización tuvo lugar principalmente en Inglaterra y Francia; las inversiones alemanas de capital en el extranjero constituían en 1880 probablemente sólo un tercio de las francesas y un quinto de las inglesas. El nuevo auge industrial había incrementado entre las diversas grandes potencias la tendencia a una desigualdad en el desarrollo y a un aumento de la velocidad de expansión. En 1914, las inversiones alemanas en el extranjero equivalían ya a la mitad de las francesas y a un tercio de las inglesas. La competencia de las clases capitalistas de las grandes naciones industriales de Europa tuvo que agudizarse en un conflicto político y militar de los Estados que la representaban.

El desarrollo, anteriormente pronosticado por Karl Marx, hacia la concentración y centralización del capital, se impuso, fomentado por los cambios en la técnica de producción. En el Imperio alemán, por ejemplo, la industria eléctrica quedó dominada por dos trusts (AEG y Siemens-Achuckert); la química, asimismo por dos grupos, unidos entre sí de nuevo por numerosos acuerdos sobre patentes; y la industria del hierro y del acero, por unos pocos trusts familiares agrupados en consorcios; la banca quedó controlada casi totalmente por cinco gran-

des bancos. El capitalismo competitivo liberal del período anterior a 1890 tuvo que hacer sitio, de un modo sorprendentemente rápido, al moderno capitalismo oligárquico, en el cual el mercado libre sólo tenía una función secundaria. La evolución de Joseph Chamberlain, reorganizador del liberalismo británico, de la política de libre comercio a la política proteccionista aduanera y colonial, era un símbolo exacto de las transformaciones estructurales de todo el mundo capitalista. Si bien en los demás países europeos no se hallaba este desarrollo tan avanzado como en Alemania, no obstante se movía en la misma dirección. Con esto se desplazaron los objetivos políticos de las grandes potencias europeas. Determinados en parte por la presión directa de ciertos poderosos grupos plutocráticos —sobre todo de la industria pesada—, y en parte por las necesidades de expansión de las economías nacionales capitalistas, abandonadas, en los países dependientes y en las colonias, a la evasión de capital y al dominio del mercado, que resultaban políticamente seguros, fueron aumentando los esfuerzos en pro del armamento y la militarización de las grandes potencias hasta llegar a la fiebre competitiva.

Al mismo tiempo, sin embargo, creció también la participación del poder público en la renta «per cápita», y aumentó la proporción de los trabajadores en la población activa de los países industriales; en cambio, fue disminuyendo la de los pequeños empresarios y artesanos independientes y, en menos escala, la de los campesinos.

Dentro de la misma clase trabajadora aumentó el número de los que trabajaban en la administración económica y también el de los empleados técnicos con mayor rapidez que el de los obreros. La ampliación de la administración estatal en un marco de medidas de política social y militar hizo aumentar la propor-

ción de los servidores del Estado y de las corporaciones e instituciones de derecho público.

En el desarrollo de los salarios y de su relación con el coste de vida se muestra en este período una clara incisión que se ejemplifica nuevamente en Alemania. De 1890 a 1900, el coste de vida permaneció estable en general. Al comienzo del rearme de la flota y de la carrera de armamento general, desde el viraje completo de las grandes potencias hacia una política imperialista, encareció el coste de vida y el dinero perdió valor. Suponiendo que el coste de vida de una familia obrera alemana de cinco personas (alimentos, vestido y alquiler) fuera en 1890 igual a 100, en los años siguientes experimentó pequeñas modificaciones, debidas a las oscilaciones coyunturales; pero en 1900 habían permanecido ya fundamentalmente invariables, para luego, después de las crisis de 1901-1902, a 1913-1914, ascender a 130. Entre 1890 y 1900, el creciente aumento del salario medio del orden del 8 al 10 %, sólo interrumpido por la crisis de 1891-1892, había constituido una auténtica mejora del nivel de vida.

Comenzado el siglo, todo aumento de salario significaba en primer lugar sólo el mantenimiento de ese nivel y únicamente constituía una mejora cuando no se limitaba a compensar la pérdida del poder adquisitivo del dinero. Pero esto, precisamente, resultaba inalcanzable hasta antes de la guerra a determinados grupos de trabajadores, como por ejemplo los impresores, obreros metalúrgicos y mineros, que se hallaban bastante bien organizados sindicalmente y contaban entre las profesiones mejor pagadas a principios de siglo. En el caso de los grupos profesionales mal organizados sindicalmente —obrerros rurales y textiles— la situación no era, desde luego, mejor. Otros grupos obreros, en cambio, pudieron mejorar su situa-

ción, gracias a una intachable organización sindical: en Alemania, sobre todo, los obreros de la madera y los de la construcción. En estas ramas de la industria, la concentración de capital no había avanzado tanto. Pero en general se incrementó la productividad del trabajo, y con ello el nivel de los beneficios, con más rapidez que el de los salarios.

La presión sindical, que se hizo notar sobre todo ahora con la creciente importancia de los acuerdos tarifarios, condujo a una lenta reducción de la jornada laboral media. Pero en ningún país pudo alcanzarse la meta del congreso fundacional de la II Internacional: la jornada de ocho horas.

Esta transformación en la estructura del capitalismo europeo y mundial era la condición previa para el despliegue y la actividad de los partidos obreros agrupados en la II Internacional y de las federaciones sindicales nacionales, reunidas desde 1901 en conferencias sindicales internacionales y desde 1903 en el secretariado internacional de sindicatos. Pero al mismo tiempo, la mejora del nivel de vida de la clase obrera, por muy escasa que fuera y por muy rezagada que se hallase con respecto al aumento de la productividad, lo mismo que el mejoramiento (si bien limitado) de su seguridad social, no era producto de un desarrollo automático, sino resultado de la lucha de clases dirigida por los partidos socialistas y los sindicatos. Las organizaciones obreras se habían convertido al mismo tiempo en objeto y sujeto del desarrollo social, si bien el rápido crecimiento y éxito les hizo estimar excesivamente en teoría sus funciones subjetivas con demasiada frecuencia.

Por ello, el ideal de los partidos de la II Internacional y de los sindicatos de la Secretaría Internacional de Sindicatos era el movimiento obrero alemán. El continuo auge de la socialdemocracia alemana continuó al mismo ritmo incluso después de la

fundación de la II Internacional. El número de sus socios y electores aumentó sin cesar. En 1912, los sindicatos libres tenían en Alemania 2.553.000 afiliados; el SPD contaba, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, con más de 1.086.000 socios, 4.250.000 electores (más del 34 % de los votos emitidos) y 110 representantes en el parlamento. No había ninguna ciudad importante sin un diario socialdemócrata, sin cooperativas de consumo, agrupaciones deportivas y círculos culturales de los obreros. Los grandes tribunos populares de los principios de la socialdemocracia habían muerto: Wilhelm Liebknecht, Paul Singer y, en 1913, también August Bebel. Clara Zetkin era la última representante de una generación que había aprendido en otro tiempo, bajo la dirección de Friedrich Engels, los fundamentos de la lucha de clases y no sólo la administración de grandes organizaciones.

Ahora bien, ¿no parecía corresponder el contenido político de la socialdemocracia alemana a su fuerza de organización? ¿No había recogido su principal teórico, Karl Kautsky, la herencia de Friedrich Engels a la muerte de éste, en 1895, así como Engels había continuado la doctrina de Marx cuando éste murió, en 1883? ¿No se había dictado el partido en el programa de Erfurt unas claras directrices estratégicas? El rechazo del revisionismo de Bernstein en los congresos del partido en 1899 y 1903, ¿no había mostrado que el partido soslayaría el peligro de adaptarse a la monarquía militar y conservaría en su memoria el análisis de Friedrich Engels, quien en 1891 había advertido que podía concebirse un camino pacífico y legal para superar la sociedad capitalista de clases en sistemas constitucionales democráticos como Inglaterra y Francia y en los Estados Unidos, pero no en los imperios de los Hohenzollern, Habsburgos y Romanov? La autoridad de la socialdemocracia alemana perma-

neció íntegra en la II Internacional. Hasta los más consecuentes revolucionarios, los miembros de la fracción bolchevique de la socialdemocracia rusa bajo la dirección de Lenin, consideraban antes de 1914 la apariencia de su política revolucionaria como realidad y al escolasticismo marxista de Kautsky como el marxismo real.

Sin embargo, objetivamente, la contradicción entre la apariencia y la realidad, entre el poder puramente organizador y la disposición combativa del SPD y de los sindicatos, hacía tiempo que se había puesto de manifiesto en Alemania. La ampliación de su organización había hecho surgir una capa de parlamentarios, burócratas obreros y funcionarios administrativos que ocupaban puestos en los sindicatos, en las cooperativas, en las secretarías del partido, en las redacciones de la prensa del partido y como diputados en los parlamentos. Éstos ya no vivían sólo «para», sino también «del» movimiento obrero. Como todos los burócratas, estaban orgullosos de lo que administraban y, sobre todo, de cualquier pequeño éxito que pudieran lograr por los trillados caminos de una rutina bien probada desde hacía mucho. Pero la organización del movimiento se había convertido para ellos de una palanca para la acción en un fin en sí mismo; imperceptiblemente, se habían permutado para ellos el fin y los medios.

A este tipo de gente, cualquier actividad de las masas le resultaba sospechosa, rebasaba el «marco legal» y podía poner en peligro la legalidad del movimiento, o bien en duda la acreditada rutina. Con todo, los burócratas tuvieron que aceptar y tolerar que el partido hablara aún durante algún tiempo de que el capitalismo se hundiría algún día y el movimiento obrero sería su heredero. Pues tal modo de hablar todavía constituía un medio importante para atraer hacia el partido nuevas capas

de la clase obrera y acrecentar así el número de socios y electores de la organización. En opinión de sus dirigentes, el partido habría de ser sólo heredero, pero no el causante, de tal hundimiento. Estos problemas eran aún más complicados en los sindicatos, puesto que cada huelga colocaba a su burocracia ante decisiones para las cuales no se hallaban en condiciones.

Cuando los mineros organizaron huelgas de masas en 1889 y 1905, los sindicatos no fueron los instigadores de este movimiento; en 1905 intentaron incluso obligar a los huelguistas a una retirada prematura, mientras el partido apoyaba aún la huelga. Y ése mismo año formulaba el jefe del comité general de los sindicatos alemanes, Karl Legien, su tesis de que la «huelga general es un disparate general», mientras que al mismo tiempo obtenían los mineros, gracias a sus huelgas, masivas concesiones del gobierno y las huelgas generales de los obreros rusos llevaron al intento de revolución de 1905. Todavía pudo August Bebel rechazar, con apoyo de la mayoría del congreso del partido, la tesis de Bernstein sobre la incompatibilidad de reforma y revolución, advirtiendo su unidad dialéctica realizada en la lucha diaria.

No obstante, Jean Jaurés tenía razón, objetivamente, cuando indicaba a August Bebel en el congreso de la Internacional en Amsterdam, en 1904, que entre el número de votos y el poder real de la socialdemocracia alemana se abría el mismo abismo que entre su lenguaje radical y su aptitud y disposición para la acción, cosa que había demostrado la aceptación sin resistencia de la supresión del sufragio general en el reino de Sajonia. La socialdemocracia alemana y los sindicatos eran las organizaciones que podían obtener numerosas concesiones para los obreros, gracias a la presión de su mera existencia, mientras se conservara el equilibrio pacífico exterior entre las grandes poten-

cias ahora imperialistas y no sobrevinieran mayores conflictos sociales. Cualquier crisis tenía, naturalmente, que revelar sobre qué pies de barro descansaba semejante coloso.

Cuando después de más de treinta años, los acontecimientos rusos de 1905 replantearon el problema de la revolución violenta en la orden del día de Europa, esta problemática se agudizó también en la socialdemocracia alemana. La contradicción entre el congreso sindical y el del partido de 1905, entre la negación y la afirmación de la huelga general, se solucionó en 1906, después de la vuelta del movimiento revolucionario en Rusia, en la capitulación del partido ante los sindicatos en Mannheim. Ya antes había admitido el partido que sus alas secesionistas no atacaran la política colonial del imperio, sino que sólo la querían «más civilizada». Su pacifismo no le había impedido a Eduard Bernstein aprobar la división de China; pero, en cambio, no participó en el chauvinismo de Quessel, Noske, Calwer o incluso Maurenbrecher y Hildebrand.

El partido rechazó, desde luego, la política colonial imperialista, pero no estaba ya en condiciones de separarse de esos imperialistas socialistas. Sólo un reducido grupo de *outsiders* «izquierdistas» en el partido, como Clara Zetkin, jefe de la organización femenina del partido; Rosa Luxemburg, la mejor teórica que el SPD tuvo jamás; Karl Liebknecht, Georg Ledebour y el historiador del partido, Franz Mehring, así como los miembros del mismo por ellos influenciados, reconocieron los peligros de una adaptación al estado de cosas existente en pago de sus concesiones políticas y politicosociales. La aprobación de la cuota militar por el partido en 1913, poco después de retirarse Bebel del trabajo diario en la dirección del partido, no pudieron evitarla. Pero la total capitulación de los dirigentes del partido y de los sindicatos, de los revisionistas de la derecha y del centro

escolástico «marxista» del partido antes de la Primera Guerra Mundial por miedo a una pérdida —inevitable en caso de cualquier resistencia— de la legalidad de organización y a un pasajero aislamiento de sus partidarios, fue también para ellos una completa sorpresa en los primeros días de agosto de 1914. Este «sí» a la guerra llevó inevitablemente al fin de la II Internacional.

El movimiento obrero austríaco apenas se distinguió, desde el restablecimiento de su unidad en el congreso del partido de Hainfeld, por razón de su tendencia frente al desarrollo, de la socialdemocracia alemana y de los sindicatos del mismo país. Hubo modificaciones por la diversidad de la situación economicosocial del imperio frente a la mitad austríaca de la doble monarquía, por diferencias en el ritmo del desarrollo de la institucionalización burocrática, que en Austria tuvo efecto más tarde que en su modelo de organización y político del Imperio alemán, y finalmente por el carácter plurinacional del Estado austríaco. La industrialización de Austria hizo siempre nuevos progresos, pero el poder propiamente dicho, dentro de las clases burguesas, se hallaba aún en manos de la jerarquía bancaria de Viena. El problema de la extensión del derecho de sufragio para el Reichsrat, para el parlamento austríaco, estaba necesariamente vinculado al problema de las nacionalidades. En esta situación, el movimiento obrero, que creció rápidamente, quedó, más tiempo que la socialdemocracia alemana, libre de la transformación de la teoría marxista en pura ideología, manteniendo la unidad del conjunto y a la vez una inactividad política. La Revolución Rusa animó al congreso del partido de 1905 a la resolución de lograr el derecho al sufragio universal por una huelga general limitada y una manifestación de masas; en 1907 se consiguió la oportuna modificación del derecho electo-

ral. La argumentación teórica del partido quedó vinculada de momento, incluso entre sus representantes del ala derecha, como Karl Renner, más firmemente al pensamiento marxista que en los revisionistas alemanes en torno a Eduard Bernstein. El mismo Karl Renner, Max Adler, Rudolf Hilferding, Otto Bauer y Gustav Eckstein crearon obras científicas dignas en absoluto de las de los marxistas alemanes. Con 540.000 socios en los sindicatos y casi 150.000 en el partido, con más de un millón de votos en las elecciones y 82 representantes en el parlamento, el movimiento obrero austríaco —a pesar de las divergencias entre la socialdemocracia de lengua alemana y la de lengua checa— parecía representar un poder considerable. Sin embargo, en vísperas de la Primera Guerra Mundial se comportó del mismo modo que el partido alemán.

Los socialistas franceses sólo llegaron a formar una uniforme organización política gracias a la II Internacional; las tensiones entre el partido y los sindicatos no se pudieron superar tampoco, naturalmente, durante este período. El viraje decisivo hacia una reagrupación de las direcciones mutuamente enemistadas fue provocado por las diferencias entre el neobonapartismo del general Boulanger y la burguesía republicana.

Mientras los guesdistas y los blanquistas consecuentes proclamaban la lucha obrera contra las dos formas del poderío de clase, los posibilistas y alemanistas querían, junto con los partidos republicanos, proteger las instituciones republicanas contra Boulanger. En interés de esta alianza debería suspenderse la lucha de clases hasta que Boulanger fuera derrotado. Finalmente, un pequeño grupo de socialistas deseaba incluso apoyar a Boulanger. Los trabajadores se interesaron muy poco por estas discusiones. La mayoría de los obreros de París y los pequeños burgueses aspiraban a tomar la revancha contra los asesi-

nos de los comunardos, sin advertir en esto los peligros de una dictadura bonapartista. En períodos de crisis, los movimientos masivos bonapartistas y fascistas constituyeron la válvula de escape de la desesperación de las capas medias. Si sus dirigentes no logran rápidamente el poder, se habrían descompuesto con la misma rapidez con que se formaron. Después de la derrota de Boulanger, los obreros vieron otra vez claramente que era preciso abolir las diferencias de clase. El grupo guesdistamarxista se sentía apoyado por la resolución del congreso fundacional de la Internacional a organizar manifestaciones en todos los países, el día 1 de mayo, en favor de la jornada legal de ocho horas. Contra la resistencia de los posibilistas y alemanistas, le siguieron los obreros franceses el 1 de mayo de 1890; la represión de la policía no hizo sino aumentar los deseos de tomar parte en la manifestación. En 1891, todos los grupos se unieron a las manifestaciones del 1 de mayo. El Gobierno sacó las tropas a la calle; en una manifestación hubo diez muertos. Paul Lafargue fue acusado y condenado a un año de prisión por su llamamiento a la manifestación del 1 de mayo; pero poco después resultó elegido diputado.

Había comenzado el auge de los socialistas franceses. A pesar del fraccionamiento en 1893, aumentó el número de los diputados socialistas de 15 a 50; a excepción de 5 alemanistas, todos se unieron para constituir una fracción parlamentaria cuyos portavoces fueron Jules Guesde y Jean Jaurés.

En este período el caso Dreyfus sacudió a la República francesa. Este asunto transformó en un conflicto moral el conflicto político entre la izquierda republicano-democrática y el bloque de los oficiales antisemitas clericales monárquicos y la aristocracia de las finanzas. Las elecciones de 1898 se celebraron durante una crisis económica que brindó grandes oportunidades a

la agitación antisemítica entre las capas medias. El resultado fue una escasa mayoría de radicales, radical-socialistas, es decir, republicanos democrático-burgueses, y socialistas. El ejército, los nacionalistas, los antisemitas, el alto clero y parte de la alta burguesía prepararon un golpe de Estado. En esta situación se decidió el socialista Millerand a formar parte del gabinete burgués de Waldeck-Rousseau. Este gabinete salvó sin duda alguna a la República y permitió educar a la joven generación en la tolerancia gracias a la introducción de la escuela estatal laica. Pero en el mismo gabinete era ministro de la guerra el asesino de los comunardos, general Gallifet. Si bien Millerand pudo imponer las primeras leyes politicosociales de Francia, este gobierno era y fue un gobierno burgués; y cuando en junio de 1900 se declararon en huelga los obreros de Chalona, tampoco él supo más que una respuesta: el ejército.

La derecha quería aprovechar para sí este conflicto y derribar al gobierno, ya que en semejante situación también los socialistas tenían que votar en favor de una moción de censura. De este modo se produjo un reagrupamiento de los frentes dentro del movimiento obrero francés. Los guesdistas y sus seguidores se hallaban a un lado como enemigos del «ministerialismo», o sea, de la participación en el gobierno; en el otro, los socialistas independientes bajo Jaurés, junto a Millerand. Los grupos de izquierda constituyeron el Partido Socialista de Francia y los ministerialistas, el Partido Socialista Francés. Las tendencias sindicalistas de las asociaciones obreras de sindicatos y su desconfianza frente a la pura actividad política resultaron muy reforzadas con la debilidad del ministerialismo y las luchas de los partidos políticos entre sí. A la incorporación de la Federación Nacional de Bolsas del Trabajo a la Confederación General del Trabajo (CGT) siguió en 1906 la Carta de Amiens: su

finalidad era la transformación de los sindicatos de organizaciones de lucha obrera contra el capital en soportes de la producción y distribución, una vez conseguida la victoria del movimiento obrero. Pero este programa comprendía también el mito de la huelga general, tal como Georges Sorel lo había formulado, quien lo transformó de un medio de lucha que era, entre muchos, en una fórmula mágica.

El Congreso de Amsterdam de la II Internacional instó a los dos partidos socialistas de Francia a unificarse, lo que tuvo lugar en 1905. Su nuevo nombre. Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) conserva hasta hoy el recuerdo de aquel triunfo de la Internacional sobre la polémica de las fracciones nacionales.

Desde el momento de la unificación creció también en Francia el poder exterior del movimiento: más de un millón de miembros de los sindicatos, 90.000 socios del partido, 1.400.000 electores y 101 diputados representaban su influencia cuando la Primera Guerra Mundial desbarató la Internacional. Ésta no pudo resistir a la catástrofe, como tampoco el movimiento obrero en Alemania.

La clase obrera inglesa pudo desarrollar de nuevo una poderosa organización, durante la existencia de la II Internacional, desde modestos comienzos y con los restos de su gran tradición en los primeros decenios del siglo xix. Sus primeros grupos políticos, Social Democratic Federation (SDF), Socialist League y Fabián Society, carecían casi de importancia por razón del número de socios. Pero llevaron a las rígidas Trade Unions un espíritu de inquietud. Los obreros londinenses del gas, que en 1889 impusieron el paso de la jornada de dos turnos a la de tres, se hallaban bajo la dirección de Will Thorne, miembro de la SDF. El primer nuevo sindicato, que no quería ser ya un sindi-

cato gremial como las viejas Trade Unions, sino una asociación industrial, fue dirigido por el fabiano W. A. Morris y los dirigentes de la SDF Tom Man y John Burnes. La gran huelga de estibadores en agosto de 1889 condujo a la constitución de la Dockers Union y la irrupción del New Unionism. También este giro se hallaba bajo el signo de los socialistas. Poco antes, Keir Hardie había fundado el partido obrero escocés.

La organización de los obreros no cualificados permitió ahora, en pocos años, un aumento de los salarios en un promedio del 10 %/o, mientras que los precios sólo ascendieron en un 4 %. Esto dio al New Unionism una autoridad mayor. En 1893 surgió con el Independent Labour Party (ILP) la forma primitiva de un partido socialista de masas.

Si bien su ideología procedía en gran parte de tradiciones cristianas de crítica social radical-democráticas, desde la derrota del cartismo representaba este partido por vez primera nuevamente la lucha sistemática independiente de una gran parte de la clase obrera. En 1894, casi un cuarto de los delegados del Trade Union Congress (TUC) eran miembros del ILP, que ahora comenzó a introducirse en el Parliamentary Committee del TUC, que hasta entonces había garantizado la íntima unión de los sindicatos y los liberales. Aunque este desarrollo fue todavía frenado a veces por diversas crisis e impedido por la parcial identificación de los fabianos con la política exterior imperialista y luego por la guerra contra los boers, en 1898 se logró imponer en el Trade Unions Congress una resolución en apoyo de los «partidos socialistas de la clase obrera». El 27 de febrero de 1900 se reunió la primera conferencia del Labour Representation Committee, que reclamaba un partido obrero independiente. En las elecciones de 1906, este predecesor del Partido Laborista alcanzó un importante éxito: resultaron elegidos 30

diputados de sus filas. Con esto quedaba abierta una brecha en el tradicional sistema inglés de dos partidos.

Entre tanto, había ido formándose en 1904-1905 la sólida estructura de la constitución del Partido Laborista. Sus diputados apoyaron al gabinete liberal contra los conservadores, logrando con ello la posibilidad de financiar su trabajo político por medio de los sindicatos.

Gracias a la afiliación colectiva de las Trade Union, el Partido Laborista tenía millón y medio de socios al estallar la guerra. La mayoría de su fracción parlamentaria sucumbió, como la de casi todos los partidos obreros europeos, a la obcecación de la «defensa» en la Primera Guerra Mundial. Ramsay McDonald, líder del ILP, fue sustituido por Arthur Henderson como jefe de la fracción parlamentaria; el 5 de agosto se declaró el asentimiento a la política militar del gobierno. El ILP, en cambio, no capituló. Mantuvo su oposición a la guerra en el parlamento y ante el público incluso en la época en que el Partido Laborista entró en el gobierno de coalición.

En los países del norte de Europa, una nueva ola de industrialización desde principios de siglo había dado nuevo auge a los partidos obreros y a los sindicatos. La socialdemocracia sueca era ya en 1902 suficientemente fuerte como para organizar una huelga y una manifestación en pro del derecho de voto, que, sin embargo, no fue alcanzado hasta la separación de Noruega y hasta la revolución rusa, al menos para la primera cámara. En 1914, la socialdemocracia entró por vez primera en el gobierno.

La neutralidad del país durante la Primera Guerra Mundial permitió grandes éxitos económicos, porque Suecia abastecía a los países beligerantes. Ahora fueron posibles concesiones de los patronos a los obreros, sin por ello poner seriamente en

peligro los beneficios. Así comenzó en Suecia, después de la nueva entrada de la socialdemocracia en el gobierno, en 1917, el desarrollo hacia un país, modelo de socialismo reformista. En todo ello no se discutió el poder de la burguesía de disponer de los medios de producción o de los bancos, pero se creó un bienestar extraordinario y una seguridad social para todos los trabajadores como sólo era posible en la especial situación escandinava. De modo similar se desarrolló la socialdemocracia danesa, mientras que en el partido obrero noruego, después de la separación del país de Suecia en 1905, siguieron primero dos decenios de polémicas entre las alas derecha e izquierda del partido. Los partidos nórdicos, lo mismo que la socialdemocracia holandesa y suiza, tenían en ese período la ventaja de no tener que abandonar, gracias a la neutralidad de sus pequeños Estados, las ideas del internacionalismo socialista y de la lucha contra la guerra. En el movimiento obrero holandés, sin embargo —pero sólo en él—, había surgido, desde el fracaso de la huelga general en 1903, una discusión cada vez más violenta y una escisión entre los intelectuales revolucionario-marxistas del partido socialdemócrata (SPD) —como Henriette Roland-Holst, Hermann Gorter y Antón Pannekoek— y los dirigentes obreros reformistas del partido obrero socialdemócrata (SDAP) —P. J. Troelstra y W. H. Vliegen.

La industrialización y la política mundial habían preparado también el terreno, entre tanto, para el movimiento obrero en los Balcanes. En Bulgaria se realizó en 1894 la primera unión de los socialistas; en 1903 se escindieron —como los holandeses— en socialdemócratas «amplios», de ideas reformistas, y «estrictos» o revolucionario-marxistas. Los «amplios» se sintieron más tarde dispuestos a aclamar la guerra, los «estrictos» permanecieron internacionalistas. Los dos diputados de la socialdemo-

cracia serbia, cuyo partido había sido fundado en 1903, se pronunciaron contra la guerra. También la socialdemocracia rumana, bajo la dirección de Rakowski, resistió a la tentación de comprar la legalidad de su organización mediante el apoyo a la política militar del gobierno.

Entre los grandes partidos socialistas legales de los países beligerantes, menos el ILP sólo los socialistas italianos no apoyaban a su gobierno. Éstos tenían, ciertamente, la ventaja de que Italia no entró en la guerra hasta que la histeria colectiva del primer año de hostilidades fue desapareciendo. Pero los socialistas italianos no sólo habían condenado enérgicamente el ataque a Trípoli en 1911, sino que habían incluso respondido con huelgas y manifestaciones, a pesar de la disposición del gobierno de Giolitti a hacer concesiones en la cuestión del derecho electoral. Los partidarios de la anexión de Tripolitania, Bissolati y Bonomi, fueron expulsados del partido, y el vacilante Treves, redactor jefe del periódico del partido, «Avanti», destituido. Cuando en 1915, su sucesor, Mussolini, postulaba la guerra «revolucionaria» de Italia al lado de los aliados, también él tuvo que abandonar el partido, que se mantuvo incorruptible. Este partido ayudó, con los socialdemócratas suizos, a los bolcheviques y mencheviques internacionalistas rusos a preparar la conferencia de Zimmerwald.

La socialdemocracia rusa, gracias al trabajo teórico del grupo Liberación del Trabajo, se había recuperado rápidamente de los reveses sufridos después del congreso ilegal fundacional de Minsk, que le había ocasionado la persecución por parte del gobierno. En constante lucha con los revolucionarios socialistas, pudo extender su influjo a un sector de la nueva generación académica y de los obreros industriales. La dirección del movimiento seguía aún en manos de los emigrantes. La teoría del

partido conspirativo de revolucionarios profesionales, tal como Lenin la había expuesto en su escrito *¿Qué hacer?* fue, desde luego, aprobada por una escasa mayoría en el segundo congreso del partido de los socialdemócratas rusos, que se celebró en Bruselas y Londres; pero la fracción bolchevique no conservó siempre la mayoría ni entre los emigrantes socialdemócratas ni entre los que aún trabajaban ilegalmente en Rusia. Cuando la guerra ruso-japonesa hizo posible el estallido espontáneo de la revolución de 1905, se puso de actualidad en Rusia y en la Polonia rusa el papel revolucionario de la clase obrera; quedaba prácticamente comprobada su hegemonía en la revolución democrática. También para los demás partidos de la Internacional se habían replanteado sobre una nueva base las discusiones en torno a la futura forma de la actividad revolucionaria: si antes se había considerado la revolución como algo hipotético, como una mera esperanza, ahora se había convertido en un problema real.

Después de la victoria del zarismo, habían sido olvidados los soviets, la forma de organización y representación obrera nacida espontáneamente de la revolución, lo mismo que la discusión con Trotski sobre su teoría de la revolución permanente, es decir, la posibilidad de mantener, en un país industrialmente rezagado, como Rusia, la lucha revolucionaria por la democracia hasta el triunfo del movimiento obrero y encauzarla hacia la revolución socialista. En 1912, cuando se iba terminando paulatinamente el período de la reacción, la escisión del partido ruso en bolcheviques y mencheviques se convirtió en definitiva en la conferencia de Praga de la fracción bolchevique. Ésta se pronunció enérgicamente contra la guerra, lo mismo que una gran parte de los mencheviques y una minoría de los revolucionarios socialistas, cuyos cuadros dirigentes, sin embargo, se compor-

taron como los de los grandes partidos socialdemócratas de los países de mayor desarrollo industrial. Lenin desarrolló, iniciada la guerra, en un análisis de las relaciones entre el capitalismo monopolista y el imperialismo, la teoría de que de lo que entonces se trataba era de transformar la guerra imperialista en una revolución internacional socialista proletaria y de que la revolución también podía arrancar de un país de escaso desarrollo industrial, como Rusia.

Los partidos socialistas que aún no se habían convertido en los grandes partidos de masas, legales desde hacía mucho tiempo, siguieron, en general, enemigos de la guerra, mientras que los partidos de masas institucionalizados se sometieron casi sin excepción, una vez que empezó la guerra, a la política militar de sus gobiernos.

Todavía en el congreso de la II Internacional de Stuttgart, en 1907, habían aprobado todos los partidos una resolución formulada por Lenin, Martov y Rosa Luxemburg: «En caso de amenaza de guerra, las clases obreras y sus representaciones parlamentarias de los países participantes se comprometen, apoyadas por la actividad coordinada de la oficina internacional, a hacer lo posible para evitar la guerra por todos los medios que consideren eficaces, los cuales varían, naturalmente, en proporción al agudización de la lucha de clases y de la situación política general. Caso, no obstante, de que estalle la guerra, es su obligación intervenir, a fin de acelerar su pronta terminación y aspirar con todas sus fuerzas a aprovechar la crisis política y económica causada por la guerra para sacudir al pueblo y con ello acelerar la supresión del predominio de la clase capitalista.»

La manifestación pacifista de todos los partidos de la Internacional, a finales de noviembre de 1912 en la catedral de Basilea, había repetido este llamamiento.

Cuando en julio de 1914 resultó evidente que la política austríaca frente a Serbia, apoyada por el Imperio alemán, habría de desencadenar la catástrofe, comprendieron los partidos socialistas, en el último momento, lo que estaba ocurriendo. Todavía a mediados de julio de 1914 discutía el congreso del partido del SFIO, pero de un modo abstracto, qué medios podrían aplicarse en la lucha contra la guerra; pero no contra el conflicto concreto que él no reconoció y que fue el que luego llevó a la guerra.

Sólo a finales de mes hicieron los partidos obreros europeos un llamamiento convocando manifestaciones contra la política de sus gobiernos, y en todos los países las masas siguieron este llamamiento. Cuando pocos días o incluso horas después llegó la movilización, esas mismas masas siguieron el llamamiento de sus gobiernos. En las situaciones decisivas no se puede conservar la disposición combativa de las masas. Si se renuncia a la verdadera lucha, ellas seguirán a quien sepa tomar una decisión.

También una vez iniciada la guerra se vio con certeza que el delirio patriótico había de ser rebatido al cabo de algún tiempo por las amargas experiencias de los trabajadores mismos. Entonces, cualquier partido que hubiera seguido la resolución de Stuttgart habría podido llevar a las masas a la lucha contra su gobierno y contra la guerra. Eso sí, habría tenido que aguantar primeramente un período de aislamiento, persecución e ilegalidad. Pero la mayoría de los grandes partidos europeos no estaban dispuestos a esto. Así, tuvieron que convertirse en instrumentos de la política militar de sus respectivos gobiernos y

con ello de la clase dominante. En esa actitud siguieron. incluso cuando las masas comenzaron a mostrarse críticas, y sólo con vacilaciones siguieron la disposición de sus partidarios, en lugar de dirigirla. A menudo incluso intentaron paralizar la formación de la conciencia y la actividad de sus socios en interés de sus gobiernos.

De esta manera se desintegró en agosto de 1914 la II Internacional. Ahora, el problema decisivo del movimiento obrero en la mayoría de los partidos de Europa occidental llegó a ser la lucha de pequeñas minorías contra los grupos dirigentes, con el fin de reanimar las antiguas aspiraciones. En un principio pareció indiferente el que fuera la lucha de la minoría revolucionaria consecuente contra la guerra o bien de la minoría pacifista dentro o fuera de la organización de los grandes partidos. Esta lucha sólo podía tener consecuencias históricas una vez que en uno de los grandes países hubieran demostrado las masas que estaban hartas de pagar las concesiones sociales y salariales de la época anterior a 1914 con la disposición a morir en los campos de batalla europeos para mayor gloria de las clases dominantes. Por otra parte, el trabajo de una oposición internacional contra la guerra tenía que ser de gran importancia para la preparación de tales campañas.

Ante todo, sin embargo, había que ver durante su realización si las organizaciones que originariamente habían sido creadas para superar la sociedad capitalista y que habían logrado de hecho tan decisivas transformaciones en la situación de los trabajadores, servirían, en una crisis revolucionaria, a sus fines originarios o bien al mantenimiento del orden social existente.

Durante la guerra se celebraron varias conferencias socialistas internacionales: la asamblea, dirigida por Clara Zetkin, de la Secretaría Internacional de las Mujeres Socialistas, y la reunión,

organizada por Willi Münzenberg, de la Juventud Socialista Internacional en la primavera de 1915; la conferencia de Zimmerwald, convocada por la socialdemocracia italiana y suiza, en septiembre de 1915 y la conferencia de Kienthal en abril de 1916. Estas conferencias fueron las únicas manifestaciones eficaces de solidaridad internacional en un período de desgarramiento de Europa y de suicidio político; las clases dominantes habían provocado el suicidio, y los «políticos realistas» a la cabeza de los grandes partidos y sindicatos de la II Internacional lo aprobaban. Pero estas reuniones de pequeñas minorías fueron los primeros pasos hacia la reconstitución del movimiento obrero europeo tras una crisis más grave.

V.

EL MOVIMIENTO OBRERO EUROPEO ENTRE LA REVOLUCIÓN RUSA Y EL TRIUNFO DEL FASCISMO EN EUROPA CENTRAL

Ya en 1916 se podía ver que el pronóstico de Lenin acerca de la creciente tendencia revolucionaria en el transcurso de la guerra en Europa había sido certero. En la protesta contra la condena de Karl Liebknecht, que había sido el primer parlamentario alemán que tuvo el valor de quebrar la «tregua», se anunciaba el cambio.

En febrero de 1917 se desmoronó el poderío de los zares. Los partidarios de proseguir la guerra y de la república burguesa consiguieron, con una alianza con la mayoría de menche-

viques y revolucionarios socialistas, retrasar aún medio año las consecuencias de la revolución. El movimiento de huelgas generales en Alemania y Austria y las rebeliones en el ejército francés mostraron, sin embargo, ya en 1917, que los trabajadores de todos los países se sentían inquietos. La fundación del Partido Socialdemócrata Independiente en Alemania, el agudizamiento de la oposición en el SFIO y la socialdemocracia austríaca dieron al cambio una expresión clara.

La Revolución de Octubre en Rusia (según el cómputo occidental, el 7 de noviembre de 1917) fue decisiva.

Gracias a las experiencias del período anterior, Lenin pudo obtener la victoria sobre las tendencias de gran parte de su partido (incluido Stalin) a adaptarse a la coalición gubernamental. Pudo ganar para su causa a la mayoría de los trabajadores. Con el apoyo de los campesinos, que se pronunciaron contra la prosecución de la guerra y en favor de una rebelión agraria, la mayoría del congreso de los soviets, bolcheviques y revolucionarios socialistas de la izquierda, pudo conquistar el poder. Casi sin resistencia, el gobierno de los soviets disolvió la Asamblea Nacional; en una lucha de casi tres años contra el ejército blanco y las tropas intervencionistas de casi todas las grandes potencias europeas, el gobierno logró imponerse. Su victoria era el triunfo de las teorías, tradiciones y fines del movimiento obrero europeo. Naturalmente, cuando se vio que la revolución quedaba limitada a Rusia y que su triunfo no se podía extender a los países de gran desarrollo industrial, aparecieron mayores contradicciones entre los deseos y la realidad.

La huelga de enero de los obreros alemanes y austríacos en 1918 había revelado que no se podían limitar a Rusia las consecuencias de la acción revolucionaria; pero esa acción espontánea de las masas obreras alemanas se extinguió pronto, cuanto

más que desde el punto de vista de la organización se apoyaba únicamente en un pequeño círculo de obreros cualificados: los Jefes Revolucionarios de Berlín. La socialdemocracia mayoritaria sólo había entrado en Berlín en la dirección de la huelga con el fin de hacerla concluir. Los tres grupos ilegales del ala izquierda de la socialdemocracia alemana —Unión Espartaco, Rayo Luminoso y Política Obrera— eran demasiado débiles para poder influir sobre las masas.

Tampoco en Austria hallaron los obreros huelguistas ningún apoyo en las grandes organizaciones. Ellos consideraban todavía a la socialdemocracia y a los sindicatos como sus propias organizaciones, aunque éstas hacía tiempo que no les seguían ya políticamente. El resurgimiento del movimiento obrero centroeuropeo se reveló como una gran manifestación, pero no como la primera fase de una revolución.

En Francia, después de la primera ola de manifestaciones espontáneas contra la guerra en enero de 1918, hubo un nuevo período de actividad pacifista. Pero fue también un semifracaso la huelga general, que, procedente de Lyon, se propagó a París (aunque creó las condiciones para que la dirección del SFIO pasara al grupo socialista pacifista en torno a Longuet y Cachin). Los grupos revolucionarios de Loriot, Rosmer y Monatte en el partido, y de Merrheim en los sindicatos, quedaron aislados después de la huelga.

En Inglaterra, el movimiento espontáneo de los Shop-Steward no fue respaldado por las grandes organizaciones. Pero se fue abriendo paso una tendencia izquierdista en el Partido Laborista. El programa Trabajo y Nuevo Orden Social, decidido en febrero de 1918, declaró como objetivo oficial del partido la instauración evolutiva de una sociedad socialista mediante acciones bien planeadas para el período de transición.

La derrota militar de las potencias centrales abrió la nueva etapa del movimiento revolucionario europeo. La doble monarquía se desintegró; sus minorías eslavas se rebelaron. En Hungría asumió el poder una coalición de intelectuales democráticos y socialdemócratas que proclamó la república. El ala derecha de la socialdemocracia germano-austríaca en torno a Karl Renner, que pretendía conservar el Estado austríaco de nacionalidades algo modificado, tuvo que ceder ante el ala izquierda en torno a Otto Bauer, que defendía el derecho de autodeterminación de los pueblos. El poder estatal fue a parar a manos de la socialdemocracia.

En Alemania, la rebelión de la escuadra de alta mar y el triunfo de los obreros de Munich bajo Kurt Eisner condujo al levantamiento de los trabajadores berlineses, que fueron secundados por la guarnición. La mayoritaria socialdemocracia y los sindicatos tuvieron que adaptarse, aunque no de buen grado, al nuevo desarrollo. El Consejo de los Delegados del Pueblo, coalición de MSP y USP, de la que se había separado la extrema izquierda bajo Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, proclamó la república socialista. Pero los dirigentes del MSP y la burocracia sindical, en alianza con la burocracia establecida del sistema monárquico, con el alto mando del derrotado ejército y con los *managers* de los grandes trusts, intentaron conjurar las consecuencias socialistas de una revolución que, en su opinión, había de llevar necesariamente al caos. Esperaban, mediante una ruptura radical con la nueva república socialista de los soviets en Rusia, ganarse el favor de las potencias vencedoras, cuyas tropas luchaban precisamente contra ese gobierno, y con ello negociar mejores condiciones de paz.

Los obreros no comprendieron en un principio esta política; creían en las garantías de los grupos radicales, que a final de

año, 1918-1919, se habían fusionado en Partido Comunista, no vieran más que una perturbación para su unidad. Los comunistas y los independientes de izquierda exigían que los consejos surgidos espontáneamente por toda Alemania se convirtieran en soportes duraderos del poder estatal. Los trabajadores no reconocieron ni la finalidad ni el sentido de esta exigencia, pues todos los representantes del movimiento obrero alemán —incluso los más radicales— habían concebido la república democrática a que aspiraban antes de 1914 como una democracia parlamentaria. Así, estos grupos siguieron estando aislados.

Las clases dominantes de la Alemania guillermina pudieron ahora restablecer su antiguo poder en unión con el MSP. Para ello estaban dispuestas a hacer grandes concesiones sociales. Se introdujo la jornada de ocho horas, el sistema de seguro contra el paro y el reconocimiento jurídico de los acuerdos tarifarios. Pero para ellas lo importante era acordar pronto un tratado de paz, a fin de crear una situación internacional segura que imposibilitara la repetición de los acontecimientos de Rusia. Asimismo tenía gran importancia para ellas que ese tratado fuera firmado por un gobierno republicano de mayoría socialdemócrata, pues sólo así podían hacer olvidar las clases dominantes su propia responsabilidad de la guerra y sus consecuencias, y achacar al nuevo gobierno el lastre del tratado de paz. A cambio de esto aceptaron que los obreros católicos afiliados a los sindicatos cristianos, gran parte de los empleados y funcionarios inferiores, antiguos partidarios del centro y de los partidos liberales, se acercaran ahora al movimiento obrero y reafirmaran programáticamente las reformas sociales e incluso las medidas de socialización.

Estos grupos consideraban la terminación de la guerra mundial por la revolución como la implantación de sus propios in-

tereses. Ellos esperaban una auténtica dirección del movimiento obrero, que les parecía poderoso. Pero era fácil provocar un cambio brusco de opinión en estos grupos en cuanto se modificase la situación en el poder.

La alianza con la socialdemocracia mayoritaria brindaba a las clases dominantes la oportunidad de reconquistar, bajo la protección de aquélla, sus viejas posiciones de la Administración y en el Ejército y mantener su poder económico. En la siguiente fase del desarrollo se pudo ya movilizar de nuevo a las capas medias contra la socialdemocracia mayoritaria y descartar a ésta una vez más. Se fueron desmontando las posiciones de los consejos de obreros y soldados y se transformó el comité de socialización en un instrumento para evitar toda socialización. Esto llevó a un desengaño de los obreros acerca de la política de sus antiguas organizaciones, que se manifestó de muy distinta manera en las diversas partes de Alemania. Inmediatamente antes de las elecciones para la asamblea nacional, los socialdemócratas independientes fueron arrojados del gobierno. Los obreros radicales berlineses fueron reprimidos por tropas de voluntarios dirigidas por oficiales del viejo ejército.

Estas luchas de enero de 1919 influyeron decisivamente en el curso de la Revolución Alemana. Desde el asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg en enero y de León Jogiches en marzo de 1919, el sistemático terror privó a la izquierda del movimiento obrero de sus mejores jefes. En todo el territorio alemán se produjeron en los meses siguientes huelgas generales, seguidas de expediciones represivas del ejército. Demasiado tarde quisieron los obreros imponer sus exigencias, después de haber confiado mucho tiempo en que el gobierno había de realizarlas. Sin que fuera posible una acción coordinada, fueron así reprimidos distrito tras distrito. En las elecciones

parlamentarias, los dos partidos obreros obtuvieron casi el 46 % de los votos. Los dos partidos burgueses más fuertes, el Partido Demócrata Alemán y el Centro, católico, habían proclamado en su programa electoral la socialización de una parte de la industria, porque sabían que de lo contrario obtendrían muchos menos votos. Por eso, los obreros se creían perfectamente autorizados a urgir, incluso sin aprobación de sus dirigentes sindicales y políticos, derechos de cogestión socioeconómica y medidas de socialización. Pero siempre chocaron contra la resistencia de las tropas del gobierno.

De este modo, la situación en Alemania se hallaba ya decidida cuando en mayo de 1919 fue derrotada la República de Consejos de Munich. Esta República había sido proclamada por los obreros de la socialdemocracia mayoritaria de la capital bávara, a raíz del asesinato de Eisner, y fue destruida por el ejército de forma sangrienta bajo la responsabilidad de un ministro de la mayoría socialdemocrática y de un gobierno regional de la mayoría socialdemocrática. Ciertamente que los obreros lograron evitar en marzo de 1920, mediante una huelga general, el pronunciamiento de Kapp; pero la justicia, que favoreció a los insurrectos pero que dictó duras sentencias contra los obreros revolucionarios, demostró claramente quién disponía del poder en Alemania. No es extraño que las capas medias se apartaran de la democracia; siempre tienden a seguir al más fuerte.

Las elecciones parlamentarias de junio de 1920 dieron como resultado una reducción de los electores de los partidos obreros. Todas las ideas socialistas habían desaparecido de los programas electorales de los partidos centristas. Desde luego, el USPD era casi tan fuerte como la socialdemocracia mayoritaria, pero a causa del conocimiento que una gran parte de los tra-

bajadores tenía de los fallos políticos de sus dirigentes, en realidad no podía influir. Habían sido restaurados tanto el poder y la autoconciencia del aparato estatal como el pensamiento antisocial de las capas medias. La revolución alemana terminó con la transformación de la monarquía militar en una república burguesa, aunque se había logrado mejorar la situación de la clase obrera dentro del orden económico capitalista. La igualdad de derechos para la mujer, una de las más antiguas aspiraciones del movimiento obrero, también había llegado a ser una realidad.

Esta segunda fase de las campañas revolucionarias en Europa se había iniciado un año después de la revolución de octubre. Rusia quedó descargada militarmente. Cuando el movimiento revolucionario se propagó a Francia, Italia e Inglaterra, los aliados pusieron fin a su intervención en Rusia. Ahora podía terminarse la guerra civil en Rusia y estabilizarse la revolución. Esto significaba: la revolución socialista europea, esperada por Lenin, había comenzado, pero sólo había triunfado en Rusia. En todos los países industrializados fue derrotada. Las huelgas generales francesas y la rebelión de la escuadra en 1919 impulsieron la jornada legal de ocho horas; el poder político, sin embargo, quedó en manos de la derecha. El Partido Laborista pudo, finalmente, abrir una brecha definitiva, en las elecciones de diciembre de 1918, en el tradicional sistema de dos partidos, y un eficaz movimiento huelguista, contribuyó a elevar la situación social de toda la clase obrera; pero también en este caso, el éxito militar había afianzado el poder político de los conservadores sobre el aparato estatal. En los países escandinavos, los partidos obreros, después de la absoluta democratización del derecho electoral, se convirtieron en partidos gubernamentales. Aprovechando su especial situación, pudieron, desde luego,

realizar toda una serie de mejoras sociales, pero no una transformación socialista de la sociedad. Los trabajadores italianos ocuparon en el verano de 1920 las empresas del norte de Italia, pero ni siquiera los grandes éxitos electorales de los socialistas italianos, que se fragmentaron en tres partidos, pudieron evitar que en 1922 las clases dominantes entregaran el poder político al fascismo. En Hungría se había constituido una República de Consejos en la primavera de 1919, bajo la dirección de la socialdemocracia y de jóvenes intelectuales comunistas. En la política exterior, y apoyada en la Unión Soviética, pretendía resistir contra las disposiciones del tratado de paz; en política interior aspiraba a la repartición de las tierras de los grandes propietarios feudales. El ejército rumano, apoyado por la entente, suprimió la República de los Consejos y asentó nuevamente en el poder a la nobleza feudal. Sólo al final de la Segunda Guerra Mundial desapareció la dictadura, entonces instalada, del almirante Horthy.

Con la ayuda francesa el ejército polaco invadió en abril de 1920 Ucrania y Bielorrusia. Después de unos éxitos iniciales, fue vencido por el ejército rojo, dirigido por el joven general Tujachewski. La Rusia soviética prosiguió la guerra después de las primeras victorias, contra el consejo de Tujachewski y el voto de Trotski. Seducidos por el ideal de la Francia revolucionaria después de 1789, se esperaba ganar a los trabajadores polacos en apoyo del ejército rojo y poder iniciar en Alemania un nuevo período de acciones revolucionarias. Esto, sin embargo, resultó utópico. Nacida del hundimiento de las monarquías alemana, austriaca y rusa, poseía ahora nuevamente Polonia —después de muchas generaciones— una propia soberanía estatal. La mayoría de los obreros polacos veía por esto en las tropas que avanzaban hacia Varsovia un ejército ruso y uno revolucionario-

socialista. Así se logró, con ayuda francesa, la victoria polaca de 1920 junto al río Weichsel, quedando en manos de Polonia vastos territorios con población bielorrusa y ucraniana después del tratado de paz de 1921. El movimiento obrero polaco perdió su influencia en la vida pública por muchos años.

Los grupos revolucionarios del antiguo SDKPiL (Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania), del ala izquierda del PPS y de la Federación se vio aislada y no halló posibilidad de jugar un papel en las crisis sociales que siguieron. Al fin se unieron en el Partido Comunista de Polonia. El PPS mismo fue empujado hacia la derecha. Quienes ganaron influjo fueron los nacional demócratas, el partido de la pequeña burguesía chauvinista y antisemita. Con esto quedaban echados los fundamentos para la decisión de 1926, casi de un modo inmovible. Sólo quedaba ya la alternativa entre la dictadura fascista y antisemita de los nacional demócratas y la de los oficiales en torno a Pilsudski. La democracia polaca había dejado de existir.

El fin de la guerra ruso-polaca era también el fin del período revolucionario posterior a la Primera Guerra Mundial. En su transcurso, la clase obrera había realizado campañas generales, por vez primera en la historia, en todos los países del continente europeo, en favor de sus propios fines socialistas. La Revolución de Octubre en Rusia había abierto ese período y su triunfo había servido de catalizador. Pero en sus resultados, el movimiento obrero revolucionario había sido aplastado en todos los países fuera del antiguo imperio zarista. En los países altamente industrializados del centro y occidente europeo, la estructura capitalista de la sociedad pudo afianzarse de nuevo, si bien se vio obligada en general a democratizar su sistema de poder político. El movimiento obrero logró en casi todas partes notables concesiones político sociales. La jornada de ocho

horas se había implantado en la mayoría de los países, los sindicatos habían sido reconocidos como parte contratante en los acuerdos tarifarios y se habían logrado dar los primeros pasos en los derechos de cogestión. El poder político se hallaba, sin embargo, en los grandes países industriales en manos de los partidos que representaban interior y exteriormente los intereses de la alta burguesía. La guerra se había terminado en 1919 con unos contratos imperialistas cuya brutalidad no iba en zaga a la del tratado de paz de Brest-Litowsk en 1918. La oposición del movimiento obrero contra esa política había resultado estéril.

En Francia e Inglaterra, el ambiente de victoria había ayudado a la derecha para llegar al poder. La República alemana había escapado a la influencia de la clase obrera. Hasta sus dirigentes, reformistas antes de 1914, y después pro imperialistas, de la socialdemocracia mayoritaria, habían sido excluidos del gobierno después de las elecciones de 1920, como agradecimiento a su cooperación en la represión de sus propios electores.

En Italia surgió la alianza de los grandes propietarios rurales del Sur, los grandes industriales del Norte, el alto clero y parte del ejército y de la burocracia estatal, que poco después habría de entregar el poder político a Mussolini. Sólo en los países escandinavos alcanzó el movimiento obrero mayores éxitos y una participación duradera en el gobierno, sin que por ello se pusiera siquiera en duda la estructura económica del poder de la sociedad capitalista.

Este sistema quedó luego definitivamente establecido en la Europa central y occidental por los Estados Unidos, a partir de 1925. Apareció con mucha claridad que Estados Unidos había sido el verdadero vencedor de la Primera Guerra Mundial. Su

aparato de producción funcionaba a toda potencia e hizo de los victoriosos aliados sus deudores. Resultaba claro que se había perdido la hegemonía secular de Europa en el mundo. Al mismo tiempo se perfilaba el final de la explotación colonial del mundo extraeuropeo por las clases dirigentes de Europa y comenzaba el auge de las clases revolucionarias de las colonias. El movimiento revolucionario en Europa había salvado, desde luego, a la Revolución Rusa de la intervención armada, pero él mismo resultó derrotado. En esto nada pudieron cambiar los años de crisis de la inflación alemana ni las discusiones acerca de las reparaciones de guerra.

Los sectores socialistas revolucionarios del movimiento obrero europeo no querían conformarse con este resultado. A primeros de marzo de 1919 se reunió en Moscú, por invitación de los bolcheviques, el congreso fundacional de la Internacional Comunista. En él se hallaban, desde luego, representados muchos pequeños grupos revolucionarios, pero apenas partidos obreros organizados sobre una base de masas. Sólo la mayoría izquierdista del partido obrero noruego y la socialdemocracia de izquierda de Bulgaria y Finlandia representaban grandes partes de la clase obrera de sus países. Muy distinta era la situación entre los comunistas alemanes; éstos eran un pequeño grupo penetrado de sindicalistas, y mientras ninguno de los grandes partidos quisiera integrarse en la Internacional Comunista, vacilaban ellos en dar su asentimiento a semejante fundación. El comité central defendía así el punto de vista de la ya entonces asesinada Rosa Luxemburg. Hugo Eberlein, delegado alemán en el congreso, se dejó, sin embargo, convencer para una abstención al votar acerca de la fundación. Esto significaba que la Internacional Comunista podía constituirse. Como sede

del ejecutivo se eligió Moscú, y su primer presidente fue Sino-viev.

Al celebrarse a finales de julio de 1920 su segundo congreso mundial, la decisión sobre el curso futuro de la revolución en Europa estaba ya tomada, si bien la clase obrera no había llegado aún a ser consciente de tal decisión en el ámbito de las grandes naciones industriales, ni por parte de los dirigentes del antiguo «centro marxista» y el ala derecha del movimiento Zimmerwald —y mucho menos de los dirigentes de la revolución rusa. Todos ellos consideraban la derrota del movimiento obrero revolucionario de la Europa occidental como un revés pasajero en el proceso de lo revolucionario, pero no su fin. Los éxitos en la realización de las reformas sociales parecieron confirmar la esperanza de una victoria completa.

En febrero de 1919 se reunió en Berna el décimo congreso de la II Internacional. Se caracterizaba por el intento de reunir de nuevo a los grandes partidos socialistas de los dos bloques beligerantes y de los países neutrales sobre la base de una recíproca absolución general por su capitulación antes de la Primera Guerra Mundial. La siguiente conferencia de la II Internacional, en agosto de 1919, protestó contra el sistema de los tratados de paz de París y contra la intervención armada en contra de Rusia y Hungría. Pero los dirigentes de los partidos socialdemócratas de los Estados de la entente no transformaron esta protesta en acciones de sus partidarios. Ésta fue una de las principales causas de que algunos grandes partidarios se separaran de la Internacional antes del siguiente congreso, celebrado en agosto de 1920 en Ginebra: el USPD, los partidos socialistas de Austria, Suiza, Italia, Francia, Noruega y España. La lucha del comité central del KPD (Partido Comunista de Alemania) contra los grupos sindicalistas y los revoltosos del pro-

pio partido había provocado su escisión y la fundación del Partido Obrero Comunista. Lenin había apoyado esta lucha contra el KAPD (Partido Obrero Comunista de Alemania) y sus partidarios en otros países mediante su escrito *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. Estos «comunistas izquierdistas» se negaban a tomar parte en elecciones par lamentarias y a colaborar con los sindicatos reformistas. Lenin se volvió contra ese radicalismo iluso, reforzando así la confianza de los grandes partidos socialistas en la Internacional Comunista, los cuales reconocieron muy pronto que la dirección de ésta rechazaba la concepción utópica de una parte de sus partidarios en Europa occidental. Así los congresos del USPD y de los socialistas suizos, italianos y franceses decidieron primeramente entablar negociaciones sobre la entrada de sus partidos en la Internacional Comunista.

Este giro confirmó aparentemente la esperanza de que la revolución se hallaba en Europa occidental ante una nueva gran coyuntura. Los bolcheviques transmitieron su propia experiencia de que la conquista del poder se debía a la dirección de los obreros por un partido disciplinado, sin tener en cuenta la situación de los países industrializados. Ellos achacaban los fracasos sufridos en Occidente a la escasa penetración teórica de este problema y exigieron por esta razón en el segundo congreso de la III Internacional una absoluta centralización y rigurosa disciplina de los partidos comunistas e impusieron este postulado en las resoluciones sobre los estatutos y las 21 condiciones para el ingreso de nuevos partidos.

Estas condiciones obligaron a los partidos de masas de Europa occidental, que aspiraban al ingreso, a transformar su estructura. Tuvieron que someterse a las decisiones del comité ejecutivo de la Internacional y separarse de las agrupaciones de

dirigentes social-pacifistas o radical-reformistas. Esto suponía prácticamente una instigación a la escisión de dichos partidos, ya que tales condiciones resultaban inaceptables para una gran parte de sus dirigentes y contradecían la tradición del movimiento obrero de Europa occidental. No obstante, el entusiasmo por la triunfante Revolución Rusa era aún tan intenso que el congreso del partido alemán USP en octubre de 1920, en Halle, declaró su afiliación contra el voto de sus más conocidos dirigentes (Hilferding, Lebedour, Dittmann), lo mismo que en diciembre de 1920 el congreso del partido del SFIO francés, en Tours, contra el voto de Longuet y Paul Faure; minorías relativamente importantes abandonaron ambos partidos.

En el congreso del partido de los socialistas italianos en enero de 1921, en Livorno, se impuso, desde luego, la opinión de Serrati de salvaguardar la unidad del partido, pero la minoría en torno a Antonio Gramsci y Amadeo Bordiga se reveló suficientemente fuerte para organizar su propio partido comunista de masas. En la socialdemocracia suiza, los partidarios de la III Internacional eran muchos menos, y en el Partido Laborista Independiente, completamente sin importancia.

A principios de 1921, sin embargo, la Internacional Comunista pareció representar un gran poder: en Alemania, Francia, Italia, Noruega, Bulgaria y Checoslovaquia disponía de partidos legales de masas. Sus partidos ilegales o semilegales en Finlandia y Polonia gozaban de una gran simpatía entre los obreros. En todos los países europeos restantes mantenía pequeñas secciones, de las cuales la más débil era la inglesa.

Pero cuando los comunistas alemanes intentaron en marzo de 1921 movilizar las masas para una acción revolucionaria, se puso de manifiesto en seguida su impotencia política. La aprobación de la Revolución Rusa, sólo de un modo insuficiente,

pudo transformarse en voluntad de lucha, y la decisión del partido no podía suplir la falta de espíritu combativo en los trabajadores. El KPD perdió con esta revuelta, condenada también por Lenin, a su líder más destacado, Paul Levi, que volvió al SPD a través de los restos del USP y fue el animador de su ala izquierda. El KPD pudo recuperarse pronto, bajo la nueva dirección de Heinrich Brandler y August Thalheimer, de este revés, de suerte que su influencia aumentó en la época de la inflación, gracias sobre todo a una hábil política de exigencias transitorias y de ofertas de frente común a los socialistas; pero no se hallaban en condiciones de aprovechar la crisis para la lucha por el poder. Después de la total estabilización de la economía capitalista a principios de 1924, la influencia de los partidos comunistas disminuyó rápidamente en todos los países. El motivo de esto estribaba en buena parte en una política que pretendía edificar sobre la ilusión de que la crisis habría de producirse otra vez en seguida.

Hasta la retirada sin lucha de los comunistas alemanes después de la destitución de los gobiernos regionales de comunistas y socialdemócratas de izquierda en Sajonia y Turingia, en 1923, en todas las secciones de la Internacional Comunista se había mantenido la democracia interior del partido. Las diversas direcciones dentro de cada partido comunista discutieron públicamente en su prensa y en sus congresos, sin que por ello se arriesgara su prestigio o su unidad de acción. Para los obreros industriales de aquel tiempo, las discusiones internas de los partidos no eran en absoluto signo de desintegración. La común resistencia de los comunistas alemanes y franceses contra la ocupación francesa del Ruhr en 1923 y contra el separatismo renano certificaba la seriedad de su pensamiento internacionalista.

Por otra parte, esa resistencia aislaba a los comunistas franceses. Éstos se veían frente a una fuerte ola de chauvinismo, a la cual los socialistas franceses hicieron grandes concesiones. Después de la estabilización de la moneda alemana y del afianzamiento del capitalismo europeo con créditos americanos en 1924, la «izquierda» ascendió a mayoría dentro de casi todos los partidos comunistas europeos. Ella determinó el curso del V Congreso mundial de la Internacional, que se aferró a la ilusión de una pronta nueva crisis. Con el fin de disimular la abierta contradicción entre esas esperanzas y la correspondiente táctica del ejecutivo de la Internacional Comunista y los reales intereses de la clase obrera, hubo que limitar pronto la libertad de opinión dentro de los partidos europeooccidentales. Éstos fueron atomizados en su organización: se recargó el acento en células relativamente reducidas, en empresas y calles, se limitó el contacto de los miembros entre sí a pequeños grupos fácilmente manejables; en lugar de luchar junto con los socialistas por las exigencias de cada día, se vivía exclusivamente a la expectativa de una nueva situación revolucionaria.

Rápidamente disminuyeron los socios de todos los partidos comunistas de Europa y de las asociaciones por ellos dirigidas, reunidas desde 1921 en la Internacional Roja de Sindicatos. La influencia de las células comunistas en los sindicatos reformistas se disipó. La dependencia de los partidos occidentales europeos de los deseos y necesidades de la política exterior de los dirigentes del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) creció en la medida en que desaparecían su vida interna y su autoconciencia. La confianza en el estado de la Revolución Rusa fue transformada en el mito de la infalibilidad de la Unión Soviética. En lugar de desarrollar una estrategia política propia, independiente y bien madurada, se esperaba pasivamente la

revolución y se aceptaba todo lo que venía de lo alto. En esto se fueron gastando o eliminando uno tras otro los antiguos cuadros de dirigentes, primero como «oportunistas de derechas», luego «de izquierdas»: en Alemania, Brandler y Thalheimer, un año más tarde sus sucesores «de izquierdas» Ruth Fischer, Maslow, el historiador Arthur Rosenberg y el jurista y filósofo Karl Korsch; a Clara Zetkin se le limitó su campo de acción. En Suecia sufrió el mismo destino Hoglund, en Holanda Wijnkoop, en Francia Frossard, luego Souvarine, Rosmer, Loriot y Monatte, en Italia Bordiga y en Checoslovaquia Smeral y Neurath.

Este curso de la bolchevización burocrática tenía muy poco que ver con las teorías que Lenin desarrollara en otro tiempo sobre la estructura y formación de la voluntad del partido revolucionario del proletariado. Pero correspondía a determinadas tendencias del partido comunista de la Unión Soviética, tendencias que surgían del aislamiento de la Revolución Rusa. El Consejo de los comisarios del pueblo, que asumió el poder en Rusia después de la Revolución de Octubre, era al principio un gobierno de coalición de los bolcheviques y los socialistas revolucionarios. Pero esa coalición se rompió en la polémica sobre el tratado de paz de Brest-Litowsk. En el partido bolchevique se halló, después de largas discusiones, una mayoría dispuesta a firmar el tratado. Los socialistas revolucionarios de la izquierda se negaron terminantemente. El régimen de un solo partido fue, pues, producto del debate sobre las cuestiones estratégicas y tácticas de la revolución, pero no una meta que se dedujera de la teoría bolchevique. En la guerra civil rusa había ingresado en el ejército rojo una gran parte del proletariado industrial, ya de suyo muy débil. Otra parte de la clase obrera había regresado al campo para colaborar en la repartición de las grandes posesiones. En el transcurso de la lucha, importan-

tes sectores de la producción industrial habían sido destruidos, con lo que la producción misma disminuyó notablemente. Durante la guerra civil, cuya dureza había hecho del terror un sistema, todos los demás partidos habían sido desplazados de la vida pública y finalmente de la legalidad. La política económica mostró los primeros elementos de una planificación, pero se trataba de momento de la planificación de la escasez y apenas de la de una reconstrucción sistemática.

Hasta el final de este período hubo en el partido comunista ruso una libertad de discusión desarrollado hasta la libertad de formación de fracciones dentro del partido. La teoría del partido de Lenin sólo había sido concebida originariamente para un partido del todo ilegal, y después de la revolución, el partido de los revolucionarios profesionales fue transformado conscientemente en un partido de masas. Ahora, terminada la guerra civil, hubo que iniciar la reconstrucción sistemática, sobre todo de la industria. La condición para ello era reforzar los órganos centrales del Estado y del partido (a costa de la autonomía regional) y educar a los trabajadores industriales en la disciplina laboral (a costa de la autonomía administrativa de las empresas y de los sindicatos). Sobre estos objetivos se hallaban de acuerdo todos los grupos del partido, a excepción de la fracción de la oposición obrera. Así se llegó a la resolución del décimo congreso del partido de prohibir la formación de fracciones dentro del partido. Las violentas discusiones con los obreros y marineros de Kronstadt en 1921 mostraron cuan grande era la divergencia existente entre el partido y la población frente a esa política económica objetivamente necesaria.

La *Nueva Política Económica* (NEP), que caracterizó a este período, iba encaminada a hacer participar capital extranjero en la reconstrucción (según las esperanzas del partido). La uni-

ficación de las repúblicas soviéticas nacionales, hasta entonces soberanas, para constituir la Unión Soviética (URSS) tenía la misión de sistematizar y coordinar esta política. Pero la ayuda del capital extranjero fue muy escasa. Las inversiones necesarias para la reconstrucción y para la expansión industrial tuvieron que ser aportadas exclusivamente una vez más —como en los tiempos de la industrialización capitalista de los países de la Europa occidental en el siglo anterior— por la renuncia de la población al consumo. A esto hay que añadir que las inversiones fluían en primer lugar hacia la industria de bienes de equipo e industria pesada y sólo en segundo término hacia la de productos de consumo. Con esto se agudizaba la diferencia entre los trabajadores y el partido; las posibilidades de una democrática autonomía administrativa quedaban aminoradas. La democracia de los consejos llegó a ser la envoltura que ocultaba la dictadura del partido. Partido y Estado no pudieron forzar el crecimiento económico con los mismos bárbaros medios de explotación del trabajo de los niños, con los cuales se había logrado en otro tiempo la industrialización de Europa occidental.

Así, pues, se hizo uso de la coacción administrativa. El terror había surgido como inevitable consecuencia del período de la guerra civil. Ahora se le institucionalizó. Esto sólo fue posible a costa de la libertad espiritual. El florecimiento cultural de la época de la revolución se estancó ahora contra las barreras dogmáticas. La instrucción y la cultura fueron, desde luego, fomentadas, pero el pensamiento crítico apenas si tenía ya una oportunidad. Resultó indefectible el que el antagonismo entre las aspiraciones del partido a defender los objetivos socialistas y el pensamiento marxista y la inmediata realidad llevaran a duras controversias. Mientras la autoridad de Lenin, el caudillo

de la Revolución de Octubre, pudo nivelar de un modo convincente los contrastes en los cuadros de mando, todavía había en el partido lugar para la discusión abierta. Pero cuando Lenin cayó gravemente enfermo en mayo de 1922 y finalmente murió el 24 de enero de 1924, la tendencia a arrinconar la discusión crítica por medio de decisiones administrativas hizo presa también en la acción del partido. Al mismo tiempo se afianzaban en Europa occidental la economía capitalista y el poder político. La esperanza de los bolcheviques de que la violenta situación rusa sería superada con un triunfo socialista en uno de los grandes países industriales no se cumplió. Los comunistas rusos se cerraron, sin embargo, a esta evidencia de momento y compartieron las ilusiones de la derrotada ala revolucionaria del movimiento obrero europeo-occidental. Por otra parte, era comprensible que la fracción revolucionaria del movimiento obrero occidental europeo idealizara a Rusia como el único país con una victoriosa revolución socialista. Se tejió un mito, sin analizar críticamente hasta qué punto las reformas de poder que surgían en Rusia correspondían a la especial situación de aislamiento político y en qué medida serían transferibles a países de gran desarrollo industrial. En 1925 reconocieron también los comunistas rusos que la relativa estabilidad del capitalismo en el resto del mundo y el nuevo período coyuntural que se anunciaba habrían de consolidar el aislamiento por mucho tiempo. Stalin halló en la segunda edición de su libro *Problemas del Leninismo* la fórmula «construcción del socialismo en un país». Con ello se abandonaba la concepción hasta entonces mantenida de que en Rusia se podían, desde luego, echar los fundamentos políticos y sentar las bases económicas de una sociedad socialista, pero que para la realización del socialismo se requería la colaboración de varios países industrialmente desarrollados. Esto valdría como justificación teórica para transformar la

solidaridad crítica de los partidos comunistas europeo-occidentales con la Unión Soviética en una fe abstracta en su dirección y en la obligación de una incondicional fidelidad y obediencia. De ahí resultó luego, necesariamente, el derecho de los dirigentes soviéticos a utilizar esos partidos sobre todo como instrumentos tácticos de la política exterior rusa, y en caso necesario, sin contemplaciones con las propias necesidades de los trabajadores de los Estados capitalistas industrializados.

Las contradicciones de este desarrollo habían llevado ya, después del segundo congreso mundial de la III Internacional, a la consolidación de los partidos socialdemócratas y a su nueva conexión internacional. El recuerdo de la capitulación de la II Internacional ante la guerra imperialista y la cooperación de los dirigentes socialdemócratas de la derecha al mantenimiento de la sociedad capitalista hizo que muchos partidos socialistas permanecieran de momento en la II Internacional. Estos partidos se agruparon en febrero de 1921 en Viena, después de largas negociaciones, para formar la Comisión Internacional de Partidos Socialistas. A él pertenecieron los partidos socialistas de Austria y Francia y la Socialdemocracia Independiente alemana. Después del tercer congreso mundial de julio de 1921, la Internacional Comunista inició una política de frente único, a fin de alcanzar objetivos comunes limitados en unión con los demás partidos. El Partido Laborista exigía negociaciones sobre el restablecimiento de una internacional unificada de trabajadores. Estos impulsos alimentaron por un momento la esperanza de que al menos se llegaría a una unidad de acción de las tres internacionales. Pero con la invasión, por el ejército rojo, de Georgia, que tenía un gobierno menchevique, y con el proceso contra los socialistas revolucionarios rusos quedaron muy ten-

sas las relaciones entre los comunistas y los demás partidos obreros. Así se llegó a primeros de abril de 1922 en Berlín a una asamblea común de los ejecutivos de las tres internacionales y de los socialistas italianos, que no pertenecían a ninguna organización internacional. Pero el comité allí constituido para la preparación de una conferencia internacional de trabajadores fracasó ante las divergencias entre los dos bloques socialistas internacionales y la Internacional Comunista.

Con esto quedaba trazado el camino para la fusión del Comité de Viena y la II Internacional, que en mayo de 1923 constituyeron la Internacional Socialista de Trabajadores (SAI). El USPD y el SPD se habían ya reunificado en el congreso del partido de 1922 en Nürenberg, una vez que el terror de la reacción había pasado en Alemania de los funcionarios comunistas y socialistas de izquierda también a los políticos republicano-burgueses; el motivo inmediato fue el atentado contra el ministro de Asuntos Exteriores, Walter Rathenau. Desde entonces se enfrentaron en casi todos los países de Europa dos grandes partidos. Los dos se consideraban genuinos representantes del movimiento obrero y se hallaban agrupados en dos organizaciones internacionales separadas: la Internacional Socialista de Trabajadores y la Internacional Comunista.

Evidentemente, el problema tanto tiempo decisivo dejó de ser actual: de qué modo conquistar el poder, si con la instauración revolucionaria de la dictadura del proletariado en forma de sistema de consejos (soviets), o bien alcanzando la mayoría parlamentaria en los Estados democrático-burgueses. No obstante, la escisión se había agudizado y la mutua desconfianza se hizo más profunda. La mitologización de la Unión Soviética en los partidos comunistas confirmó a los obreros en su escepticismo. Ante semejante perspectiva, los dirigentes socialdemó-

cratas de la derecha podían disimular su fallo en la Primera Guerra Mundial y hacer aparecer los éxitos sociales y políticos del período de la revolución como éxitos de su política, y los reveses del período siguiente de reacción como consecuencia de la escisión provocada por los comunistas. Al comienzo de la ola coyuntural, los partidos socialdemócratas representaban por esa razón en todos los grandes países europeos la mayoría del movimiento obrero. Sólo en los estados balcánicos, en Yugoslavia, Bulgaria y Grecia, en los cuales la constitucionalidad y la democracia habían sido sustituidas por dictaduras militares, tenían de su parte los comunistas a la mayoría de los obreros conscientes de su clase. También en Italia, a pesar de sus graves errores tácticos y estratégicos en la lucha contra el fascismo, se mostraron a la altura de su situación ilegal mucho mejor que sus contrincantes socialistas. Después de la muerte de Gramsci, Togliatti fue el jefe del partido. El nuevo auge del capitalismo europeo fue reforzado por la exportación de capital y los empréstitos de los Estados Unidos. Los enormes beneficios conseguidos en la Primera Guerra Mundial habían facilitado a los trusts americanos el tránsito a nuevos métodos de producción.

La crisis de la desmovilización y de la inflación del capitalismo europeo, sin embargo, había acelerado también la concentración y centralización del capital y reducido la importancia de los fabricantes menores e independientes. Los Estados Unidos eran ahora suficientemente poderosos para trasladar a Europa los métodos de producción del nuevo mundo (por ejemplo, la producción en la cinta de montaje) y comenzar con la «racionalización». Si bien Nueva York había suplantado a Londres como centro financiero del mundo, esperaban los trusts y grandes bancos de Europa, no obstante, poder recon-

quitar su posición. ¿No tenían en la Sociedad de las Naciones el mundo bajo su control, como miembros consejeros permanentes, una vez que los Estados Unidos se apartaron ellos mismos, y no se hallaba nuevamente en marcha el concierto europeo después de la entrada del Imperio Alemán? Además se había logrado reprimir los movimientos revolucionarios de las colonias, que amenazaban los fundamentos de su poder. La revolución china había sido rechazada mediante compromisos entre los poderes militares del norte, los señores feudales y la oligarquía financiera. ¿Podía, pues, tal vez nivelarse el poder económico de los Estados Unidos con el poder político de los Estados imperialistas europeos si éstos lograban modernizar sus métodos de producción? El auge económico aumentó de momento las oportunidades de la izquierda democrático-burguesa, que en 1924 ganó las elecciones francesas, pero también las del movimiento obrero reformista, que llegó en Inglaterra al poder en 1923 gracias al éxito electoral del Partido Laborista. Sin embargo, el destino del gobierno laborista, dependiente de los liberales, reveló las limitaciones de la política obrera reformista.

A pesar de notables éxitos en la política exterior, a los diez meses el gobierno fue derribado. Había reconocido a la Unión Soviética, había mediado en el conflicto germano-francés e impuesto las decisivas conclusiones del protocolo de Ginebra. Tal política, no obstante, rebasaba la medida que las clases dominantes consideraban permisible. Éstas estaban dispuestas, es cierto, a corresponder al ambiente pacifista que siguió a la Primera Guerra Mundial aceptando los estatutos de la Sociedad de las Naciones y participando más o menos seriamente en las negociaciones sobre el desarme; pero no querían dejar poner

en tela de juicio el derecho a las guerras imperialistas con una clara definición de la guerra de agresión.

Así, el primer gabinete laborista fue obligado a dimitir mediante una histeria antibolchevique fogueada por toda la prensa burguesa, tomando como pretexto un artículo poco acertado del diario comunista «Daily Worker». Las elecciones que siguieron, en 1924, fueron ganadas por los conservadores aprovechando precisamente esa histeria, sin retroceder ante la deliberada falsificación de una carta de Sinoviev.

En este cambio de la situación política en Inglaterra se revelaron las consecuencias de una transformación social que caracterizaba a todos los países industrial-capitalistas desde el último decenio del siglo XIX y como una secuela del desarrollo del moderno oligocapitalismo. Con la racionalización y el crecimiento de las tareas estatales en el sector del armamento y de la política social, esta transformación se aceleró. El porcentaje de los obreros dependientes en el contingente de población económicamente activa se estancó, mientras ascendía rápidamente el de los empleados privados o públicos y el de los funcionarios. Esta capa vive también, desde luego, de la venta de su trabajo, sobre el cual dispone el capital o el poder público por él controlado; pero es más fácil de manejar que la capa de los obreros industriales porque le falta la tradición de la lucha de clases y reclama, frente a los obreros industriales, un mayor prestigio social, que parece justificado, visto someramente, por pequeños privilegios laborales. La ilusoria creencia en las oportunidades de ascenso evita el sentimiento de solidaridad, que es natural entre los obreros industriales. Estos «cuadros» — como los denomina la sociología francesa— no se diferencian de los trabajadores industriales en la estructura social, pero sí desde el punto de vista de la psicología social. Mientras no fue-

ron capaces de ver, por falta de reconocimiento de su propia situación social, la fundamental identidad de sus intereses con los de los trabajadores industriales, tendían a confiarse a aquella fuerza social que se presentaba con más poder. Como el Partido Laborista se hallaba preso de la ideología reformista, no pudo ofrecer un digno rival a la agitación antisocialista de toda la prensa. Los empleados y funcionarios fueron ganados en las elecciones para los conservadores.

El auge económico que ahora se iniciaba permitió en todos los países del capitalismo europeo hacer grandes concesiones salariales y politicosociales a todas las capas de la población activa. Pero siempre fueron estas concesiones resultado de luchas sindicales y de la presión de los partidos obreros. El peso político de éstos pudo intensificarse notablemente desde que la Internacional Comunista había vuelto a la política de frente único ante las organizaciones socialdemócratas, y los dirigentes soviéticos habían reconocido la llamada «relativa estabilización» del capitalismo. Luchas de reforma social emprendidas en común reanimaron pronto la perdida influencia de sus grandes partidos durante el período coyuntura!. Este «giro» de la Internacional Comunista, sin embargo, se realizó mediante disposiciones mecánicas desde arriba y no en libre discusión de los miembros; lo cual vino a ser una nueva desdemocratización de la trama del partido, que más tarde o más temprano había de vengarse, es decir, cuando el centralismo burocrático no bastara ya para dirigir los partidos.

De momento, no obstante, subió el nivel de vida de los trabajadores y pudieron lograrse importantes concesiones de índole politicosocial. En Alemania, el gobierno de coalición de todos los partidos burgueses tuvo que conceder a los dos partidos obreros y a los sindicatos la ley de seguro contra el paro,

pues de otro modo la alta burguesía y sus partidarios políticos habrían perdido a muchos de sus electores, pues desde el movimiento popular en favor de la expropiación de las antiguas casas reinantes alemanas, en la que también tuvo que participar el SPD bajo la presión del KPD, el movimiento obrero representaba otra vez un poder político real, sobre todo para la conciencia de los obreros industriales católicos y los empleados de Federación de Sindicatos Cristianos. El aumento del nivel de vida conseguido por los obreros correspondía a lo sumo al aumento de la productividad, gracias al progreso técnico. Su participación en el producto social no había aumentado con respecto al período anterior a la Primera Guerra Mundial.

Las elecciones parlamentarias alemanas de 1928, que se celebraron en el momento culminante de la coyuntura, constituyeron un gran éxito del movimiento obrero. Tanto los socialdemócratas como los comunistas pudieron aumentar notablemente sus votos y sus mandatos. Por vez primera desde hacía muchos años se formó de nuevo un gobierno socialdemócrata.

En los otros grandes países industriales, el desarrollo en este período coyuntural tuvo carácter similar. Después del viraje de Moscú hacia la política de frente único, los sindicatos ingleses negociaron con los soviéticos sobre la unificación de la Internacional de Sindicatos Libres con la de Sindicatos Rojos (RGI). Estas negociaciones no dieron resultado, debido a la resistencia de muchas centrales sindicales reformistas y a las concesiones muy vacilantes de la RGI. Se creó un comité permanente anglo-ruso. La política salarial fue reactivada. La colaboración tuvo un momento cumbre en 1928, en una huelga de mineros, que fue apoyada por mítines y huelgas de solidaridad. En mayo de 1926, el movimiento desembocó en una huelga general convocada por uno de los Trade Union Council. Sin embargo, los diri-

gentes sindicales ingleses rechazaron la aceptación de pagos de solidaridad de los sindicatos soviéticos por miedo a la «opinión pública». Una huelga general que no se propone ninguna finalidad política y que topa con la decidida resistencia del poder estatal no tiene apenas, sin embargo, posibilidades de éxito. Hubo que suspenderla a los nueve días sin resultado alguno. A pesar de este fracaso, el horario laboral fue reducido en Inglaterra y los salarios elevados. Las elecciones de 1929 permitieron al Partido Laborista entrar en el Parlamento como el partido más fuerte y llevaron a la formación del segundo gabinete McDonald.

Este período se hallaba, en general, bajo el signo de una continuada concentración del capital y de una intensificación del poder de los trusts, pero también en el comienzo de la formación de los trusts internacionales. Con esto surgió, no sólo entre los *managers* de los grandes complejos capitalistas, sino también en la burocracia de las grandes organizaciones obreras, la ilusión de que había dado comienzo una era de capitalismo internacional planificado para el que ya no existía el problema de las recesiones o incluso de las crisis. Así, pues, la burocracia sindical vio su única tarea todavía acomodada a los tiempos en el logro del progreso politicosocial mediante un compromiso con los *managers*. Los representantes políticos de éstos ya seguirían desarrollando la economía, en interés propio, y manteniéndola en equilibrio. Tales compromisos se esperaba alcanzarlos más fácilmente por el mero entendimiento entre la burocracia sindical y el *management*.

Se olvidó demasiado pronto que los últimos éxitos de los partidos obreros en Inglaterra y Alemania habían sido consecuencia de la decisión del pueblo alemán y de la huelga general inglesa, es decir, de dos acciones poderosas, aunque exterior-

mente sin éxito, que habían reforzado la autoconciencia de los obreros y arrastrado a las capas vacilantes. El discurso de Rudolf Hilferding en el congreso del partido del SPD en 1927 fue la más clara expresión de estas consideraciones. Sólo se consideró un pequeño defecto el que el paro estructural, que se había producido a causa de la racionalización, se mantuviera incluso en la coyuntura (como el actual paro estructural en los Estados Unidos, causado por la automación), que prosiguiera la crisis agraria y que los pequeños fabricantes fueran eliminados despacio, pero constantemente. Así se produjo una situación contradictoria: en Alemania y en Inglaterra hubo aún un estancamiento durante la gran coyuntura en el progreso politicosocial y salarial, precisamente en el mismo momento en que la mayor parte de la II Internacional participaba en el poder en los más importantes países industriales de Europa. Se hallaban, primeramente, atados por los partidos burgueses: el SPD, por sus colaboradores en la coalición gubernamental, el Partido Laborista por los liberales, cuyos votos necesitaba en el Parlamento. En segundo lugar, se sentían representantes de un abstracto bienestar estatal, supuestamente democrático, que ellos no entendían en el sentido del derecho constitucional de cada caso, sino tal como la ciencia jurídica y política burguesas lo interpretaba, sin analizarlo desde el punto de vista de la política de clases. Pero cabalmente con eso podían retener a las masas obreras que les habían dado sus votos; pues la mayoría de los trabajadores siguió de momento confiando en ellos y esperaba que los ministros socialistas alcanzarían ahora en el gobierno para ellos lo que ellos habían tenido que conquistar antes con su propia actividad. En Alemania, durante el gran *lock-out* contra los obreros metalúrgicos en 1928, el progreso politicosocial se transformó, ya antes de comenzar la gran crisis, en la pérdida de posiciones jurídico-sociales.

Esta falsa táctica de los partidos obreros reformistas, que tenían participación en el gobierno, fue facilitada por el hecho de haber abandonado entretanto la Internacional Comunista la política de frente único. Esta organización mantuvo una polémica cada vez más fuerte contra los dirigentes socialdemócratas y su política, y también contra sus organizaciones e incluso contra sus socios en particular. Hasta entonces, los trabajadores socialdemócratas habían estado abiertos a exigencias comunistas parciales y transitorias. El nuevo «giro», incomprendible para los obreros, desligó a los dirigentes socialdemócratas de la presión de sus partidarios.

Este giro fue iniciado con un acuerdo entre la delegación alemana y la soviética en el IX pleno del ejecutivo de la Internacional Comunista, en febrero de 1928. A finales de marzo de 1928 fue continuado de un modo consecuente por medio del IV Congreso de los Sindicatos Rojos, y en julio y agosto de 1928 por el VI Congreso de la Internacional Comunista. En lugar de la unidad de acción de los sindicatos, el santo y seña del nuevo curso, nada disimulado, era la *escisión* sindicalista. La Oposición de los Sindicatos Revolucionarios (RGO) en los sindicatos reformistas no habría de sentirse ya vinculada a la disciplina de la organización y celebraría, llegado el caso, sus propias huelgas. La consecuencia necesaria fue que la RGO fue eliminada de las empresas y los partidos comunistas se convirtieron, ya antes de la crisis económica, en partidos de parados. En lugar del grito de combate «¡Dominad a los caciques!», dirigido contra los dirigentes socialistas de derechas, apareció la mera exigencia de relevo de los dirigentes y la ilusión de unir a las masas en «frente único desde abajo».

Este giro se basaba en un certero pronóstico sobre el curso de la situación. Eugene Varga, el más importante economista

marxista de esta época, había previsto el estallido de una pronta y grave crisis económica. La doctrina de la Universidad popular nacional, en cambio, creía, lo mismo que la teoría económica reformista, en la ilimitada duración de la coyuntura. Si se pretendía defender las posiciones sociales necesariamente amenazadas en una crisis, imponer nuevas exigencias socialistas y defender la democracia contra el peligro fascista, habría sido necesario aunar todos los grupos para la lucha. Pero los dirigentes comunistas esperaban que los trabajadores se pasarían inmediatamente a ellos si denunciaban a tiempo la «traición» de los socialdemócratas.

Así, ya no prosiguieron en sus ofertas de frente único a los grupos dirigentes socialdemócratas y sindicales.

El giro comunista hacia la «izquierda» era en gran parte consecuencia de la crisis económica y social en que había caído la Unión Soviética al final de su nueva política económica (NEP). Esta política había acentuado la diferencia social entre los pequeños productores agrarios. La producción industrial se había desarrollado con lentitud y no era aún suficientemente fuerte para equipar con máquinas las cooperativas rurales de modo que resultase atractivo a los campesinos el paso a la producción colectiva. La organización comercial de los productos agrícolas tenía aún su propia lógica, la del beneficio, es decir, la promoción del gran agricultor. Todavía no había sido transformada en un instrumento de la expansión económica planificada. Así se produjeron grandes discrepancias en el proceso de reconstrucción económica, que llevaron, en la cumbre del partido, a un continuo cambio de turno de los diversos grupos. El grupo ZinovievKamenev-Stalin, que antes había vencido a Trotski, se descompuso. Stalin, jefe de la burocracia del partido, se había aliado provisionalmente con Bujarin y el jefe de los sindicatos,

Tomski. Zinoviev y Kamenev habían fundado un nuevo grupo de oposición de izquierda que era más realista al enjuiciar las oportunidades del movimiento obrero europeo occidental. Pero entonces, con motivo de la preparación del primer quinquenal en 1927, el año de la expulsión del partido de Trotski y de su confinamiento en Alma Ata, se produjo un conflicto entre Bujarin y el grupo voluntarista en torno a Stalin. Éste se aferró a la ilusión de que el proceso revolucionario de Occidente progresaría rápidamente. Esta esperanza señalaba la perspectiva de una notable liberación para la complicada situación de la Unión Soviética. De la derrota del movimiento obrero chino, causada en parte por culpa de Stalin con su demasiado prolongada política de coalición con Tschiang Kai-Schek, se dedujo — entre burócratas capaces de adaptar rápidamente su pensamiento— que toda política de alianza con aliados inseguros habría de llevar a consecuencias catastróficas. Así, paralelo al giro «de izquierda» de la política de la Internacional, hubo en política interior un giro bruscamente voluntarista de la política económica soviética cuando entró en vigor el primer plan quinquenal, que acabó con la política de la NEP y señaló el comienzo del auge industrial de la Unión Soviética. Era conveniente reconocer de antemano la transición de las formas democráticas burguesas de la hegemonía del capital a las tendencias fascistas del desarrollo; pero era absurdo sospechar ya al fascismo detrás de cada decisión de los Estados burgueses contra los intereses de los trabajadores y denunciar a toda la socialdemocracia inmediatamente como «social-fascista» y «principal apoyo izquierdista de la fascistización». Con ello resultaba objetivamente imposible toda alianza con sus partidarios en la lucha contra ese peligro. Esta política abrió un abismo casi infranqueable entre los trabajadores socialdemócratas y los comunistas.

Ni los partidos reformistas ni los comunistas se mostraron a la altura de la crisis económica que se produjo a mediados de 1929. Esta crisis y el paro general que la siguió hicieron posible en todos los países un enérgico ataque de los patronos contra el nivel de salarios existente y los derechos sociales de los trabajadores. Las organizaciones reformistas de trabajadores no pudieron oponer ninguna resistencia eficiente, pues confiaban en la legalidad del estado democrático-burgués y se asustaban de las acciones de masas, extraparlamentarias, que en semejante situación pueden fácilmente convertirse en luchas revolucionarias. Los comunistas se sentían muy alejados de los trabajadores reformistas porque polemizaban contra sus organizaciones y porque sus llamamientos a la lucha, no despertaron eco alguno. Además, ya antes habían sido expulsados en gran parte de las empresas por su política de escisión sindical. El partido comunista se convirtió ahora, sobre todo en Alemania, en un partido de parados.

Ahora bien, con sólo parados se pueden organizar manifestaciones callejeras, pero ninguna lucha política eficaz. Como el escindido movimiento obrero no ofrecía a las capas medias, amenazadas por la crisis, a los empleados y funcionarios, ninguna eficaz defensa de sus intereses sociales y tampoco parecía representar ya ningún poder real, éstos pusieron su esperanza en el fascismo. En todos los países de Europa tuvo lugar un desarrollo paralelo.

En Alemania, que fue afectada con más dureza por la crisis, se rompió por estas contradicciones, en marzo de 1930, la coalición dirigida por la socialdemocracia. Los sindicatos no podían dar su asentimiento a una supresión del seguro de paro. Bajo el canciller Briining comenzó la disolución de la constitución democrática. Se inició una rigurosa política de reducción de sala-

rios y sueldos, y aumento de los impuestos. Después de las elecciones de 1930, que trajeron la primera victoria elec toral del NSDAP (Partido Nacionalsocialista Alemán de Trabajadores), el SPD apoyó el gabinete Brüning en el Parlamento. Este partido fue ante los ojos del pueblo uno de los responsables de la — estéril— política de aquél. Una salida socialista de la crisis sólo habría sido posible con acciones conjuntas de los trabajadores en pro del restablecimiento de la democracia, la supresión de la dictadura presidencial y una dirección socialista de la producción.

Esto no lo querían los dirigentes reformistas, porque no deseaban responsabilizarse del riesgo de una acción de las masas. Cuando el sucesor de Brüning como canciller del imperio, Von Papen, depuso con un golpe de Estado manifiesto, el 20 de julio de 1932, al gobierno regional prusiano socialdemócrata, el SPD no se atrevió a convocar a sus partidarios para organizar manifestaciones.

El partido comunista alcanzó, en las elecciones de 1930 a 1933, éxito tras éxito. Cuando los obreros industriales se quedaban sin trabajo, votaban a los comunistas, porque su polémica, aparentemente radical, contra la socialdemocracia les parecía certera. Pero el movimiento fascista creció con mucha mayor rapidez. Los antiguos efectivos de los partidos burgueses se pasaron a él. Cuando el NSDAP sufrió un revés en las elecciones de noviembre de 1932 para el Reichstag, hombres influyentes en la economía exigieron el nombramiento de Adolf Hitler como canciller del Reich. Ellos veían en la existencia de los nacionalsocialistas un contrapeso frente al movimiento obrero y sabían que el NSDAP sólo se mantendría unido por la fe de sus partidarios en la pronta victoria de su partido. Así, tras el breve intervalo del gobierno del general Von Schleicher, el 30

de enero de 1933, Adolf Hitler fue nombrado canciller del Reich. También ahora renunciaron los dirigentes socialdemócratas a toda acción, consolándose a sí mismos y a sus seguidores con las inminentes elecciones. Pero tampoco los comunistas comprendieron de momento la importancia del acontecimiento; a sus ojos, todos los anteriores gobiernos habían sido ya fascistas. La enemistad entre los dos partidos obreros en el país decisivo de Centroeuropa había favorecido el triunfo del nacionalsocialismo. No se llegó a ningún intento serio de resistencia abierta. El movimiento obrero europeo, que hasta 1914 había aportado el partido ejemplar de la II Internacional, se había hundido sin pena ni gloria. La salida capitalista de la crisis económica quedaba con ello asegurada, y abierta la puerta hacia el rearme y hacia la preparación de la siguiente guerra imperialista.

En las semanas que siguieron, la urdimbre legal de las organizaciones obreras fue destruida de un modo sistemático. Fue en vano que Otto Wels, en su discurso, por otra parte tan valiente, contra la aceptación de la ley de emergencia en el Reichstag, silenciara el terror contra el partido comunista y la ilegalidad de sus diputados; de nada les sirvió a los dirigentes sindicales separarse del SPD y apoyar la manifestación nacionalsocialista del 1 de mayo de 1933. Se les detuvo y se destruyeron sus organizaciones. De nada aprovechó al SPD salirse de la Internacional Socialista de Trabajadores como protesta contra su crítica de las medidas del gobierno del Reich. En vano fue que la fracción socialdemócrata del Reichstag aprobara, el 17 de mayo de 1933, la «resolución de paz» de Hitler y desautorizara a los miembros exiliados de su propio comité directivo. El partido fue prohibido y sus decretos parlamentarios anulados.

Numerosos funcionarios socialdemócratas y sindicales, miembros de los pequeños grupos intermedios del movimiento obrero, surgidos a causa de la estéril política de los dos grandes partidos, y los funcionarios del partido comunista iniciaron una resistencia ilegal contra el nuevo régimen. Pasó aún mucho tiempo hasta que la masa de los obreros industriales quedara espiritualmente sometida al nacionalsocialismo. Las elecciones de consejos obreros de empresas en 1933 sólo dieron a los nacionalsocialistas el 25 % de los votos, la mayoría de empleados. El régimen no se atrevió a publicar el resultado de las elecciones para enlaces de empresa en 1934. Pero la mutua desconfianza se mantuvo también en la resistencia. Los comunistas seguían considerando a los obreros e intelectuales de los demás grupos que actuaban ilegalmente como enemigos y no como aliados. Con la valiente actitud de Dimitroff en el proceso por el incendio del Reichstag creció, desde luego, su prestigio entre los otros grupos ilegales y en el extranjero, pero el abismo que había abierto en 1928 el giro «a la izquierda» de la Internacional Comunista resultó insalvable. También ahora seguían creyendo aún los dirigentes comunistas que el régimen fascista no era en principio otra cosa que las formas políticas dominantes de la sociedad capitalista y contaban con su pronto derrumbamiento. Los éxitos del gobierno del Reich en política exterior y la reducción del paro con ocasión del rearme que ahora empezaba ayudaron desde 1936 a aislar de las masas trabajadoras los restos ilegales del movimiento obrero.

En los demás países del continente, con los éxitos del III Reich se fomentó el desarrollo de los movimientos fascistas. Los partidos burgueses de derechas de los demás países europeos no estaban aún dispuestos a hacer al fascismo alemán mayores concesiones en política exterior.

Pero no veían, en las circunstancias de Alemania, otra alternativa más aceptable que el fascismo, y esperaban poder dirigir hacia la URSS las tendencias expansionistas del III Reich. El Vaticano había demostrado, mediante el concordato de 1929 con el gobierno fascista italiano y de 1933 con el alemán, que no rechazaba en principio tales formas de gobierno. Con ello influyó en la política de las derechas católicas de todos los países europeos.

El movimiento obrero internacional, sin embargo, había sido reactivado por la catástrofe alemana. Los partidos obreros habían descubierto de un modo inmediato el peligro fascista. También en los partidos comunistas creció la presión de aquellos miembros que no querían ver repetidos los errores cometidos en Alemania.

En Inglaterra, el estallido de la crisis económica mundial había puesto al gobierno laborista ante la alternativa de operar en la primera fase de la crisis con los medios tradicionales de la política de deflación y aminorar las subvenciones a los parados, o bien —según las propuestas de J. M. Keynes y G. D. H. Cole— frenar la huida del patrón oro con aranceles proteccionistas y control de las importaciones. Pero este camino habría conducido a soluciones demasiado socialistas, de no haber ido unido a experimentos de rearme. En Alemania, los patronos habían exigido asimismo en 1930, del canciller socialdemócrata Hermann Müller, medidas deflacionistas y una disminución del seguro contra el paro. El canciller alemán estaba dispuesto a ceder, pero su partido decidió en contra suya. También en Inglaterra se adaptó el «premier» McDonald a las exigencias de los patronos, mientras que el partido y los sindicatos negaron su aprobación. Pero al contrario, naturalmente, del canciller alemán Müller, McDonald no se doblegó a su partido. Con los conser-

vadores y los liberales formó en 1931 un gobierno de coalición contra su propio partido. En esta situación de divergencias entre el Partido Laborista y sus anteriores dirigentes, las nuevas elecciones trajeron una gran mayoría conservadora. Pero al contrario de lo que la socialdemocracia alemana había hecho con su política de tolerancia frente a las disposiciones de emergencia de Brüning, el Partido Laborista no se responsabilizó de la reducción de los salarios y de los subsidios de paro, sino que luchó contra ella. De este modo pudo evitar la huida de las capas medias hacia los grupos fascistas, mantener la unidad del movimiento obrero y con ello salvar la democracia burguesa en la crisis. La separación del ILP del conjunto del partido llevó en tal situación a un aislamiento; se convirtió en una secta.

También en Francia habían traído las elecciones de mayo de 1932 la mayoría al bloque formado por los radicalesocialistas burgueses y el SFIO. Pero con la crisis económica y el triunfo del fascismo en otros países europeos los gobiernos radicales eran muy inestables. No podían hacer frente a la crisis económica de un modo eficaz.

Así, los pequeños fabricantes y comerciantes y los rentistas, decepcionados, se reunieron en asociaciones fascistas, como la Croix de Feu, bajo el coronel de la Roque, las Jeunesses Patriotiques, la vieja Action Française, antisemita y monárquica, bajo Charles Maurras, la Solidarité Française, los Camelots du Roi. Todavía no estaban unificados bajo un mando común cuando un escándalo financiero les brindó la oportunidad de un ataque masivo a la democracia parlamentaria. Los trabajadores de SFIO y los del partido comunista urgían una resistencia común; pero los comunistas se negaron y expulsaron del partido a uno de sus máximos representantes, Jacques Doriot, cuando se declaró partidario de acciones comunes.

Las asociaciones fascistas organizaron en París, el 6 de febrero de 1934, una gran manifestación. Intentaron penetrar en el Parlamento. La policía pudo evitar el asalto al edificio del Parlamento, pero al día siguiente dimitió el primer ministro Daladier. Le sucedió como jefe de gobierno el jefe del ala derecha de los radicales, Gastón Doumergue. El peligro para la República no estaba, pues, conjurado. En vista de ello, la dirección de la federación sindical socialista CGT invitó a los dirigentes de los dos partidos y a los del sindicato comunista CGTU con el fin de acordar una fecha para la celebración de una huelga general común de un día de duración. El partido comunista tomó parte en las conversaciones, aunque aún no había abandonado su postura oficial de rechazar todo frente único con los dirigentes de las organizaciones socialdemócratas. El intento de acordar una huelga común fracasó una vez más. El partido comunista y la CGTU proclamaron la huelga general para el día 9 de febrero de 1934; el SFIO y la CGT para el 12. Las manifestaciones comunistas fueron prohibidas por el gobierno Doumergue y disueltas por la policía. A raíz de esto, el partido comunista se decidió por fin a participar en la acción común del SFIO y de la CGT prevista para el 12. Sólo en París tomaron parte en la huelga más de un millón de obreros, empleados y funcionarios. Este éxito reforzó la influencia de quienes, en el partido comunista, en contra del curso del momento, querían colaborar con los socialistas.

En Austria, la dirección católico-corporativa del fascismo, que disponía, con los Heimwehr (especie de guardia cívica), de una organización militar y contaba con el apoyo de Italia, había aprovechado el triunfo electoral de Hitler el 5 de marzo de 1933 para dar un golpe de Estado contra la constitución democrática de la república. La influencia del ala nacionalista del fascismo era allí muy escasa al principio. El 7 de marzo el presi-

dente Mikklas y el canciller federal Dollfuss proclamaron la supresión de la constitución. El parlamento fue descartado y se constituyó un estado corporativo según el ideal de la encíclica *Quadragesimo Anno* de 1931. El partido socialista no emprendió la lucha, a pesar de que el programa de Linz de la socialdemocracia había anunciado que la clase obrera instauraría violentamente su dictadura en caso de que sus enemigos de clase destruyeran la democracia. No podía alegar como disculpa la división del movimiento obrero; los comunistas eran aquí una secta impotente. La socialdemocracia, en cambio, contaba con más de 600.000 afiliados y el 40% de votos en las elecciones parlamentarias y disponía, con la *Schutzbund* (Alianza Defensiva), de su propia organización militar. Pero se arredró ante el riesgo de poner en juego su legalidad en una guerra civil. Otto Bauer, su más conspicuo dirigente, designó más tarde ese esguince como un grave error. La dirección del partido se asustó ante la lucha, porque Austria se hallaba apresada entre la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista, y Dollfuss era apoyado tanto por Mussolini como por el Vaticano. Pero en marzo de 1933 Checoslovaquia era aún una democracia y se hallaba aliada con Francia, y habría podido secundar un movimiento obrero austríaco en lucha. La falta de decisión de los dirigentes del partido socialista austríaco permitió a Dollfuss aniquilar paso a paso los fundamentos de la organización del movimiento obrero austríaco. Cuando los Heimwehr comenzaron a desarmar sistemáticamente la Alianza Defensiva, a deponer a los gobiernos regionales de los Estados federales y a disolver las organizaciones del partido socialdemócrata, la Alianza Defensiva se resistió, por fin, en Linz el 11 de febrero de 1934, tratando de defender la sede del partido de esta ciudad contra un asalto. Esta fue la señal para la lucha. Pero ahora el llamamiento a la huelga general no halló ya eco alguno en el pueblo;

era demasiado tarde. La Alianza Defensiva luchó sola. Los escasos comunistas se unieron a ella. Al cabo de tres días, el ejército había aplastado la rebelión en los barrios obreros de Viena, en Linz y en Estiria. Los vencedores hicieron ahorcar a nueve dirigentes de la Alianza Defensiva. Los dirigentes del partido socialdemócrata austríaco emigraron a Checoslovaquia. Una parte del movimiento obrero siguió luchando en la ilegalidad como Socialistas Revolucionarios o se unieron a los comunistas, decepcionados de la socialdemocracia. Pero todos ellos reclamaban acciones comunes de todas las organizaciones obreras.

El período del movimiento obrero europeo que había comenzado con el éxito de la revolución en Rusia condujo en los demás países europeos a movimientos revolucionarios, pero no a la victoria. Se habían logrado, desde luego, grandes conquistas sociales, pero el movimiento obrero resultó escindido. La causa de esa escisión era y siguió siendo la posición de la URSS. Mientras que los dirigentes de una tendencia hicieron un mito de la Revolución Rusa, sin examinar más a fondo las especiales circunstancias de la construcción socialista aislada en un país industrial subdesarrollado y consideraron siempre las decisiones del partido comunista ruso como infalibles, la otra tendencia condenó la revolución, también sin estudiarla más a fondo. Una vez que se declaró la crisis económica mundial, se produjo una ola de contrarrevoluciones fascistas. La división del movimiento obrero, que desembocó en una abierta enemistad entre los dos bloques, le hacía inerte frente al fascismo. El ulterior avance del fascismo sólo podía ya ser contenido si ambas direcciones hacían causa común, al menos para defender las instituciones democráticas.

VI.

EL MOVIMIENTO OBRERO EN LA ÉPOCA DEL FASCISMO

En la primavera de 1934, el avance del fascismo en Europa parecía irresistible. Dominaba ya en Alemania, Italia, Portugal y Austria. En Hungría, en Polonia y en los Balcanes había regímenes autoritarios o dictaduras militares. Hasta en una democracia burguesa tan antigua como Suiza se organizaba la joven generación de la burguesía en el Frente fascista. En Inglaterra surgió la British Fascist Union bajo Oswald Mosley, que había tomado como modelo la trayectoria de Mussolini desde radical-socialista hasta Duce fascista. En Francia, la primera irrupción de las organizaciones había quedado sin éxito, pero con ello no había terminado el peligro para la democracia francesa. En toda Europa parecía anunciarse la victoria del segundo ataque de la contrarrevolución fascista.

Sin embargo, el fascismo no amenazaba sólo en la política interior la existencia del movimiento obrero y de la democracia. En política exterior tenía que conducir con toda seguridad a la guerra. La URSS había sido declarada como la víctima de la posible agresión. La Unión Soviética había podido entretanto llegar a un acuerdo con Italia, pues los intereses imperialistas de Italia no se orientaban directamente contra territorio soviético. En cambio Adolf Hitler, ya antes de llegar al poder, había exigido, en su programático libro *Mi lucha*, la conquista del Este y la sumisión de los pueblos eslavos. En el verano de 1933 había intentado en vano Alfred Hugenberg, entonces ministro de economía del Reich y jefe de los Nacionalalemanes, interesar a Inglaterra en la colonización de regiones soviéticas. El acuerdo

entre el gobierno polaco y el III Reich, en enero de 1934, mostró que los planes alemanes de agresión iban dirigidos en primer lugar contra la URSS. El III Reich había llegado a ser entretanto no sólo la potencia fascista más fuerte, sino también el modelo de todos los movimientos fascistas de Europa. De ahí que los intereses de la Unión Soviética reclamaran la lucha contra el fascismo a toda costa en todos los países no conquistados aún por él.

El deseo, manifestado en todos los países de un modo espontáneo, de los trabajadores comunistas de que los dirigentes de sus partidos colaborasen con todos los partidos obreros sólo era realizable a condición de que la Internacional Comunista diera su asentimiento. En la Internacional, naturalmente, decidió la voluntad del partido comunista soviético, o sea, prácticamente Stalin, que entretanto se había convertido en el dueño de ese partido. Desde 1929, la estructura social y política de la URSS se había transformado a fondo. La ruptura de Stalin con Bujarin y Rykov había llevado finalmente a un cambio brusco de la política *agraria* soviética. En el período de la NEP, las aldeas fueron divididas en *kulaks*, es decir, grandes agricultores, y en medianos y pequeños campesinos. Ahora, los grandes agricultores fueron violentamente expropiados y deportados. La nueva política era al mismo tiempo un ataque contra la posición de los campesinos medios, a los cuales se obligó bajo presión militar a entrar en las granjas colectivas. En marzo de 1930 se volvieron a limitar las medidas de violencia, pero ya no hubo más labradores independientes, que en el sistema mixto de la NEP constituían la base de la política agraria rusa. Millones de personas habían sido deportadas o llevadas forzosamente a campos de trabajo. Antes de su violenta integración en las cooperativas agrícolas, los labradores habían sacrificado el ga-

nado. El caballar descendió a menos del 50%. La consecuencia inevitable fue el hambre. Antes, la izquierda de Trotski y luego la Nueva Izquierda de Zinoviev y Kamenev habían pedido una enérgica colectivización, cuando Stalin, todavía aliado con la «derecha» no quería tolerar medidas contra los grandes agricultores. Pero los de la izquierda habían pensado en un desarrollo sistemático y paulatino del movimiento cooperativista: querían dotar de máquinas a las granjas colectivas y concederles privilegios fiscales; los labradores habrían de convencerse de las ventajas que les brindaban las cooperativas.

Otra antigua exigencia de la oposición de izquierda se refería al ritmo de la industrialización y al aumento de la producción, que debería conservarse incluso cuando la capacidad industrial de la Rusia de preguerra hacía tiempo que había sido rebasada. Los planes para ello habían sido desarrollados por Preobas-henski, el teórico economista del grupo. Entonces, la «derecha» y Stalin habían considerado demasiado grande la carga económica que habría representado la financiación de tales planes, sobre todo para la agricultura, y por eso habían reducido el ritmo de la industrialización. Ahora, con la colectivización obligatoria, habían quedado muchas personas sin trabajo. Las nuevas granjas colectivas necesitaban maquinaria para poder hacer frente al hambre. Así, pues, el ritmo de la industrialización fue bruscamente forzado. Con un «salto hacia adelante», la URSS se transformó en pocos años en un país industrial. Una gran parte de la joven generación de las ciudades dio grandes rendimientos de trabajo en las peores condiciones, porque el objetivo —la creación de una sociedad socialista próspera—, parecía merecer la pena. Naturalmente, la mayoría de los trabajadores (que hasta poco antes habían sido labriegos) fueron obligados violentamente a entrar en la industria; las energías em-

pleadas fueron gigantescas. El derecho laboral había sido transformado en un sistema de sumisión casi militar; dominaba un reglamento riguroso. La situación de los trabajadores, que trabajaban por un salario mísero, sólo se diferenciaba en algunos grados de la de los campos de trabajos forzados.

Víctima de esta política fueron los últimos restos de la libertad de discusión dentro del partido y del derecho del individuo. El marxismo, nacido del pensamiento del movimiento obrero de la Europa industrializada y capitalista, se había convertido, en el transcurso de su adaptación a las condiciones de una Rusia industrialmente rezagada —y en una época en que en otras partes de Europa había aún esperanzas de una revolución— en leninismo, que ahora fue transformado por el esta linismo en un cerrado sistema dogmático. Ya no se toleró más el pensamiento crítico. La vida cultural en la URSS —con la sola excepción de la instrucción popular— se estancó.

La transformación de la sociedad en Rusia había hecho surgir técnicas y formas de poder que correspondían en muchos detalles a las del fascismo (o que fueron adoptadas por éste). La discusión y la crítica se convirtieron en tabú; el partido y las organizaciones de masas fueron dirigidos por medio de rígidos mecanismos imperativos; la juventud fue agrupada en asociaciones obligatorias. Las diferencias sociales y culturales ya no pudieron ser expresadas. El Estado disponía arbitrariamente de sus ciudadanos. La policía secreta llegó a ser omnipotente.

Sin embargo, todas estas medidas tenían otro significado dentro del marco del sistema estalinista que en el del Estado fascista. En el fascismo constituían también ideológicamente la forma última del desarrollo nacional. Eran un medio reconocido y aprobado para sojuzgar al propio pueblo y a otros. Eran la gradación irracional de una política irracional. En el estalinismo,

en cambio, permanecieron, incluso en su extremo más irracional, vinculadas al pensamiento originario, el marxismo, y a la Revolución de Octubre. La ideología estalinista tuvo que negar su propia realidad. Tuvo que paliar la miserable situación de los trabajadores y negar la coacción. Esta impostura fue creída por muchos trabajadores de Europa occidental; la miseria del paro masivo y el escaso nivel de vida, incluso de la población activa, les parecía más soportable con la fe en un lejano paraíso socialista. Pero esa mentira no era únicamente una cínica mistificación, sino que revelaba al mismo tiempo la mala conciencia frente a una meta a la que el estalinista «socialismo en un país» quedaba teóricamente vinculado.

En la época en que se colectivizó la agricultura rusa y se industrializó rápidamente el país, la política ultraizquierdista de la Internacional Comunista fue provechosa y certera para la política interior de la URSS. ¿Era, en efecto, posible una alianza con los sindicatos de Europa occidental, de orientación reformista, mientras en Rusia eran recortados al máximo los derechos de los trabajadores? Un frente único «desde arriba» habría sometido a los propios partidarios, en el oeste, a la influencia de los trabajadores en los partidos socialdemócratas, que mantenían una postura crítica frente al desarrollo de la URSS. La Internacional Comunista obligó a los otros partidos comunistas a adoptar la idea, extremadamente subjetiva, de que sería posible la inmediata instauración revolucionaria de la dictadura de su partido. Esto estaba de acuerdo con la política del partido comunista ruso en el propio país. Lo que no se reconoció de momento fue que esa política había de empujar a los partidos comunistas occidentales a una absoluta pasividad y a la fatalista esperanza de un futuro basado en un pronóstico falso y que había de aislarlos completamente.

Desde la primavera de 1934 cambió la situación en la URSS. La política de Stalin había causado enormes víctimas y acarreado por muchos años consecuencias negativas inmensamente graves. Pero hacia la mitad de los años treinta se había superado al menos el hambre inmediata. Una parte de los *kol-joses* comenzó a tener superávit. La producción industrial igualó a la del imperio alemán. La ruta hacia el «socialismo en un país» podía considerarse segura siempre que la URSS no fuera aniquilada por una guerra. La evitación de la guerra era ahora de su propio interés. Para lograrlo, tendría que estar dispuesta, casi a cualquier precio, a una alianza con los gobiernos conservadores capitalistas de Europa occidental contra los Estados fascistas. En su propio interés tuvo ahora que aceptar el deseo de los trabajadores de Europa occidental de una colaboración de todos los partidos obreros.

Así pasó la Internacional Comunista a una política de frente único y casi inmediatamente después a la de un frente popular. El partido comunista francés, que acababa de expulsar a Doriot por sus experimentos de frente único, propuso ahora acciones comunes al SFIO, pero se negó en un principio a admitir la contrapropuesta del SFIO de que ambos partidos deberían suspender recíprocamente su polémica. El 23 de junio de 1934 aceptó, sin embargo, esta condición. A mediados de julio, la conferencia regional del SFIO se declaró en favor del pacto entre los partidos, que fue acordado el 27 de julio de 1934.

El 18 de setiembre de 1934 ingresó la URSS en la Sociedad de las Naciones, y el 2 de mayo de 1935 se firmó el pacto defensivo franco-ruso contra Hitler. A partir de ahora, los comunistas franceses tenían que defender la república burguesa en Francia contra la Alemania nacionalsocialista, lo cual equivalía, a sus ojos, a la defensa del socialismo en Rusia. La incipiente

colaboración de ambos partidos obreros, en la que participó el partido de la burguesía democrática (radicalsocialistas), trajo a las izquierdas, sobre todo a los comunistas, grandes éxitos en las elecciones municipales de mayo y junio de 1935. Los sindicatos se unificaron de nuevo. Las elecciones parlamentarias de abril y mayo de 1936 terminaron con la victoria de los tres partidos del frente popular. Los partidos de derechas habían sido derrotados; los socialistas habían mantenido su número de votos, pero lograron aumentar notablemente el de actas; los comunistas obtuvieron casi el doble de votos. Después del triunfo electoral y la formación del primer gabinete León Blum, se produjo un movimiento huelguista espontáneo, porque los trabajadores querían transformar su victoria política en éxitos sociales. Los patronos firmaron el acuerdo de Matignon el 7 de julio de 1936. Fue preciso aceptar a los sindicatos como parte contratante en acuerdos tarifarios, la semana de 40 horas con el salario completo, vacaciones de dos semanas, protección contra despidos arbitrarios y notables aumentos de salarios.

El parlamento tenía que ratificar el resultado de esta lucha en forma de leyes. Pero los comunistas rechazaron la propuesta de León Blum de consolidar este éxito politicosocial mediante la nacionalización de la banca de Francia y el control del comercio del oro y divisas. Ellos no querían irritar a la burguesía francesa para no poner de ningún modo en peligro la alianza de Francia con la URSS. Aquí se pusieron por vez primera de manifiesto las contradicciones en la actitud del partido comunista, que luego habían de aparecer con tanta frecuencia en la guerra civil española.

También en España se había agrupado la izquierda, formando el frente popular antes de las elecciones del 16 de fe-

brero de 1936. Al frente popular pertenecían además de los anarquistas todas las direcciones del movimiento obrero. También una parte de los trabajadores sindicalistas participó esta vez en las elecciones. La izquierda republicana, democrático-burguesa, se había integrado —como más tarde en Francia— en la alianza electoral que el 16 de febrero salió vencedora sobre el Bloque Nacional. Los republicanos burgueses formaron solos de momento el nuevo gobierno, que fue tolerado y apoyado por 99 diputados socialistas y 16 comunistas.

Los presos políticos del levantamiento de octubre de 1934 fueron amnistiados y reemprendida la reforma agraria. También en España llevó el triunfo electoral del frente popular a acciones espontáneas de los trabajadores, pero en este país atrasado, las divergencias sociales y políticas tuvieron que adoptar formas mucho más rudas que en Francia. Revueltas de campesinos para acelerar la reforma agraria, movimientos huelguistas de los obreros industriales y rurales se fueron turnando con sublevaciones anticlericales por todo el país; las acciones opuestas se interrumpieron. La evasión de capitales adquirió enormes proporciones. El 17 de julio de 1936 se levantó el ejército, apoyado por la mayor parte del aparato estatal y por la mayoría de los grupos antirrepublicanos.

En esta situación todo dependía, para mantener la República Española, de si hallarían en el movimiento obrero europeo y en los Estados europeos no fascistas la suficiente solidaridad.

Los trabajadores franceses reclamaron del gobierno del frente popular que autorizara el envío de armas a la República Española. Pero los radical-socialistas franceses se arredraron ante tal medida; temían verse implicados en una guerra con Italia y Alemania. El gobierno conservador inglés de Ballwin exigió en un ultimátum el 8 de agosto de 1936 que Francia se abstuviese de

todo envío de armas al gobierno republicano en España si Inglaterra había de seguir sintiéndose obligada por los acuerdos de Locarno. También la URSS se manifestó de un modo equívoco sobre su actitud en caso de guerra que pudiera surgir por el envío de armas a España. La exportación francesa de armas a la República Española quedó suspendida. En lugar de esto, Francia e Inglaterra comenzaron su política de «no intervención». El gobierno conservador inglés deseaba evitar por todos los medios un serio debilitamiento de las potencias fascistas, pues para él constituía un mal mayor el triunfo de las izquierdas en el continente europeo. Temía que el movimiento del frente popular se transformara en una nueva ola de socialización de la sociedad. El gobierno del frente popular francés no se atrevió a oponerse a los británicos, obsesionado como estaba por la idea de que sólo la colaboración con Gran Bretaña haría imposible una guerra de revancha del III Reich.

Los comunistas franceses protestaron contra esta política del gobierno de frente popular, al cual hasta entonces habían apoyado incondicionalmente. A su lado estaban una gran parte de los trabajadores socialistas. Ciertamente León Blum intentó oponerse, en el gabinete y el SFIO, a esta política de capitulaciones; sobre todo cuando después siguieron las capitulaciones, una tras otra, en política exterior. Pero como ministro se hallaba obligado a justificar públicamente lo que en el fondo resultaba injustificable. También en el SFIO, el ala dogmático-pacifista en torno a Paul Faure se reveló más fuerte que el grupo de León Blum. La mutua confianza en el movimiento de frente popular quedaba perturbada, y su gobierno demasiado inseguro para poder frenar la creciente inflación con una planificación económica socialista y una enérgica intervención en la estructura económica. De esta forma empujó a los trabajadores

a una serie de huelgas y se enajenó a los rentistas, pequeños burgueses y modestos fabricantes. Daladier formó nuevamente un gabinete de coalición al viejo estilo, compuesto de radical-socialistas y partidos conservadores burgueses. Cuando en 1938 suprimió la semana de 40 horas, la huelga general organizada por los sindicatos el 21 de noviembre de 1938 contra ese atentado a las conquistas del período del frente popular no tuvo consecuencias. El número de socios de la asociación sindical CGT descendió de 5 a 2 millones. El espíritu de lucha y la disposición combativa de los trabajadores no se podía conservar burocráticamente. Se disipó al resultar infructuoso. Ciertamente que el movimiento del frente popular había sido un movimiento democrático de masas, pero cuando se vio que no podía transformar a la sociedad porque ninguno de los grupos dirigentes tenía el valor de tomar una decisión, no tuvo más remedio que hundirse.

La política de frente popular francesa no sólo había fracasado por su alianza con una Inglaterra gobernada por los conservadores. También la URSS había esperado poder apoyarse en Inglaterra frente a las intenciones agresoras de Hitler. Para evitar la guerra o al menos conjurarla el mayor tiempo posible, había pagado también ella el precio de la política de no intervención en España. Sobre todo, había obligado a los partidos comunistas de Francia y España a limitarse, en el frente popular, a la defensa de las instituciones democráticas burguesas y de las pequeñas reformas socialistas. En ambos países, el partido debería —según las instrucciones— oponerse a toda medida que, rebasando ese objetivo, pudiera provocar la transformación socialista de las condiciones sociales. El gobierno soviético esperaba constituir con el capitalismo inglés una alianza contra Alemania e Italia que se hallaba interesado en

mantener el «status quo». De ahí su interés en demostrar que los partidos comunistas en el occidente europeo no tenían que atacar el orden social capitalista. Sus dirigentes burocráticos no comprendieron que semejante política tenía que paralizar al frente popular europeo, sin modificar la actitud de Gran Bretaña. Sólo el acuerdo de Munich, el 30 de setiembre de 1938, mediante el cual las potencias occidentales, sin consultar con la URSS —a lo que estaban obligadas por acuerdos— entregaban Checoslovaquia al III Reich, destruyó definitivamente este sueño de Stalin. La política del partido comunista ruso, que fue impuesta en los partidos occidentales por la Internacional Comunista, condujo aún a otra crisis que habría de tener consecuencias catastróficas para el movimiento de frente popular de todos los países. Los dirigentes comunistas de la vieja generación, dentro del partido comunista ruso, se habían formado en el pensamiento del marxismo revolucionario y en la lucha por la revolución socialista internacional. No se podía limitar a los métodos y posibilidades, de una mera política burocrática, pero se habían desavenido entre sí en pequeñas luchas y habían sido eliminados, uno tras otro, de la dirección del partido. En parte habían sido condenados por los tribunales, deportados o — como Trotski en 1929— derrotados, pero a muchos de ellos se les habían vuelto a encomendar ciertas tareas en el Estado y en el partido. Así, en la preparación de la nueva constitución de la URSS, en 1935, todavía colaboraron el antiguo jefe de la «derecha», Bujarin, Karl Radek y el «izquierdista» Sokolnikov en el comité constitucional. Ahora en cambio, el grupo que rodeaba a Stalin y que dominaba absolutamente en el partido y en el Estado, destruyó de un modo definitivo y a fondo esta tolerancia. Temía que la vieja guardia del partido bolchevique no aceptaría que se prohibiera a los obreros revolucionarios de Europa occidental el pensar por cuenta propia. Y temía también que

esos grupos, una vez que estallara la guerra (cada vez más probable) —es decir, después del fracaso de la política de Stalin— cumplirían lo que Trotski había anunciado en 1927: hacer un llamamiento a los trabajadores para expulsar al gobierno en funciones y a sus jóvenes «oportunistas» y seguir luego la guerra como una lucha revolucionaria y no como la guerra de una gran potencia europea.

Así comenzaron los procesos de «depuración» contra todos los dirigentes de las diversas oposiciones. Se inventaron inculpaciones de cuya falsedad nadie podía objetivamente dudar. El 1 de diciembre de 1934 fue asesinado el jefe del partido de Leningrado, Kirov. La policía secreta no quiso adrede evitar el atentado porque rechazaba la «blanda» política de Kirov de ofrecer colaboración a los viejos dirigentes y socios opositoristas del partido. Poco después fueron condenados a penas de prisión Sinoviev y Kamenev; fueron ejecutados en agosto de 1936, después del primero de los grandes procesos. Hasta 1938 continuó la ola de asesinatos. Bujarin, Rykov, Piatakov, Krestinski, Sokolnikov, Tujachevski, miles de pequeños funcionarios y oficiales, toda una generación de obreros e intelectuales revolucionarios fueron fusilados o desaparecieron en los campos de trabajo. En la monstruosidad de esta ola de terror se quebró la mutua confianza dentro del movimiento obrero. Los partidos comunistas de la Europa capitalista se sintieron obligados a defender el terror y a creer las mentiras encaminadas a justificarlo. Los dirigentes de los partidos comunistas ilegales de Alemania, Hungría y Polonia, emigrados a Moscú, fueron en parte también sus víctimas. Sin embargo, los funcionarios e intelectuales comunistas emigrados a países democráticos se aferraron desesperadamente, en su aislamiento, a su fe en la

Unión Soviética. Incluso científicos y literatos de categoría se dignaron justificar las «depuraciones».

A todo esto, la Internacional Comunista trató de ganarse en esta época la confianza de los dirigentes de la socialdemocracia reformista y también de los gobiernos burgueses. Antes de los procesos de Moscú, el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista había confirmado este curso y elegido a Dimitroff, el principal acusado del proceso del incendio del Reichstag, como secretario general. Después de esto, la llamada conferencia de Bruselas del partido comunista ilegal se había pronunciado por una política de frente común y había reconocido que una tal alianza con la socialdemocracia debería limitarse a restaurar un estado democrático burgués de partidos con un orden económico capitalista. En 1939, poco antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, la conferencia de Berna del partido comunista confirmó una vez más esta decisión. Se declaró que la única meta de un levantamiento antifascista en Alemania sería llevar a cabo la revolución democrático-burguesa en este país.

Este giro de los partidos comunistas hacia una política reformista derechista apareció como algo extraño, pues a esa misma hora en la Unión Soviética un sangriento terror contra parte del movimiento obrero eliminaba los últimos restos de libertad democrática. La autocracia de Stalin fue envuelta en un nimbo de culto casi religioso. Resultaba comprensible que creciera sin cesar la desconfianza de los jefes políticos y también de los obreros de la Internacional Socialista de Trabajadores. Una política que se había conformado para muchas generaciones con la permanencia del capitalismo en Europa occidental y que pretendía llegar a un arreglo con él tenía que tener necesariamente como consecuencia en la URSS, todavía no industrializada, el terror contra la vieja guardia de los bolcheviques. Pero

esta ilación no la vieron los trabajadores occidentales. Así, esta política produjo su propia refutación en el desarrollo interior de la URSS; profundizó la escisión en el movimiento obrero y lo debilitó decisivamente. A mediados de 1938, la originaria energía del movimiento de frente popular se había extinguido, y el movimiento obrero quedó fuera de juego en todos los países importantes de Europa occidental.

A este resultado había contribuido sobre todo el desarrollo de la guerra civil española. En agosto de 1936, los trabajadores españoles se habían hecho cargo en gran parte del país de la Administración, preparando el camino hacia la socialización. Expropiaban a los grandes terratenientes y a los industriales. La divergencia entre los miembros de los sindicatos socialistas y los anarcosindicalistas parecía superada. Largo Caballero, jefe del ala izquierda del partido socialista, apoyó este movimiento espontáneo, que nadie había organizado. Prieto, jefe del ala derecha de ese partido, y los comunistas exigían, en cambio, limitarse rigurosamente a la defensa de la constitución, pues temían que de lo contrario se rompiera la alianza con los demócratas burgueses y se quedarían sin la ayuda de los Estados democrático-burgueses. Pero esa ayuda, de todos modos, no llegó. No hubo más que tibias declaraciones de simpatía de la gran prensa de los países occidentales.

Obreros e intelectuales de todos los países formaron a continuación las Brigadas Internacionales en las cuales lucharon millares de emigrantes alemanes, antiguos componentes de la Alianza Defensiva austríaca, socialistas y comunistas.

La URSS fue el único Estado que se había mostrado dispuesto a enviar armas al gobierno republicano español. A cambio de ello exigía la renuncia a medidas socialistas en España, a fin de no agudizar sus diferencias con la política inglesa. Ya con

esto hubo choques con una gran parte del movimiento obrero español. Pero sobre todo, los consejeros soviéticos y representantes de su policía secreta trasplantaron a España los métodos de las depuraciones soviéticas. En mayo de 1937 realizaron una represión en Barcelona contra el POUM, «trotskista», y contra los trabajadores sindicales a él asociados. Como no se podía seguir luchando sin ayuda soviética, el gobierno del socialista de izquierda Largo Caballero fue sustituido por un gabinete socialista de derecha con Negrín al frente.

Sólo en Escandinavia pudieron los partidos socialdemócratas reformistas sellar definitivamente la derrota del fascismo en junio de 1934, sin que por ello se convirtieran los partidos burgueses en herederos de ese éxito. En Suecia formaba gobierno la socialdemocracia desde 1920 y en Dinamarca desde 1924, casi ininterrumpidamente. En ambos países, la crisis económica había causado paro, luchas laborales y el nacimiento de movimientos fascistas entre las clases medias. Pero la incipiente situación del rearme en Alemania y luego también en los demás países hizo que el incremento del comercio exterior ayudara a superar la crisis con más rapidez que en otras partes. En 1935, en el momento culminante de la influencia de la izquierda en Europa occidental, el partido obrero noruego consiguió también la mayoría en el parlamento. Desde entonces permaneció firme en el gobierno como los partidos social-demócratas de Dinamarca y Suecia. El partido fascista noruego, la Natsjonal Samling de Qvisling, no tenía ya oportunidad alguna para ganar una gran influencia. También en Finlandia se descompuso el movimiento fascista Lappo, que todavía en 1930 había impuesto la prohibición del partido comunista con su marcha sobre Helsinki.

Realmente, tales éxitos del movimiento obrero en Estados que, desde luego, sacaban sus ganancias con la política imperialista de las grandes potencias, pero que se mantuvieron neutrales, no cambiaron nada en el balance general de este período en el desarrollo del movimiento obrero europeo. La dirección de las grandes potencias capitalistas no fascistas de Europa se hallaba de nuevo en manos de los partidos burgueses. Éstos intentaron apartar de sí y dirigir hacia la URSS las tendencias agresoras de Alemania e Italia y por tal razón hacían una concesión tras otra. En 1935 encajaron el ataque de Italia a Etiopía; en 1938 aguantaron la anexión («Anschluss») de Austria al III Reich; en setiembre de 1938 sacrificaron prácticamente a Checoslovaquia y en abril de 1939 toleraron también la ocupación de Albania por Italia. Cuando después de la anexión del resto de Checoslovaquia por Hitler, se vieron obligados a entrar en la lucha ante el inminente ataque del III Reich a Polonia, ofrecieron colaboración a la URSS, si bien en la solución de conflictos anteriores no habían vacilado en quebrantar acuerdos y hacer caso omiso de la URSS. Pero después del acuerdo de Munich parecía haber pocas razones para el gobierno de la URSS de considerar como fundamentalmente diversas la política de los dos grupos de Estados en Europa (Inglaterra y Francia por una parte, Alemania e Italia por la otra). El gobierno soviético intentó aplazar todo lo posible la inminente y a la larga inevitable guerra con el III Reich. Las potencias occidentales no habían tenido en otro tiempo la mínima consideración en su política con los intereses de una Checoslovaquia democrático-burguesa. Ahora la URSS no veía ningún motivo para considerar los intereses de la dictadura militar de Polonia más importantes que su propia necesidad de paz, tanto más cuanto que allí el partido comunista hacía tiempo que era perseguido, tras su prohibición y también las organizaciones obreras eran obstacu-

lizadas por la policía. Así se llegó al pacto germano-ruso del 23 de agosto de 1939. El protocolo adicional secreto concedía a la URSS territorios que Polonia había conquistado en la guerra de 1920 y cuya mayoría étnica no era polaca. En un segundo acuerdo del 28 de setiembre de 1939, la URSS obtuvo paso libre frente a los Estados bálticos, Finlandia y Besarabia, anexionada en 1918 por Rumania.

Estas medidas iban encaminadas a aplazar la guerra de Hitler contra la URSS y proporcionar a la Unión Soviética el mejor punto de partida posible. Lo cual no impidió que este pacto resultara gravemente pernicioso para el movimiento obrero europeo occidental y sobre todo para los partidos comunistas de Occidente. Los socialistas de los países beligerantes y los comunistas, que no había cesado de llamar a la lucha contra el III Reich, se sintieron traicionados. El SFIO había incluso apoyado al gobierno después de estallar la guerra; y el Partido Laborista había reclamado repetidamente en el período anterior a la guerra también medidas militares contra el III Reich. Los partidos socialdemócratas de la mayoría de los países neutrales, en cambio, secundaron la política neutralista de sus gobiernos. Cuando Finlandia apoyó el ataque de Hitler a la URSS en 1941, el grupo dirigente de la socialdemocracia finlandesa en torno a Tanner se convirtió incluso en un activo aliado de Hitler. Con esto, la Internacional Socialista de Trabajadores se desmoronó de hecho lo mismo que la Segunda Internacional. Los partidos comunistas de Francia, Inglaterra y Alemania se mantuvieron, incluso después del pacto germano-ruso, firmes en su política de considerar a Hitler como el enemigo principal. Thorez, el jefe de los comunistas franceses, declaró que su partido estaba orgulloso de aquellos de sus socios que habían ingresado en el ejército francés. Y todavía después de la invasión soviética de

Polonia el 17 de setiembre de 1939, una carta abierta de Cachin a León Blum confirmaba esta opinión —por cierto, justificando al mismo tiempo la política soviética.

Entre tanto, los comunistas franceses habían quedado aislados, y los partidos burgueses pudieron prohibir el partido comunista francés con una ley de 26 de setiembre de 1939. El último partido comunista de masas fuera de la Unión Soviética se había convertido en ilegal. La URSS se había obligado, con el «pacto de amistad» del 28 de setiembre de 1939, a una benévola neutralidad frente al III Reich. Molotov suministró en un discurso pronunciado ante el Soviet Supremo el 31 de octubre de 1939 la justificación ideológica de este giro y las cínicas formulaciones del pacto. Caracterizó a la guerra mundial como polémica entre coaliciones imperialistas del mismo valor. El comité ejecutivo de la Internacional Comunista hizo suya esta tesis el 6 de noviembre de 1939. La puesta fuera de ley del partido comunista francés había eliminado ahora el último obstáculo para una identificación ideológica de la Internacional con la política de la URSS. A partir de ahora, la guerra no debía tratarse, desde el punto de vista de los partidos comunistas, de otro modo que la Primera Guerra Mundial. En todos los países, en las democracias occidentales burguesas como en las fascistas Alemania e Italia, los comunistas tenían que combatir la guerra por todos los medios. La cuenta de esta política la pagaron aquellos comunistas alemanes y austríacos que habían emigrado a la Unión Soviética y pasaban por sospechosos desde las depuraciones. Muchos emigrantes comunistas fueron entregados por la policía secreta soviética a la Gestapo nacionalsocialista.

El contraste que con esta política de la URSS había surgido entre los movimientos obreros comunista y socialista se agu-

dizó con el ataque de la Unión Soviética a Finlandia el 19 de noviembre de 1939. Esta guerra preventiva constituía una clara infracción del derecho internacional y contradecía al derecho de autodeterminación de los pueblos. Las simpatías de los partidos obreros socialistas de todos los países de Europa estaban evidentemente del lado de Finlandia.

Tampoco la agresión del III Reich contra los países neutrales (Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Luxemburgo) y la derrota de Francia cambiaron en nada el enjuiciamiento de la guerra por los partidos comunistas. Pronto comenzó la lucha ilegal contra el «nuevo orden» de Europa en los países ocupados por Alemania e Italia. Esta lucha fue apoyada por los comunistas, de acuerdo con esta «línea». En el transcurso de esta resistencia, las organizaciones comunistas ilegales se independizaron más de Moscú. Desde el principio constituyeron uno de los soportes de la *résistance*. Después del ataque alemán a Yugoslavia, el comité central de los comunistas yugoslavos proclamó el 10 de junio de 1941 el levantamiento armado contra las fuerzas de ocupación. Antes habían ya comenzado los trabajadores de Europa occidental a oponerse al terror nacionalsocialista. En febrero de 1941 se declararon en huelga los obreros de Amsterdam contra la deportación de judíos holandeses; a finales de abril de 1941 se produjo una huelga general de los mineros en Pas-de-Calais. En todas partes pudieron los comunistas en tales acciones ir colocándose en primer término. La teoría y la estructura de su organización se adaptaba mejor a las condiciones de la estricta ilegalidad que las de las asociaciones socialdemócratas, y la actividad de sus miembros era mayor que la de los miembros de otras organizaciones. Los comunistas franceses prepararon desde mediados de 1941, de un modo sistemático, con la fundación del Frente Nacional, la

creación de grupos de partisanos, que eran, desde luego, neutrales, pero estaban dirigidos por los comunistas.

La agresión de los ejércitos alemanes contra la URSS, el 22 de junio de 1941, dispuso la desconfianza entre los trabajadores socialistas y comunistas en la mayoría de los países europeos. Los socialdemócratas y los comunistas se consideraron en adelante como aliados en la resistencia. Después de la batalla de invierno a las puertas de Moscú en 1941 aumentó la resistencia en todos los países ocupados, pero también en Alemania e Italia. La primera derrota del III Reich estimuló a los viejos funcionarios del movimiento obrero. En setiembre, los dirigentes de los partidos socialista y comunista de Italia en el extranjero junto con el grupo de intelectuales demócratas Giustizia e Libertà, crearon un comité conjunto permanente en Tolosa, y en setiembre de 1942, el comité del Frente Nacional en Turín. El 5 de marzo de 1943 se produjo ya la primera huelga general en Turín, que rápidamente se propagó a otras ciudades.

Con todo, lo más grave era la situación de los restos del movimiento obrero alemán. El control de la sociedad por el régimen fascista era en Alemania más intenso que en otras partes. Hasta que estalló la guerra habían sido condenados 225.000 alemanes, por motivos políticos, a penas de privación de libertad por un total de casi 600.000 años. De los sentenciados, más del 90 % pertenecían al movimiento obrero. Según una estadística de la Gestapo, en abril de 1939 se encontraban casi 168.000 alemanes en prisión preventiva en los campos de concentración y establecimientos penitenciarios, 112.500 cumplieron condena en presidios y cárceles y 27.500 en situación de detención provisional. La mayoría eran presos políticos, y la proporción de los que no pertenecían al movimiento obrero era muy escasa. La actividad de los grupos ilegales del movimiento

obrero al estallar la guerra se hallaba casi paralizada. La movilización y los llamamientos a filas dificultaban la cohesión y la comunicación entre los grupos de la resistencia. Los trabajadores alemanes habían recuperado, desde que se iniciara el auge económico y el pleno empleo con la planificación del rearme del III Reich, el nivel de vida de la época anterior a la crisis económica. Con esto se rompió el contacto entre la mayoría de la población y los grupos de la resistencia. Ciertamente que durante la crisis checa y al estallar la guerra reinaba todo menos entusiasmo militar, pero los rápidos éxitos de los ejércitos alemanes en la primera fase de la guerra cambiaron totalmente el ambiente. La brutal explotación de los territorios europeos ocupados hizo posible en Alemania un nivel de vida casi impensable para la economía de un país en guerra. Las tropas de ocupación aprendieron a sentirse como señores en los Estados ocupados. En el oeste, la guerra se hacía —si se prescindía por un momento de la persecución de los judíos—, al menos al principio, de acuerdo con las normas del derecho internacional militar. En cambio, en el este y en los Balcanes fue desde el comienzo una campaña que tenía como finalidad la esclavización de los vencidos, el exterminio o la deportación de grupos étnicos enteros y el asesinato de los judíos. El desprecio del derecho en ninguna parte fue tan craso como en la guerra contra la URSS: los prisioneros de guerra rusos fueron diezmados por el hambre, los trabajos forzados o la muerte —de unos 5,7 millones de prisioneros de guerra soviéticos sólo sobrevivieron algo más del millón. No sólo las tropas, sino también la población estaba enterada en parte de los crímenes de guerra del III Reich, máxime teniendo ante los ojos la explotación de los trabajadores forzados de todos los países. ¿Qué pasaría si los vencedores vengaran los crímenes cometidos contra otras naciones? La guerra aérea contra la población alemana, que el imperio alemán había ini-

ciado con sus ataques a Guernica, Varsovia y Rotterdam, revirtió sobre Alemania. Pero el miedo a las consecuencias de una guerra perdida era tan grande que ni los ataques aéreos pudieron acabar con la sumisión de las masas a la dictadura nacionalsocialista. Así, la influencia de los muchos grupos de resistencia que ahora surgían del movimiento obrero quedó limitada a pequeñas minorías de las capas obreras y de los intelectuales. Carecían de contactos, o eran éstos muy escasos, con los dirigentes de sus viejos partidos en el extranjero, y la contradicción entre su pensamiento y el desesperado letargo de las masas era demasiado grande como para que hubiera podido surgir en Alemania una eficiente amenaza a la dictadura nacionalsocialista. El aparato terrorista del régimen fue destruyendo dichos grupos uno tras otro.

Desde 1943, en casi todos los países europeos del continente ocupado hubo ejércitos de partisanos. En los Balcanes se había creado el Ejército Nacional de Liberación, dirigido por comunistas yugoslavos; en Grecia, el ELAS, bajo la dirección del general Sifaris. En ambos se hallaban en competencia con asociaciones nacionalistas monárquicas: los Tchetniks bajo el general Mijailovich en Yugoslavia, la Edes bajo el general Zervas en Grecia. La URSS intentó aprovechar su influencia en los partidos comunistas para lograr una coalición de los grupos de partisanos dirigidos por comunistas con las asociaciones nacionalistas, pero las divergencias resultaron insuperables. Sólo después que Inglaterra hubo reconocido al ejército de Tito, se sintió la URSS dispuesta por su parte, tras muchas vacilaciones, a dar ese paso. En Grecia se esforzó la Unión Soviética por integrar a la ELAS, dirigida por comunistas, bajo el mando del Middle East Army británico. Indujo a la EAM, la coalición de los grupos republicanos de la resistencia, a participar en un gobierno de

coalición del rey exiliado en Egipto. Después de la retirada de las tropas alemanas, el alto mando británico dispuso el desarme de la ELAS. Cuando las tropas inglesas dispararon el 3 de diciembre de 1944, en Atenas, contra una manifestación de casi medio millón de personas que protestaban contra tal medida, estalló la guerra civil. Sólo el 12 de febrero de 1945 se terminó su primera fase, gracias al acuerdo del gobierno Plastiras y la EAM. La ELAS entregó sus armas. La URSS no la había apoyado. La Unión Soviética no quería gravar su coalición de guerra con movimientos sociales y revolucionarios en territorios que había reconocido como área de intereses de un Estado capitalista.

En esta última fase de la guerra se anunció ya una nueva divergencia entre el movimiento obrero que resurgía y la Unión Soviética. El movimiento obrero resultó vigorizado con su actividad en la lucha de la resistencia y perseguía ahora sus propios objetivos sociales revolucionarios. La URSS, en cambio, quería asegurarse por todos los medios la colaboración de sus aliados de guerra en la reconstrucción de la destruida industria rusa.

En Italia, la mayoría del Gran Consejo fascista había depuesto el 25 de julio de 1943 a Mussolini, con lo cual las clases dirigente italianas pretendían ponerse a cubierto de las consecuencias de la guerra perdida. En su lugar, se hizo cargo del gobierno el general Badoglio, quien capituló el 8 de setiembre de 1943 ante los aliados y declaró la guerra al imperio alemán el 13 de octubre. En las partes no ocupadas de Italia surgieron de nuevo los dos partidos obreros, a los cuales siguió la fundación de partidos burgueses. Todos ellos fueron reunidos el 9 de setiembre de 1943 en el Comité de Liberación Nacional, con el fin de apoyar al nuevo gobierno hasta la definitiva y total liberación de Italia. En los territorios ocupados comenzó la actividad de los partisanos, entre los cuales, como en el resto de Eu-

ropa, el movimiento obrero representaba el grupo más fuerte. En marzo de 1944 se celebró en la zona ocupada por los alemanes, una huelga general con participación de un millón de trabajadores. Las experiencias de esta lucha condujeron, el 3 de junio de 1944, al acuerdo de restaurar los sindicatos de un modo uniforme, sin escisiones ideológicas o políticas. A partir de abril de 1944, todos los partidos, incluidos los comunistas, formaron parte del gobierno. Una vez que a finales de abril de 1944 un levantamiento general liberó también por fin las ciudades del norte de Italia, el peso político se desplazó muy en favor del movimiento obrero. El 20 de junio de 1945 se formó un nuevo gobierno bajo el demócrata de izquierdas Parri, jefe de partisanos. La cuestión, sin embargo, de la futura estructura de Italia quedó indecisa. La propiedad de los trusts, que había sido protegida por el fascismo, y el latifundismo feudal del sur, permanecieron incólumes.

En Francia, después del desembarco de los aliados el 6 de julio de 1944 se vio en seguida que el gobierno establecido por Pétain no estaba ya respaldado por la población. Las unidades armadas del movimiento de la resistencia, que en el curso de la primavera habían sido reunidas en las Forces Françaises de l'Intérieur, atacaron con más brío después del desembarco de los aliados. El régimen del general Pétain se descompuso en todas partes donde no fue sostenido por las tropas alemanas. En Argel, después del desembarco del norte de África, se formó el Comité Nacional de Liberación bajo los generales De Gaulle y Giraud, del cual surgió luego, en junio de 1944, el gobierno provisional. En la parte de Francia ocupada aún por tropas alemanas, el Consejo Nacional de la Resistencia poseía aún su autoridad. El gobierno provisional se apoyaba, después de la liberación de Francia, en tres partidos que se habían desarrollado

como consecuencia del movimiento de la resistencia: el católico Mouvement Républicain Populaire (MRP), el SFIO y el partido comunista francés (PCF). No sólo los obreros, sino también los empleados recordaban aún la colaboración de la burguesía y las tropas de ocupación y querían evitar a toda costa un renacimiento fascista. No obstante, tampoco en Francia se llegó a una transformación de la estructura de la sociedad. Al igual que en Italia, los dirigentes comunistas, entregados a la política del partido comunista ruso, disuadieron a las masas de adoptar medidas socialistas. Así como en Italia, en ese tiempo, eran mucho más radicales las exigencias del partido socialista que las del comunista, así también en Francia era más radical el programa del SFIO que el del PCF. Los dirigentes del partido comunista se sentían obligados a evitar todo lo que aun remotamente pudiera perturbar las relaciones con los partidos aliados. Y si bien hasta los miembros del MRP y una gran parte de los seguidores de la Democrazia Cristiana consideraban entonces necesaria una intervención revolucionario-social, la gran autoridad de que gozaban los comunistas como organizadores de la resistencia en los años anteriores les permitió imponer a funcionarios y socios en la línea de Moscú.

Sólo en los países vecinos a la Unión Soviética era distinta la situación. Después de la victoria del III Reich se había constituido en Londres un gobierno polaco en el exilio, apoyado en los partidos burgueses y en el PPS. Incluso después de declararse la guerra entre el imperio alemán y la URSS, este gobierno no estaba dispuesto a renunciar a los territorios al este de la línea Curzon —conquistados en la guerra polaco-soviética de 1920 y ocupados entretanto por la Unión Soviética—, a la lituana Wilna y los territorios ucranianos de Galizia. Esta actitud era comprensible psicológicamente si se comprende la impor-

tancia del nacionalismo polaco. A esto hay que añadir el inexplicable crimen de Katyn. Por otra parte, ningún gobierno soviético, después de los inmensos sacrificios que el pueblo de la URSS tuvo que hacer en la Segunda Guerra Mundial, podía voluntariamente y *a posteriori* aceptar las conquistas de Pilsudski. La Unión Soviética estaba obligada a procurar que en Polonia hubiera un gobierno que aceptase como frontera la línea Curzon. Es decir, tuvo que crear una alternativa frente al gobierno en el exilio de Londres. Así se llegó el 21 de julio de 1944 a la fundación del comité de Lublin, que cooperaba en la Polonia ocupada con el partido obrero nacido en 1942 y con los grupos de partisanos por él dirigidos. Este partido obrero había venido a sustituir al partido comunista polaco, liquidado en 1939 por la policía secreta de Stalin. El 1 de agosto de 1944, el gobierno en el exilio de Londres puso en marcha un levantamiento del ejército patriótico por él controlado, en Varsovia, a fin de adelantarse a la invasión del ejército rojo. Y si bien la URSS no podía sentir simpatía hacia los oficiales del ejército patriótico, tampoco podía permitir que las tropas soviéticas contemplasen desde el otro lado del Weichsel cómo las tropas alemanas aplastaban sangrientamente la insurrección. En cambio, durante el levantamiento del ghetto de Varsovia, el ejército soviético no se hallaba en condiciones de prestar una verdadera ayuda. Con la irrupción del ejército rojo en Polonia se llevaron a la práctica las resoluciones del comité de Lublin sobre una reforma agraria y se suprimió el régimen latifundista feudal de Polonia. El 1 de diciembre de 1944 se transformó el comité de Lublin, con participación del socialista Gomulka, en un gobierno provisional.

El desarrollo de Bulgaria y Rumania desembocó —con escasas diferencias— en los mismos resultados. Sólo que en Bulga-

ria, el partido comunista, muy fuerte, junto con el ala izquierda del partido agrario, constituía una base más amplia para una política de enérgicas medidas de intervención en la estructura social. La situación del bloque nacionaldemócrata de Rumania, que estaba dispuesto a una colaboración con la URSS, era, en cambio, al principio muy precaria.

En Hungría, después de la entrada del ejército rojo, se fundó el 22 de diciembre de 1944 en Debreczin un gobierno provisional compuesto de comunistas, social-demócratas y republicanos. Tras la conquista de Budapest, en febrero de 1945, se promulgó la ley de reforma agraria, que destruía los fundamentos de la dictadura de Horthy. En Eslovaquia, los obreros eslovacos derribaron en agosto de 1944 el régimen fascista clerical dependiente de Hitler. El recuerdo de la actitud de las potencias occidentales en 1938 reforzó la influencia y el prestigio de la URSS y de los comunistas checoslovacos y la importancia del ala izquierda del partido socialdemócrata en el movimiento obrero del país. Los sufrimientos del pasado produjeron un nacionalismo antialemán que se descargó en forma violenta después del derrumbamiento de los ejércitos alemanes y en la rebelión de Praga el 5 de mayo de 1945.

En dos países europeos, la URSS renunció a realizar una transformación social o a la integración en su ámbito de dominio, a pesar de que el ejército rojo los había liberado, del poder de Hitler o de gobiernos prohitlerianos. Finlandia había tomado parte en la agresión del III Reich en junio de 1941 contra la URSS. La socialdemocracia finlandesa bajo la dirección de Tanner había apoyado esa campaña para vengar la guerra de invierno de la URSS en 1939, lo mismo que la socialdemocracia sueca, que, en contra de sus obligaciones de neutralidad, permitió el paso de tropas alemanas por su territorio. El tratado de

paz fino-ruso, tras el acuerdo del cese de hostilidades el 3 de setiembre de 1944, determinó la renuncia a Carelia, la autorización para utilizar la base militar de Perkala y la garantía de legalidad para el partido comunista, transformado entretanto en Unión Democrática. La estructura social y la constitución política del país permanecieron inalterables.

En Austria, dos semanas después de la conquista de Viena por el ejército rojo, se proclamó el 27 de abril de 1944 la restauración de un Estado independiente de Alemania. Jefe del gobierno fue el viejo dirigente del ala derecha de la socialdemocracia, Karl Renner. Con ello había establecido la URSS *un fait accompli*, al cual dieron luego de mala gana su asentimiento las otras tres potencias de ocupación. Al mismo tiempo se volvió al tradicional sistema austríaco de partidos, tal como había existido hasta el golpe de Estados de Dollfuss. No se llevan a cabo medidas sociales revolucionarias.

La política de la URSS en estos territorios ocupados por el ejército rojo no contradecía objetivamente a su táctica general. Los partidos comunistas fueron instados a limitarse a reformas sociales y a restablecer formas de gobierno democráticas. Se renunció a todo tipo de modificaciones sociales. Ésta fue en parte la causa de que, una vez eliminado el régimen fascista, en los países europeos no se produjeran acciones revolucionarias de los trabajadores, pues para los dirigentes de los partidos comunistas la obediencia al partido comunista ruso era lo más natural. Dentro del movimiento obrero europeo occidental, al terminar la guerra, era muy grande la autoridad de los partidos comunistas, ya que ellos habían dirigido con especial energía y habilidad la resistencia en la Europa ocupada por los nacional-socialistas. Pero esta política no pudo evitar que el desarrollo de Polonia y los países balcánicos, que habían sido ocupados

por el ejército rojo, despertase desconfianza en las clases dominantes de las grandes potencias capitalistas. Cuando la Unión Soviética no pudo dominar las revoluciones anticolonialistas en Asia después de la derrota del Japón y el avance de la revolución en China, esa desconfianza creció aún más, a pesar de que Stalin no hizo nada por ayudar a los chinos rojos.

Esta fase del movimiento obrero europeo sólo se cerró verdaderamente con la capitulación del imperio alemán. Lo mismo que en Italia, pero en una escala mucho menor, y en vista de la derrota segura, una parte de las clases dominantes en Alemania se había unido con los socialdemócratas para derribar a Hitler y terminar la guerra. De este modo pretendían asegurarse su posición social y una parte de los éxitos militares del III Reich. El intento de ampliar esta combinación al sector revolucionario del movimiento obrero fracasó. Las conversaciones entre los socialdemócratas Julius Leber y Adolf Reichwein y los comunistas Antón Saefkov y Franz Jacob terminaron con la detención por la Gestapo y su ejecución de todos los participantes. Toda la conjuración se malogró, pues, al contrario que en Italia, la mayoría de las clases dominantes no se adhirió, sino que esperaba aún una favorable terminación de la guerra. En tales circunstancias, el valor aislado de algunos, como el conde Stauffenberg, no pudo salvar la conjuración, que por fin fracasó el 20 de julio de 1944.

La Segunda Guerra Mundial siguió adelante hasta la total ocupación de Alemania por las tropas aliadas. Cuando el 8 y 9 de mayo de 1945 capituló el imperio alemán, el aparato estatal se había hundido completamente. Ningún grupo social estaba ya en condiciones de obrar por propia iniciativa frente a las potencias ocupantes o siquiera negociar con ellas. Tampoco la clase obrera era capaz de actuar antes de que los pocos repre-

sentantes supervivientes regresaran de los campos de concentración, de las cárceles y de la emigración. La decisión sobre el futuro desarrollo de Alemania quedaba, por tanto, reservada de momento, de hecho y de derecho, a los gobiernos de las cuatro potencias y a sus tropas de ocupación. Este estado de cosas tenía que llevar a un problema decisivo en Europa.

Durante la fase final de la Segunda Guerra Mundial, el nivel de vida de los trabajadores alemanes había disminuido considerablemente; terminada la guerra, descendió más aún. La caída desde el nivel de vida de una sociedad capitalista desarrollada y con gran productividad hasta el nivel de la más primitiva existencia y constante subalimentación no se produjo en ningún país de Europa occidental con tal brusquedad como en Alemania en 1945. La expulsión de la población alemana de Checoslovaquia y de los territorios de allende el Oder y el Neisse produjo una interminable corriente de refugiados. Los trabajadores alemanes, ocupados en su propia supervivencia no se hallaban por de pronto en condiciones de emprender sus propias acciones políticas y sociales.

VII

EL MOVIMIENTO OBRERO EUROPEO DESPUÉS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética amplió notablemente su zona de influencia gracias a las victorias del ejército rojo y colocó, en los Estados vecinos, gobiernos que le eran favorables y que en la mayoría de los casos se vinculaban con el movimiento obrero. Estos gobiernos

comenzaron muy pronto a transformar la estructura social de sus países. Visto en conjunto, el movimiento obrero europeo había resultado, desde luego, vigorizado, pero no había podido realizar sus ideas sociales. Y en la Unión Soviética se hicieron notar los daños económicos producidos por la guerra; sus territorios de mayor desarrollo industrial y también los de mayor producción agrícola habían estado durante dos años en manos de los ejércitos de Hitler o habían sido teatro de operaciones militares. Una gran parte de la población había caído en la lucha o había sido asesinada: la Unión Soviética fue con mucho el país con mayor número de víctimas de guerra. Por una parte, la guerra había llevado a la industrialización de nuevas regiones de la Unión Soviética, con lo cual quedaba demostrado que la sociedad industrial socialista era capaz de actuar con una gran eficiencia, a pesar de los métodos de planificación todavía primitivos y burocráticos. Por otra parte, el nivel de vida de la población soviética había descendido a la situación de la primera acumulación y sólo podía recuperarse a medida que la reconstrucción avanzaba. No había ningún otro país industrial con tantas pérdidas por causa de la guerra. En Alemania, el aparato de producción no había padecido ni remotamente tanto, ni por los bombardeos ni por las operaciones militares de los últimos meses en territorio alemán. La regresión económica de la Unión Soviética tenía que resucitar los bárbaros métodos del período extremadamente estalinista de 1930 a 1938, tanto en el pensamiento de los dirigentes del partido comunista ruso como también en los objetivos de la política exterior soviética de entonces y en los medios empleados en los territorios ocupados por el ejército rojo. La Unión Soviética esperaba poder compensar, al menos en parte, sus daños por medio de las reparaciones de los agresores vencidos. Una parte de las clases dominantes en Estados Unidos habían hecho suya la meta insensata

del plan Morgenthau de desindustrializar a Alemania y convertirla en un país agrícola; por parte soviética esto llevó a la conclusión, igualmente absurda, de que había que obtener una parte de esas reparaciones con el desmontaje de las factorías de producción alemanas y su traslado a territorio soviético; este procedimiento fue sancionado en el acuerdo de Potsdam. Por de pronto, sin embargo, esperaba la Unión Soviética, todavía, poder llevar a cabo su reconstrucción y la expansión industrial con el apoyo y la ayuda económica de los Estados Unidos; pero esto resultó una ilusión. Su sola existencia —la existencia de una gran potencia socialista que siempre se había presentado como enemigo de toda política colonial imperialista y de la explotación de los países industrialmente subdesarrollados— había hecho de la Unión Soviética, independientemente de su actual política, el catalizador de la revolución social en China y de todas las revoluciones coloniales en Asia. De ahí que el *management* de la industria americana y su gobierno, dependiente de aquél, y también los dirigentes de las clases dominantes de los Estados europeos occidentales sospecharan que detrás de cada uno de esos movimientos se ocultaba una conjuración promovida por la URSS. A esto vino a añadirse el problema de la resistencia de todas las clases dominantes incluso contra el socialismo reformista, que, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, se encontraba en Europa en posición de avance. Un giro de la política americana hacia una política declaradamente antisoviética y restaurativa era inevitable: y así fue formulado en mayo de 1947 en la doctrina Truman, que a partir de entonces constituyó el lema central de la política de Estados Unidos.

Dentro de los territorios afectados por el desarrollo del capitalismo industrial en el mundo, hubo por de pronto un total

desplazamiento de equilibrio de fuerzas. Los países continentales liberados necesitaron más tiempo para llegar a encontrar su equilibrio. Sólo Francia siguió como potencia fuerte y fue reconocida formalmente como tal, primero como cuarta potencia de ocupación en Alemania, luego como miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Inglaterra había tenido que sacrificar su flota comercial, sus reservas de divisas y una gran parte de sus créditos en el extranjero a su más importante proveedor de material de guerra, los Estados Unidos, y se hallaba frente a este país cubierta de deudas, dependiendo también, como el territorio alemán de ocupación, de Estados Unidos en la alimentación del propio país. Francia y los Países Bajos se hallaban empeñados en la lucha contra la revolución colonial en Indochina e Indonesia.

En cambio, los Estados Unidos habían podido superar en la Segunda Guerra Mundial, desde la ley de préstamos y arriendos del 17 de marzo de 1941, primeramente como proveedor de Inglaterra y después, desde el ataque japonés a Pearl Harbour y la declaración alemana de guerra en diciembre de 1941, como potencia beligerante, las últimas huellas de la crisis económica. Además pudieron modernizar y ampliar de un modo gigantesco su aparato de producción en un tiempo en que los Estados capitalistas de gran desarrollo industrial, a excepción de Inglaterra, eran explotados por el III Reich y la joven industria soviética era destrozada en gran parte por la ocupación alemana. Los Estados Unidos se habían convertido en la gran potencia acreedora frente a todos los demás Estados capitalistas. Los pedidos de material de guerra habían brindado al poder público la posibilidad de aportar las enormes sumas necesarias para la investigación atómica y finalmente para la fabricación de la bomba atómica e instalación del sistema de radar. Pero de este modo,

con sólo poner a disposición de los trusts los resultados de la investigación, se habría puesto el fundamento para una expansión de la productividad por medio de la automatización y el aprovechamiento de la energía atómica. Con el lanzamiento de dos bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, los Estados Unidos habían demostrado su poderío militar con tal claridad que su hegemonía en el mundo moderno pareció indiscutible a partir de entonces; pero al mismo tiempo habían declarado que estaban dispuestos a utilizar ese poder sin contemplaciones y sin escrúpulos humanitarios ni consideraciones al derecho internacional. La sospecha de que la URSS seguiría siendo aún por largo tiempo incapaz de fabricar armas equivalentes intensificó la política americana bajo el signo de una «política de la fuerza» que pronto no apuntaba ya sólo a la «contención» (*containment*), sino al «arrinconamiento» (*roll back*) de la URSS y de todo movimiento socialista, comunista y revolucionario-anticolonialista en el mundo. Parte integrante de esta política fue la sistematización de la exportación de capitales, políticamente organizada, desde el anuncio del plan Marshall en julio de 1947. La ayuda del plan Marshall era el impulso inicial para el restablecimiento de la economía europea, pero sólo se otorgó al precio de la renuncia a una economía socialista planificada.

Tal era el fondo de política mundial en el que hubo de llevarse a cabo la reconstrucción y la política de las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera en los países europeos después de la guerra mundial, y en él tuvieron más o menos que integrarse, ya que eran demasiado débiles para jugar un determinado papel por su propia cuenta. Ese fondo ha influenciado también considerablemente su desarrollo ideológico.

El Partido Laborista británico había entrado en 1940, después de la derrota de Francia y de la caída de Chamberlain, en el gabinete Churchill. En dicho gabinete introdujo, junto con los intelectuales liberales, importantes reformas sociales. El plan Beveridge había sido desarrollado en 1942 bajo el ministro de trabajo socialista Ernest Bevin; la reforma democrática de la enseñanza se inició en 1944 con la Education Bill. Pero el Partido Laborista no estaba dispuesto a continuar la coalición después de terminada la guerra. Al fin venció con una gran superioridad en las elecciones parlamentarias del 5 de julio de 1945. Con casi 12 millones de votos, había ganado, frente a las elecciones de 1935, 3,6 millones de electores y disponía ahora, por vez primera en la historia del partido, de una mayoría absoluta en el parlamento. El gabinete laborista llegó al poder en un momento en que la situación económica del país limitaba considerablemente su libertad de acción. No obstante, el gobierno Attlee pudo llevar a cabo grandes reformas de política interior en favor de la clase obrera y de la democratización de Inglaterra. El servicio de sanidad pública sin carácter de seguro, creado por el ministro de sanidad Bevan, es una institución social tan ejemplar que los conservadores no se atrevieron a suprimirlo, a pesar de la fuerte oposición inicial de los médicos y de los partidos burgueses. La nacionalización de las minas de carbón, que resultaban ya improductivas a causa de su inadecuación técnica; la nacionalización del Banco de Inglaterra, del tráfico y de la producción del hierro y del acero trajeron consigo la primera irrupción de medidas socialistas en el orden económico británico. La Education Bill fue mejorada notablemente; gracias a ello, los hijos de la clase obrera especialmente dotados obtuvieron la oportunidad de acudir a la universidad. Pero los gobiernos laboristas de 1945 a 1951 no pudieron transformar en tan pocos años la estructura clasista de la sociedad británica. La difícil

situación económica del país obligó a racionar los productos de consumo, con lo cual los laboristas perdieron el apoyo de las capas medias, cuando más porque no se atrevieron a entusiasmar a la clase obrera en pro de una política revolucionaria inmediata que hubiera podido arrastrar también a los empleados. Si bien es verdad que Inglaterra, bajo el gobierno laborista, fue el primer país con posesiones coloniales que resolvió el problema de la emancipación de grandes naciones hasta entonces oprimidas. El 15 de agosto de 1947, India, Pakistán y Ceilán se convirtieron en miembros soberanos de la Mancomunidad Británica de la misma categoría que Inglaterra.

La presión política de Estados Unidos, y la situación económica de Inglaterra llevaron, sin embargo, a la paulatina supresión de la independencia primero de su política alemana y luego de su política oriental. El mismo gobierno laborista que había nacionalizado en Inglaterra la industria minera tuvo que prohibir al parlamento del Nord-Westfalia, bajo presión de los Estados Unidos, las medidas de socialización postuladas allí por los dos partidos obreros y también por el ala de trabajadores de la Unión Cristiano-Demócrata (CDU). Las planificaciones del director socialista de la Oficina Económica de la zona británica de ocupación, Víctor Agartz, fueron sacrificadas a las instancias «bizonales» al quedar situada esta zona bajo el dominio americano.

Pronto se obligó también a Inglaterra a cooperar en las medidas militares de los americanos contra la Unión Soviética, a entrar en el pacto de Bruselas y a realizar grandes gastos de armamento. Siguió a continuación el asentimiento a la escisión definitiva de Alemania, activada por Estados Unidos, mediante la creación de un Estado alemán occidental en la conferencia de Londres, que, en primaria violación del acuerdo de Potsdam y

de los convenios de las cuatro potencias de ocupación de junio de 1945, se reunió en febrero de 1948 con exclusión de la Unión Soviética. El 4 de abril de 1949 ingresó Inglaterra en el OTAN. El ministro de Asuntos Exteriores, Bevin, ideologizó este giro caracterizándolo de «decidida aceptación del liderato americano»; el dudoso valor de tal ideología resultaba ya evidente por la circunstancia de que entre los miembros fundacionales de este pacto, que, según su preámbulo, había de servir a la «defensa de los principios de la democracia», se encontraba Portugal. De todos modos, el gobierno laborista había tenido aún la valentía de admitir la victoria de la Revolución China y de reconocer a la República Popular China. En las elecciones parlamentarias de 1950 pudo, sin embargo, el Partido Laborista elevar sus votos a 13,3 millones. Los conservadores obtuvieron 12,4 millones de votos. La aritmética del derecho electoral relativo inglés hizo, no obstante, que la mayoría del partido obrero quedara reducida a cinco mandatos. Pronto se vieron Aneurin Bevan y Harold Wilson obligados a declararse en contra del exagerado rearme porque ponía en peligro la financiación del ulterior progreso en materia de política social y dar la voz de alarma ante una política que convertiría al Partido Laborista, tras las huellas de los americanos, en enemigo de las revoluciones asiáticas; los dos políticos abandonaron el gobierno. En las elecciones parlamentarias de 1951 perdió el Partido Laborista la mayoría en el parlamento. Con ello quedaba el movimiento obrero alejado por más de un decenio de la dirección política de la única gran potencia occidental, sobre la cual había podido ejercer una decisiva influencia en el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial. El Partido Laborista no fue derrotado en las elecciones de 1951 porque hubiese perdido a sus electores; su participación en los votos emitidos había, al contrario, aumentado del 47,8 al 48,8 %. Pero el derecho electoral relativo

en distritos aislados y la circunscripción electoral favorecían a las capas medias independientes y a la capa «elevada» de los empleados a costa de los obreros industriales, que vivían conglomerados en barrios cerrados. De este modo, la mayoría de votos frente a los conservadores, más débiles, sólo produjo una minoría de actas.

El retorno de los delegados del *management* a los puestos de gobierno condujo a la supresión de la nacionalización de la industria del hierro y del acero, que les parecía peligrosa a los trusts. Las improductivas minas podían seguir en manos del Estado. La socialización de las pérdidas es tan armonizable con la «economía de mercado libre» como con el mantenimiento de la estructura económica neocapitalista. La sustancia del progreso politicosocial de 1945 a 1951, sin embargo, no se atrevieron los conservadores a tocarla. El auge que provocó en todo el mundo capitalista la vuelta de los Estados Unidos a la carrera de armamentos estabilizó el predominio de los conservadores por otros dos períodos electorales. La apariencia de la permanente compatibilidad de progreso social y orden social capitalista proporcionó también a los liberales la oportunidad de ganar para sí una gran parte de los votos de los *white collar*. Pero la política inversionista del *management* de la plutocracia no empleó las enormes ganancias del ininterrumpido *boom* en racionalizar adecuadamente la industria británica a largo plazo. Así, el nuevo gobierno laborista de Harold Wilson, que llegó al poder con escasa mayoría en las elecciones del 15 de octubre de 1964, se ve de nuevo enfrentado al problema de tener que resolver un dilema económico que le han dejado sus predecesores.

El resultado de las elecciones de 1961 no dio a Aneurin Bevan, Harold Wilson y sus seguidores en el partido ningún mo-

tivo para renunciar a su crítica, que se dirigía contra la adaptación de Attlee a los sentimientos de las capas medias y en política exterior a los Estados Unidos. En efecto, el aumento de los votos a favor del Partido Laborista había demostrado que en una sociedad moderna los debates internos del partido no tienen por qué paralizar la fuerza de un partido de trabajadores. El Partido Laborista, que, en vista de la insignificancia de los comunistas británicos y de la pérdida de importancia del Independent Labour Party, representa a toda la clase obrera inglesa, tuvo también en los años de gobierno conservador toda una serie de violentas polémicas internas. Un grupo oposicional, cuyo jefe fue primeramente Bevan, insistía en que era necesario mantener el objetivo de la socialización para los sectores decisivos de la economía, en una política de comprensión con la URSS y limitación del armamento, en la solidaridad con las revoluciones coloniales y en una enérgica lucha sindical por los intereses de los trabajadores. Este grupo estuvo y está apoyado por intelectuales partidarios de una política de *New Left*. Hasta ahora no ha producido ningún guía espiritual de la talla de Harold Laski, que en otro tiempo, a base de las experiencias de la crisis económica mundial, se convirtió de fabiano en partidario del método marxista. Pero el nivel de sus discusiones es muy elevado. Su problema es la meditación entre la tradición del movimiento obrero y las tareas que se derivan de la actual situación histórica del capitalismo mundial, del nivel de desarrollo de los países que han emprendido su industrialización con medios socialistas y de la miseria de las masas en los antiguos territorios coloniales. Por otra parte, existe en el partido laborista y en los sindicatos políticos profesionales la creencia de que con la adaptación a la mentalidad de las capas medias y con la defensa de los privilegios de las grandes potencias económicas europeas se pueden ganar mayorías estables y una

permanente relación comercial con el *management* industrial. La transformación del partido clasista de los trabajadores en un «partido popular», que gobierne sin interrupción, hace deseables a este grupo el abandono del objetivo de una sociedad socialista, en la teoría, el apoyo de los experimentos neocolonialistas y del rearme intenso, así como la «moderación» de las luchas sindicales, en la práctica. Hasta ahora, no obstante, no ha logrado el ala derecha del partido borrar la meta de socialización del programa del partido laborista ni imponer al conjunto del partido la política exterior de los conservadores, porque algunos de los grandes sindicatos bajo la dirección de Frank Cousins y la mayoría de los miembros de la organización política del partido apoyan generalmente el ala izquierda, contrarios a la fracción parlamentaria. En el congreso sindical de Douglas y en el congreso del partido en Scarborough en 1960 resultó claramente derrotada el ala derecha cuando reclamó la supresión de la socialización en el programa del partido. Y contra ella se pidió la renuncia al armamento nuclear.

El intento de los Estados Unidos de aislar a la Unión Soviética mediante una combinación de ayudas económicas políticamente organizadas y presión militar, y reducir su ámbito de influencia, obligó a ésta desde 1946 a urgir en los países por ella ocupados y con los métodos de la dictadura burocrática la acelerada transformación de la sociedad socializando los medios de producción industrial y colectivizando la producción agraria. La Unión Soviética intentó dar a esta política un fundamento seguro con el cambio de organización y funcionamiento de los partidos socialistas de Rumanía, Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia y Polonia, una vez descartados los grupos directivos opositores de la derecha. En todos los casos recayó, al cabo de poco tiempo, la dirección de los partidos unifi-

cados en manos de aquellos comunistas que estaban dispuestos a emplear métodos estalinistas de dominio dentro del partido y también de comportamiento frente a la clase obrera y al resto de la población. Los dirigentes comunistas díscolos, como el polaco Gomulka, fueron sustituidos por estalinistas. Los grupos antifascistas, que antes habían luchado junto con las organizaciones socialistas y colaborado luego en la reconstrucción, fueron separados de sus más importantes representantes y convertidos en instrumentos más o menos voluntarios de la política del gobierno. No hizo falta siempre la presencia del ejército rojo para imponer la transformación del movimiento obrero y las formas de gobierno que desembocaban en la «democracia popular». En Checoslovaquia, en las elecciones, en gran parte todavía libres, en mayo de 1946, el partido comunista había obtenido el 38 % de los votos y la socialdemocracia casi el 14%. Los comunistas, como partido más fuerte, dirigieron la coalición gubernamental. Cuando en febrero de 1948 se salieron del gobierno los partidos burgueses porque veían amenazada la libertad de las inminentes elecciones parlamentarias por la actividad del ministro comunista del interior, respondieron los comunistas con la movilización de sus seguidores en las empresas y en la federación sindical. Los socialdemócratas de izquierda les apoyaron. Con esto, la situación quedó decidida a favor de los comunistas, sin que en aquellas fechas hubiera ya en el país tropas soviéticas.

En setiembre de 1947 se fundó en Varsovia la Oficina Comunista de Información (Kominform) con el fin de averiguar la influencia ideológica del partido comunista ruso y aprovecharla para reforzar el sistema de la hegemonía soviética. Además de los partidos comunistas de los citados países europeos orientales, pertenecían al Kominform los de Yugoslavia, Francia e

Italia. Las tendencias en los gobiernos polaco y checo, lo mismo que entre los dirigentes comunistas de ambos países, a aceptar la ayuda del plan Marshall de Estados Unidos contribuyeron a que el gobierno soviético ejerciera un control más riguroso aún sobre esos Estados. La estalinización de los partidos y de los regímenes de los llamados países satélites, que desde 1949 se integraron económicamente en el sistema del Consejo para Ayuda Mutua (Comecon) y en 1955 militar y políticamente en el sistema del Pacto de Varsovia, avanzó rápidamente. Los dirigentes comunistas cuyas opiniones divergían de la «línea» correspondiente de Stalin, fueron condenados, siguiendo el ejemplo de los espectaculares procesos de la URSS de 1936 a 1938, por procedimientos criminales y basándose en acusaciones inventadas, como Lazlo Rajk en Budapest en setiembre de 1949, Trajtscho Kostoff en Sofía en diciembre de 1949, Rudolf Slanski y Vladimir Clementis en Praga en 1952. Gomulka en Polonia y Kadar en Hungría pudieron salvarse al menos, aunque fueron encarcelados por muchos años. Sólo en 1956, después del vigésimo congreso del partido comunista soviético, han reconocido los dirigentes de los partidos la injusticia de estos procesos y han comenzado a rehabilitar a sus víctimas.

La economía nacional de los países en cuestión hubo de aportar ella misma los medios inversionistas necesarios para una acelerada industrialización, pero se hallaba, por encima de esto, muy orientada todavía a las necesidades de la URSS. En algunos países, como Checoslovaquia, Hungría y en parte Polonia, que ya antes había tenido un nivel relativamente alto de industrialización, esto significaba que el nivel de vida de las masas trabajadoras se estancó y sólo muy lentamente superó la depresión de la crisis económica mundial y del tiempo de ocupación. Los trabajadores de los vecinos países industriales capi-

talistas, en cambio, pudieron alcanzar en ese mismo tiempo, gracias a la lucha sindical, una notable mejora de sus condiciones de vida, ya que aumentó la productividad en el largo período coyuntural iniciado al principio de la crisis de Corea y el gran rearme. La burocracia estalinista consideró, por esa razón, necesario prohibir toda relación personal con los países occidentales y la libre transmisión de noticias, a fin de ocultar al máximo a los trabajadores de su ámbito de influencia el conocimiento de esta situación. La finalidad de esta «cortina de hierro» (telón de acero), sin embargo, sólo en parte fue eficaz. Ciertamente que los trabajadores de los Estados del bloque oriental habían obtenido derechos políticosociales que rebasaban con mucho los de la clase obrera de los Estados capitalistas, y sobre todo un sistema de enseñanza que no conoce ya ninguna clase de limitaciones sociales. En cambio, el sistema de planificación económica siguió siendo totalmente burocrático y no les concedía ninguna autonomía y apenas derechos de cogestión. De ahí que los errores de la planificación, en parte inevitables, fuesen conocidos por los trabajadores, pero no el objetivo de la planificación. Así fue creciendo incesantemente la distancia entre los partidos comunistas de esos países y las masas trabajadoras.

Sólo cuando la Unión Soviética hubo terminado su reconstrucción y además se convirtió en la segunda potencia industrial del mundo, pudo liberalizarse la situación, gracias al cambio de los métodos y del régimen interno del partido comunista ruso. El salto hacia adelante que había dado la Unión Soviética a partir de 1945 era absolutamente equivalente al de 1929. Y lo mismo que entonces no creían al principio en él las clases dirigentes de los Estados capitalistas, así tampoco fue percibido ahora, en el momento culminante de la guerra fría. Sólo cuando

en 1957 disparó la URSS su primer cohete cósmico y al año siguiente alcanzó la luna, el 14 de setiembre de 1959, empezaron a comprender los viejos países industriales en qué medida había crecido la capacidad de la economía soviética planificada.

La autocracia de Stalin había simbolizado el período de la primera industrialización de Rusia con los bárbaros métodos de una burocracia brutal. Al morir Stalin en marzo de 1953, la productividad de la economía nacional soviética había aumentado tanto que su sistema hacía ya mucho que resultaba anacrónico. En las luchas, relativamente breves, de las capas dirigentes, logró el partido una notable modificación de sus métodos. Las últimas de estas discusiones no fueron ya decididas por un reducido comité en la cumbre, sino por el pleno del comité central. En 1956, el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS acabó con el período estalinista, mediante un discurso interno de Krustchev, e inició la liquidación del pasado. En 1957, el pleno del comité central decidió en contra del grupo que temía continuar el proceso de desestalinización. A pesar de muchos reveses, se prosiguió la liberalización de la vida cultural, la liberación del trabajo científico de las fórmulas dogmáticas del estalinismo. La situación social de los trabajadores rusos mejoró. Se redujeron los gastos militares y las tropas del ejército. La vuelta a las ideas de la legalidad socialista acabó con el terror de la policía secreta.

El congreso XXII del partido decidió en 1961 el nuevo programa, cuyo problema central es el análisis de la actual situación histórica y la transformación de la sociedad industrial soviética en una sociedad comunista que no requiera ya ninguna coacción burocrática; los nuevos estatutos del partido proseguían la liberalización. Manteniendo rigurosamente el sistema de la economía socialista planificada, se ha aligerado en los

últimos tiempos la obligación burocrática de planificación para algunas unidades de producción. Se intentó dar una nueva forma a la relación entre consumidor y productor empleando formas similares a las del mercado. Ni siquiera la destitución de Krustchev por el comité central cambió esta dirección del desarrollo, que es interrumpida por nuevos reveses, debido a la inercia de aquella burocracia. La economía nacional soviética ha creado ahora las condiciones que hagan posible el ulterior despliegue de la productividad al servicio de la satisfacción inmediata de las necesidades individuales; del aumento del tiempo libre y con ello de las posibilidades de desarrollo de todos los miembros de la sociedad. Esto depende, sin embargo, de la medida en que se puedan reducir los gastos militares por medio de acuerdos de desarme con los Estados imperialistas.

Esta liberalización de la dictadura burocrática en la sociedad soviética tenía que modificar también la forma de las relaciones de la URSS con el sistema de Estados con ella aliados y sobre todo las relaciones

entre el partido comunista ruso y los partidos de dichos países. En abril de 1956 se disolvió la Kominform: los partidos comunistas de fuera de la Unión Soviética deberían acostumbrarse a una mayor autonomía.

Pero esta liberalización condujo en Polonia y Hungría a manifestaciones en masa de obreros y jóvenes intelectuales. En Polonia se produjeron huelgas generales en Poznam, en junio de 1956. A raíz de esto, el comité central del Partido Obrero Unificado rehabilitó en agosto de 1956 a Gomulka y a sus amigos; pero los viejos estalinistas permanecieron en la cumbre del partido, sobre todo el ministro de defensa y antiguo mariscal soviético, Rokossowski. Las protestas de los obreros e intelectuales continuaron con la misma intensidad. No iban dirigidas

contra el sistema económico socialista, sino contra su forma estalinista y sus métodos en el Estado y en el partido. Así el comité central se vio obligado en su sesión del 19 al 21 de octubre, a reorganizar completamente los altos cargos del partido y con ello la dirección política del Estado. Después de negociar con una delegación del comité central del partido comunista ruso, a la cual pertenecían Krustchev, Kaganovich, Molotov y Mikoyan, se dejó la dirección en manos de Gomulka y su grupo, pero se aseguró también a las otras direcciones su participación en el comité central y en la oficina política. La colectivización de la agricultura, que de todos modos no había dado muy buenos resultados, fue suspendida en gran parte, y toda la vida pública fue liberalizada. Sin embargo, los grupos, relativamente fuertes de la sociedad burguesa en Polonia y la influencia de la Iglesia católica en grandes sectores de la población hacían necesarias unas prudentes maniobras del gobierno para asegurar el dominio del transformado partido sobre la sociedad. En la dirección del partido se mantuvieron los contrastes entre los grupos de turno. La liberalización de la sociedad tuvo y tiene generalmente que sufrir reveses en esta complicada situación; no obstante, el marxismo polaco se ha quitado muchas de sus viejas cadenas; su contribución a la filosofía, a la ciencia jurídica y a la economía tienen desde entonces nivel europeo, como lo muestran los trabajos de Kolakowski, Schaff y Oskar Lange.

En Hungría, tras la rehabilitación de los inculpados del proceso Rajk en julio de 1956, tuvo que retirarse el representante del período del estalinismo extremo, Matyás Rákosi. El Círculo Petofi, una asociación de escritores e intelectuales comunistas, se convirtió en el centro de la oposición contra los residuos del estalinismo. En octubre, las tensiones llegaron al punto culminante; desde el 21 de octubre hubo manifestaciones de estu-

diantes contra la dirección del partido y del Estado; el 23 de octubre se produjo una gran manifestación en Budapest en la que también tomaron parte los obreros industriales y los empleados. Los rehabilitados Imre Nagy, Munnich y Kadar, así como el filósofo marxista, sociólogo y científico literario Georg Lukács fueron asociados a la dirección del partido; pero era demasiado tarde. Las manifestaciones se transformaron en una rebelión. El secretario general del partido, Geró, alarmó a las tropas soviéticas; Imre Nagy fue hecho jefe del gobierno y Kadar nombrado sustituto de Gero; las tropas soviéticas volvieron a alejarse de Budapest. El aparato del partido y el del Estado se habían desmoronado. Comenzó una caza general de antiguos funcionarios estalinistas, algunos de los cuales fueron linchados. El llamamiento del cardenal Mindszenty, enemigo del socialismo y de la democracia, a Budapest aumentó el caos general. Cuando Imre Nagy anunció la retirada de Hungría del Pacto de Varsovia, a fin de tranquilizar a las excitadas masas, y proclamó la neutralidad de Hungría entre los sistemas de pactos, negoció Kadar, secretario del partido, ahora transformado en Partido Obrero Socialista Húngaro, con las tropas soviéticas y formó un contragobierno que se hizo dueño de la situación el 4 de noviembre de 1956 con ayuda del ejército rojo. Pero no volvió el derrocado régimen estalinista, a pesar de que el poder del gobierno se fue afianzando lentamente. Pese a las largas dificultades iniciales que se presentaron al restablecido sistema del partido y pese al terror empleado para su estabilización, es Hungría actualmente, dentro del bloque soviético, el país que ofrece a sus trabajadores el mayor nivel de vida, el que más ha liberalizado su aislamiento de los países capitalistas y el que mayor margen concede para las discusiones públicas.

En los restantes Estados con «democracia popular» y en sus partidos comunistas se ha iniciado entre tanto paulatinamente el nuevo «estilo» por medio de decisiones más o menos burocráticas de la dirección del partido; pero sin que se haya llegado en ningún caso a una intervención de las masas ni a un brusco cambio en los puestos directivos. En Checoslovaquia y en Bulgaria, la desestalinización sólo se impuso mucho más tarde, de ahí que su independencia frente al partido comunista ruso sea mucho menor. En Rumania ha sido la polémica entre la Unión Soviética y China lo que ha hecho abrirse camino a la tendencia de una política socialista independiente. Este contraste de las grandes potencias comunistas entre sí refleja por una parte la diversidad de determinados intereses nacionales que en sí podrían compensarse, pero por otra parte es un índice del distinto nivel de desarrollo, habiendo sido similar la posición de partida. El estado de la industrialización y de la racionalización colectivista de la producción agraria de la China actual exige aún, en muchos casos, métodos que corresponden a los de la fase estalinista del desarrollo en la URSS. Los errores de planificación y los contratiempos, como el fracaso del experimento de las comunas populares desde 1958-1959, no han impedido, desde luego, a China, hacer admirables progresos industriales y elevar el nivel cultural de la población (la explosión de la primera bomba atómica china el 16 de octubre de 1964 es una demostración de tal progreso), pero a China le falta aún mucho para estar en condiciones de liberalizar la coacción administrativa a escala soviética. De ahí se deduce la curiosa contradicción de que los mismos comunistas chinos, cuya política permaneció en tiempos de Stalin en gran parte independiente de las instrucciones de éste y que llegaron al poder contra su voluntad, son hoy los defensores de su memoria contra el «revisiónismo» del partido comunista ruso y los que, basándose en

la menor vulnerabilidad de la economía de su país y en el menor nivel de vida de la población, exigen una política internacional más audaz en apoyo de las revoluciones coloniales de la que la URSS puede arriesgar. Esta contradicción en el mundo comunista brindó a los dirigentes del partido y del Estado rumano la oportunidad de ofrecerse como mediador. Rumania se negó a adaptar su sistema de planificación a las necesidades de la economía soviética, como lo deseaban la Comecon y la URSS. Esta independización nacional del partido rumano tuvo necesariamente que promover la democratización de la política interior y del régimen interno del partido. Únicamente el Partido del Trabajo albanés, el partido directivo de la más atrasada de las democracias populares, defiende desde hace años de un modo extremado la posición de los comunistas chinos, como también —aún hoy— las tesis de Stalin. El nuevo acercamiento entre la URSS y Yugoslavia, frente a la cual Albania se siente opuesta por razones nacionales ante la vieja ambición yugoslava de llegar a ser la potencia dirigente en una confederación balcánica, ha acelerado este giro del partido obrero albanés.

Los comunistas yugoslavos habían llegado al poder en 1945 por su victoria del ejército de los partisanos sobre las tropas de Hitler y luego sobre los tschetniks y al principio contra la voluntad de la URSS. Habían separado su ruta de la URSS y su sistema cuando al comienzo de la «guerra fría» también de ellos se exigió mera sumisión y el empleo de los métodos estalinistas. Desde principios de 1948 se agudizaron incesantemente las diferencias. En marzo de 1948 fueron retirados los asesores soviéticos que habían colaborado en la reconstrucción socialista de la destrozada economía del país y en la ampliación y modernización del ejército. Sin embargo, el partido comunista yugoslavo, dirigido por Tito, no se dejó coaccionar. Su V congreso

confirmó en julio de 1948 la línea defendida por Mosé Pijade y Djilas como guías teóricos y por el mariscal Tito como jefe político reconocido por todos. La pequeña oposición proasiática no tenía poder alguno, pues no estaba respaldada por los campesinos ni por la clase obrera. La ruptura de las relaciones económicas con Yugoslavia por parte de la URSS y el sistema de Estados por ésta controlado en 1949 impuso grandes modificaciones en la planificación, pero no pudo duebrar la voluntad del partido de una reconstrucción socialista independiente. Desde luego, hubo que aminorar el ritmo de la industrialización. Las relaciones económicas con el extranjero se desplazaron hacia los Estados capitalistas. Así surgió un sistema de planificación determinado por el poder político, que, sin embargo, dirigió el proceso de desarrollo económico con medios mercadológicos y sólo en pequeña escala burocrático-administrativos inmediatos y que todavía cuenta para largo tiempo con la existencia de pequeñas empresas privadas. La producción industrial, la minería, el sistema bancario y de seguros, el tráfico y el comercio son propiedad social que está sometida a la administración obrera desde 1953 en forma de empresas de economía autónoma. Este sistema permite todavía un amplio margen, incluso en un Estado de economía comunista dirigida, a los sindicatos, los cuales ni pertenecen a la Federación Mundial de Sindicatos, de la que fueron expulsados en 1949, ni a la Federación Internacional de Sindicatos Libres. Ya que el afán federativo, el exagerar la dirección económica del mercado y el dividir el trabajo entre la dirección de la empresa y la autoadministración de los trabajadores conducen a veces a dificultades que exigen ciertas correcciones; pero el sistema se ha acreditado en una zona que puede contar, al menos, en los Estados federados de Eslovenia, Croacia y Servia, y últimamente también en Bosnia, con obreros industriales cualificados. Desde el VI congreso, en 1952, el par-

tido se denomina Federación de Comunistas, para subrayar que se considera como guía espiritual y político del país pero no como dueño absoluto de la sociedad. En 1953 vino a añadirsele como organización de masas la Federación Socialista de Trabajadores. El nuevo programa del partido, decidido en abril de 1958 por el VII congreso del partido, quiere mostrar el camino por el que es posible la transformación de una sociedad industrial relativamente desarrollada en una sociedad comunista sin clases con una productividad de pleno despliegue y bienestar general. Por eso, es este programa una de las contribuciones más importantes al desarrollo ulterior del movimiento obrero.

El nivel de vida de los trabajadores yugoslavos es más bajo que el de los países capitalistas de pleno desarrollo industrial, ya que la productividad de la economía yugoslava es aún relativamente reducida. Pero ese nivel ha aumentado en la misma medida en que avanzaba la industrialización del país y supera al de los trabajadores de los países capitalistas vecinos como Grecia y Turquía. De ahí que Yugoslavia pueda renunciar a medidas de aislamiento frente al extranjero. Una seria oposición contra el régimen yugoslavo no existe, por esa misma razón, más que entre los restos de las capas antes dominantes.

Dentro del movimiento comunista yugoslavo desde 1953 Milovan Djilas se encontraba en la oposición porque denunciaba la transformación de la capa directora del partido y de la burocracia estatal y económica en una nueva clase independiente y pretendía limitar el poder del partido; en 1954 fue depuesto de sus cargos, expulsado de la Federación de Comunistas y desde 1955 llevado repetidamente a los tribunales por sus publicaciones. Pero por lo demás, el margen de tolerancia para las discusiones se mantuvo bastante amplio.

A la muerte de Stalin se logró mejorar las relaciones de Yugoslavia con el bloque soviético. El acercamiento a la URSS, cuyo momento culminante fue la visita de Krustchev en mayo de 1955, quedó interrumpido después de la rebelión húngara, para ser proseguido en los últimos años. La política exterior yugoslava de neutralidad entre los bloques se basa en una estrecha solidaridad con los Estados colonial revolucionarios árabes, africanos y asiáticos y en la incondicional promoción de toda moción política para destruir las armas atómicas. La Federación de Comunistas yugoslava se ha convertido en uno de los más importantes intermediarios posibles entre los partidos obreros europeos socialdemócratas y los comunistas y los sindicatos de las dos federaciones sindicales internacionales de mayor influencia.

La situación más difícil, al final de la Segunda Guerra Mundial, era la del movimiento obrero alemán. Sólo unos pocos de entre sus militantes dirigentes habían sobrevivido a las cárceles y campos de concentración del III Reich. La mayoría de los militantes corrientes se hallaban físicamente agotados por los años de prisión. Los emigrantes sólo podían volver paulatinamente y al principio sólo podían actuar de acuerdo con las intenciones políticas de las distintas potencias de ocupación. Su autoridad era primeramente muy grande entre los trabajadores y también en otros sectores de la población. Todavía estaba vivo en las cuatro zonas de ocupación el recuerdo de que ellos pertenecían al único grupo político que desde un principio había advertido el peligro del III Reich y predicho que su política llevaría a la guerra. Todavía eran conscientes de que esos grupos fueron los únicos que intentaron desde el primer día del III Reich, en una tenaz lucha ilegal, oponerse a él, mientras que la oposición burguesa sólo comenzó a actuar cuando, en su opinión,

amenazaban peligros inminentes a la posición del imperio alemán y de sus clases dirigentes. La terrible escasez de la guerra fue todavía considerada por una gran parte de la población como consecuencia de la política del III Reich. Sin embargo, los intentos de los viejos cuadros ilegales de organizarse inmediatamente en un movimiento obrero uniforme fueron rechazados por las potencias ocupantes e, internamente, por los emigrantes. La Unión Soviética «permitió» en su zona a dos partidos burgueses y junto a ellos al SPD y al KPD. Ella pretendía someter al menos a los comunistas nuevamente a su disciplina, antes de poder establecer un partido unificado. Las otras potencias de ocupación siguieron, después del acuerdo de Postdam, el ejemplo soviético de la autorización de partidos. Cuando más tarde los comunistas realizaron de nuevo la unificación con el SPD y KPD para formar el Partido Unificado Socialista (SED), en la zona soviética de ocupación en abril de 1964, fue considerada ya por los trabajadores de las otras zonas y de Berlín como absorción del SPD en un KPD controlado por la Unión Soviética, si bien el KPD era entonces partidario de una especial forma alemana de socialismo. Así, con esta política sólo se logró prácticamente reforzar la autoridad de Kurt Schumacher entre los trabajadores socialdemócratas, quien deseaba, junto con los emigrantes que habían regresado de Inglaterra, una actuación dura contra los comunistas. La presión de la Unión Soviética en materia de reparaciones sobre su zona de ocupación y la expulsión en masa de los alemanes de los territorios que habían caído en manos de los aliados de la Unión Soviética —Polonia y Checoslovaquia— resucitaron rápidamente los viejos resentimientos antibolcheviques sembrados por el III Reich y fomentados por la guerra del este. Como el ejército rojo, procedente de esa guerra, penetraba en Alemania cargado con la experiencia de los inhumanos crímenes del III Reich contra la población

polaca y rusa, sus soldados se comportaron en muchos lugares al principio con menos disciplina que las tropas anglosajonas. También con esto creció la repugnancia hacia la Unión Soviética y, por consiguiente, también contra los comunistas.

Los comunistas alemanes trabajaron enérgicamente y rindieron mucho en la reorganización de la vida económica y política durante la primera época a raíz del derrumbamiento, en las cuatro zonas. También colaboraron en los primeros gobiernos de los Estados de las zonas occidentales, generalmente en los ministerios más difíciles, que tenía la misión de «repartir el hambre» con cierta equidad. Cuando los comunistas fueron desalojados de sus posiciones, al extenderse la «guerra fría» desde los últimos meses de 1947 y principios de 1948, se vio que ya no disponían del relativo apoyo de la clase obrera de Alemania occidental que todavía tenían en las elecciones parlamentarias regionales y municipales de 1946 y principios de 1947; así se les pudo eliminar sin resistencia. Característico del ulterior desarrollo fue que la autoridad de los funcionarios comunistas por separado, que derivaba de su trabajo en los consejos de empresa y en los sindicatos, no se pudo transmitir al Partido Comunista alemán occidental, cuya influencia decreció sin cesar. Si en las elecciones para el primer Bundestag (parlamento), el 14 de agosto de 1949, sólo obtuvo un 5'7 % de los votos, frente al 29'2 % del SPD, su participación descendió ya a 2'2 % en 1953. La prohibición del KPD en 1956 alcanzó a un partido que apenas tenía ya influencia y que como grupo ilegal tuvo que convertirse en pura secta.

En la zona soviética de ocupación, factores similares influían en la relación del partido comunista con la población, pero su desarrollo fue muy breve. En las zonas occidentales, las potencias de ocupación impidieron todo intento de cambiar la estruc-

tura social. En lugar de imposibilitar políticamente aquellas clases sociales que habían apoyado activamente al III Reich, se introdujo un procedimiento formal de despacificación en el cual bajos y altos funcionarios, menestrales, campesinos, profesores de universidad, altos jueces y dirigentes industriales fueron clasificados de un modo uniforme como simpatizantes y castigados con penas pecuniarias. En la zona soviética de ocupación, en cambio, se expropió a los grandes propietarios mediante una ley de reforma agraria y con la confiscación de las empresas cuyos propietarios eran nacionalsocialistas o las sociedades capitalistas dominadas por éstos, se impuso la nacionalización de la industria, de los bancos y del comercio mayorista. El referéndum sobre la expropiación de los antiguos nacionalsocialistas, en junio de 1946 en Sajonia, dio como resultado casi 2'7 millones de votos afirmativos y cerca de 700.000 negativos; este resultado apenas habría sido distinto entonces en las zonas occidentales de ocupación. Como el SED parecía respetar, al menos al principio, la transformación de la estructura de la sociedad alemana, obtuvo en las elecciones de los Estados de la zona soviética de ocupación, en octubre de 1946, del 44 al 50 %, de los votos.

No obstante, el fracaso de la política de reunificación, la política de reparaciones de la Unión Soviética, las arbitrariedades estalinistas y sobre todo el estado general de crisis cambiaron pronto esta situación. La URSS siguió sacando valiosos medios de producción de su zona ocupada. Incluso de la producción en marcha retiraba cantidades en concepto de reparaciones y esto, sobre todo, una vez que el desmontaje fue sustituido por el sistema de las Sociedades Anónimas Soviéticas (SAG). Un sentimiento antisoviético se fue difundiendo, orientado también contra el SED, influyendo en una parte de sus afiliados. Los or-

ganismos policíacos estalinistas de la fuerza de ocupación se volvieron primero y preferentemente contra comunistas críticos y socialdemócratas, porque estaban acostumbrados a proceder según los métodos de los procesos de Moscú de 1936 a 1938. Los dirigentes del SED respaldaron este proceder, porque sabían que dependían enteramente de la benevolencia de la potencia ocupante. La dirección del partido y el aparato estatal cayeron con ello en un aislamiento cada vez mayor y asumieron en adelante cada vez más también el dogmatismo y los métodos de la potencia de ocupación. La estalinización del SED, su transformación en un «partido de nuevo tipo», quedaba caracterizada por este mecanismo. Este desarrollo significaba al mismo tiempo el fin de la libertad cultural.

Tal era la situación en 1949, cuando por consigna de las potencias de ocupación surgieron los dos Estados parciales alemanes. La escisión de Alemania realizada por las potencias occidentales sobre la base de la Conferencia de los Seis, de Londres, tuvo como consecuencia la fundación de la República Federal; a continuación, la URSS transformó su zona de ocupación en la República Democrática Alemana.

La constitución de la DDR (República Democrática Alemana), concebida originariamente como un proyecto de constitución para una Alemania unida, se hallaba, desde el primer día de la existencia del nuevo Estado, en total contradicción con la realidad. En la República Federal, la ayuda del plan Marshall inició un auge de la coyuntura y de la productividad que, favorecida por la incipiente acción del rearme en los demás países occidentales, elevó, bajo la continua presión de las luchas sindicales, el nivel de vida del trabajador alemán occidental de modo tan extraordinario que no se encuentra un caso paralelo en la historia de la clase obrera alemana. En cambio, el nivel de vida

de los trabajadores de la DDR permaneció en esa misma época más bajo que el de antes de la guerra.

El aumento de las prestaciones sociales, su garantía por la legislación y sobre todo la decisiva mejora de las posibilidades de instrucción y formación incluso para los hijos de trabajadores en la DDR no cambia nada en el hecho de que el nivel de ingresos se mantuvo bajo y que no era posible emplear medios de lucha sindical o decidir democráticamente sobre la administración y planificación económica. También se prohibió todo verdadero análisis de la situación social y política y se le sustituyó por fórmulas dogmáticas. A raíz de la muerte de Stalin, una apresurada política de colectivización, los ataques a las Iglesias y un nuevo aumento de las normas de trabajo provocaron primero la huelga de los obreros de la construcción en Berlín y finalmente los acontecimientos del 17 de junio de 1953. Los trabajadores se levantaron contra el partido que pretendía representar sus intereses, y el ejército rojo tuvo que salvar el régimen. Ante el alto y atractivo nivel de vida del occidente capitalista, el SED no ha podido hallar suficiente apoyo en la clase obrera ni en los jóvenes intelectuales que proceden de esta capa social. La superioridad económica de la República Federal tenía que hacerse mayor aún al robarle a la DDR una incesante corriente de refugiados que eran sus futuras generaciones de especialistas, técnicos y científicos. Las pérdidas materiales eran dobles para la DDR, pues la formación y los estudios de los refugiados habían sido pagados generalmente por ella con medios estatales. Esto, a su vez, aumentó la tendencia de la dirección del partido a conservar los métodos estalinistas y al fin le hizo parecer necesario el aislamiento absoluto de la DDR con el muro de Berlín. Sin embargo, también en la DDR ha tenido lugar un notable auge económico, dentro del marco de

su economía planificada, a pesar de grandes errores de planificación y de métodos puramente burocráticos, hoy ya muy mejorados. Con este auge se elevó el nivel de vida de la población y continuará elevándose probablemente.

El desarrollo estalinista en la zona soviética de ocupación desde 1947 ha influido fuertemente en el desarrollo de la República Federal. El KPD ha sido prácticamente pulverizado. El SPD ha sido empujado a la derecha. En la época de la fundación de la República Federal, los trabajadores mantenían aún serias luchas en pro de una transformación de la estructura capitalista de la sociedad, como por ejemplo en la gran huelga de noviembre de 1948. El congreso fundacional de los sindicatos (DGB) en 1949 exigía planificación económica, socialización de las industrias decisivas y total derecho de cogestión de los trabajadores. Todavía en 1951 se logró imponer la ley de cogestión para la industria minera y la del hierro y el acero mediante la amenaza de huelga. Pero cuando en 1952 se perdió la batalla de la ley de constitución de empresas, la energía de los sindicatos se paralizó ante la cuestión de la transformación de la estructura social. Los sindicatos han trabajado con éxito por el aumento de salarios, la reducción de la jornada laboral y mejoras sociales de todo tipo; pero se han adaptado prácticamente a la estabilización del viejo orden social y aceptaron el papel que les atribuye la doctrina social cristiana y más tarde los teóricos del SPD: el de no ser enemigo de clase, sino «parte contratante social» del capital. Las manifestaciones espontáneas de los trabajadores contra la remilitarización que comenzaba en 1950-1951 quedó neutralizada por la vacilante postura del SPD y de la mayoría de los dirigentes sindicales. Cuando en 1956 dio el SPD su aprobación a las modificaciones de la constitución, necesarias para el rearme, la voluntad de resistencia de los trabajadores estaba ya

tan debilitada que no hubo ninguna oposición importante. El movimiento que empezó a continuación contra el rearme atómico de la Bundeswehr fue aislado de tal modo por los dirigentes de las organizaciones socialdemócratas que, en 1964, el congreso del partido del SPD en Karlsruhe dio su asentimiento a los planes de un potencial atómico multilateral con sólo dos votos en contra. La ideología dominante en la prensa y en la enseñanza hizo del rechazo de los métodos estalinistas de la economía dirigida tal como se empleaban en la DDR un argumento contra toda forma de economía planificada; de la menor capacidad de la industria socializada de la DDR, que estaba determinada por la especial situación de ese país, un argumento contra toda socialización de los medios de producción; del sistema policíaco y de la falta de libertad en la DDR, un argumento contra todo tipo de sociedad socialista. Desde 1953, el SPD no ha luchado ya más contra semejante propaganda, sino que después de las perdidas elecciones de ese año comenzó a adaptarse a la nueva situación. Al ceder el SPD al ambiente de una sociedad de bienestar, impide que los trabajadores reconozcan su situación objetiva: el ser una clase social dependiente de los medios de producción. En una época en que casi el 80 % de la población activa son trabajadores, el SPD no quiere ser un partido de trabajadores, sino un partido popular. Tal deseo, naturalmente, no cambia para nada el hecho de que objetivamente haya seguido siendo el partido de los trabajadores y en parte también de otros grupos de trabajadores. Sólo que ha dejado de promover el desarrollo de la autoconciencia de la clase trabajadora. Por el contrario, se ha convertido en un instrumento que añaanza la influencia ideológica de las clases superiores sobre los trabajadores. Ahora bien, en la República Federal apenas pueden hallarse grupos socialistas eficaces. Los radical-socialistas expulsados del SPD se hallan desorganizados y sólo

ejercen influencia a través de una organización estudiantil en las universidades. En los sindicatos queda viva, desde luego, la tradicional conciencia del movimiento obrero alemán, al menos en parte, aunque sólo fuera por el hecho de tener que resolver continuamente problemas de clase en las discusiones sobre salarios y horarios laborales. En la sociedad neocapitalista, sin embargo, la mayoría de las cuestiones sociales y políticas se deciden con intervención del Estado. Una conciencia meramente sindical que no tenga una expresión política no basta, pues, para dirigir las luchas cotidianas en cuanto una crisis política o económica perturbe el sosiego de la sociedad coyuntural.

Con esta discrepancia con respecto a la tradición del movimiento obrero europeo, el SPD se halla casi solo entre los partidos obreros europeos; no obstante, también los demás partidos de trabajadores de los países capitalistas de occidente han retrocedido a causa del estallido de la «guerra fría» y de la ola de restabilización en la URSS.

En Francia, el partido comunista (PCF) había sido reforzado por la lucha de la resistencia, convirtiéndose en partido de la misma categoría que el SFIO cuando se celebraron las primeras elecciones en octubre de 1945. El PCF obtuvo un 26'1 % de los votos, el SFIO el 23'4. Después de la eliminación de los comunistas de la coalición gubernamental su influjo se redujo en un principio considerablemente; pero el PCF siguió siendo el partido que tiene la posición más importante en la establecida Confederación General del Trabajo (CGT). La CGT es hoy el sindicato más fuerte de los trabajadores industriales. Sigue siendo miembro de la Federación Mundial de Sindicatos, cuyo núcleo está constituido por los sindicatos de dirección comunista. El SFIO se ha comprometido en la época de la IV República al aceptar totalmente la ideología de la «guerra fría» y también la

guerra contra la población vietnamita y al apoyar luego la guerra de Argelia. De ahí que pequeños grupos de intelectuales y algunos pocos funcionarios obreros se separaran de él y fundaran el Partido Socialista Unificado (PSU).

La influencia sindical de la Force Ouvrière (FO), socialista moderada, es relativamente débil. Mucho más fuerte es el movimiento sindical cristiano, el cual, por otra parte, está tan radicalizado por sus luchas salariales que en 1964 decidió eliminar la denominación «cristiana». Este movimiento exige, como la CGT, reformas sociales y representa conscientemente intereses de clase. Después de la constitución de la V República bajo la presidencia de De Gaulle, también el SFIO ha comenzado a orientarse de nuevo en los programas de la izquierda. Para las elecciones municipales de 1965 en los alrededores de París y barrios de esta ciudad, el PCF, el PSU y el SFIO se reunieron en una alianza electoral para poder vencer a De Gaulle. La ideología del ala derecha del SFIO, dirigida por Defferre, corresponde a la del SPD, mientras que la mayoría del partido en torno a Mallet defiende ideas tradicionales de social-democracia reformista. El movimiento obrero francés ha conquistado, a pesar de su escisión en el período del auge coyuntural, un nivel de salarios equivalente al de los trabajadores de la R. F. Alemana. Además, los derechos jurídicosociales, sobre todo la promoción familiar y el seguro de vejez, son mucho mayores. Estos éxitos relativamente grandes no han podido, sin embargo, destruir en Francia la conciencia de clase. En las elecciones para la Asamblea Nacional, en 1961, obtuvieron en el primer escrutinio, que es el que permite reconocer las tendencias políticas de los electores, el PCF 21'8 %, el PSU 2'4 % y el SFIO 12'6% de los votos emitidos.

También en Italia pudieron los trabajadores, sobre todo en la zona intensamente industrializada del norte del país, mejorar en gran medida su situación en el período de la coyuntura, si bien no han alcanzado el nivel salarial que existe, por ejemplo, en Francia y en Alemania. También en Italia fueron eliminados del gobierno por la «guerra fría» los comunistas, dirigidos por Palmiro Togliatti y Luigi Longo. Pero los socialistas bajo Pietro Nenni siguieron fieles a la solidaridad con sus aliados de la lucha ilegal contra Mussolini, frente a los cristianodemócratas y sus aliados liberales y monárquicos. Del PSI se ha separado en 1942 el partido social-demócrata PSDI bajo Giuseppe Saragat. Se veía en la obligación de defender contra la URSS no, desde luego, el orden social capitalista, pero sí la democracia, en alianza con Estados Unidos. Comunistas y socialistas se aliaron en las elecciones parlamentarias de 1948, formando el Frente Democrático Popolare y obtuvieron el 30'7 % de los votos; los nuevos socialdemócratas, el 7'1 %. En el movimiento sindical se ha mantenido hasta hoy la alianza socialista-comunista, y la Confederazione Generale Italiana del Lavoro, dirigida por los socialistas de Nenni y los comunistas, sigue siendo el sindicato más fuerte de Italia. Sus más poderosos contrincantes son los sindicatos cristianos, relativamente radicales, mientras que el sindicato italiano integrado en la Federación Internacional de Sindicatos Libres es bastante débil. La alianza política entre los dos partidos obreros se quebró en 1956 después del levantamiento húngaro. Lo mismo que el partido socialdemócrata, también el PSI forma parte de la coalición gubernamental del «centro izquierda», que se encuentra bajo la dirección cristianodemócrata. A causa de esta coalición se ha separado del PSI un pequeño partido, el Partido Socialista de la Unidad Proletaria (PSIUP) bajo Vecchetti y Lelio Basso. Se basa sobre todo en

la asociación socialista juvenil, en los dirigentes sindicales y en los intelectuales.

En las elecciones municipales de noviembre de 1964 obtuvieron los comunistas el 26 % (frente al 25'6% en las elecciones parlamentarias de 1963), el PSIUP 2'9% (en 1963 formaba aún parte del PSI), el PSI 11'3% (1963: 14'2%), los socialdemócratas 6'6% (1963: 6'3%) de los votos. Los comunistas, que aspiraban a un frente popular de los cuatro partidos obreros con el ala izquierda de los cristianodemócratas, ayudaron a finales de 1964 al socialdemócrata Saragat en su triunfo en las elecciones para la presidencia.

En otros dos países capitalistas de Europa constituyen los comunistas un partido fuerte y con gran influencia sobre los sindicatos. En Finlandia, el partido por ellos controlado alcanzó en las elecciones municipales de octubre de 1964 el 25% de los votos, los socialdemócratas el 27% y un pequeño grupo radical-socialista un 1%. En Grecia está prohibido el partido comunista, pero puede tomar parte en las elecciones —al contrario que en la República Federal de Alemania— como Izquierda Democrática Unificada (EDA). En las últimas elecciones parlamentarias obtuvo casi el 15% de los votos. Un partido socialdemócrata en funcionamiento, no existe en Grecia. En todos los demás países europeos de occidente la socialdemocracia es mucho más fuerte que los partidos comunistas o radical-socialistas. Pero sólo en Suiza y en Holanda defiende ideas semejantes a las del SPD. Sólo allí ha abandonado la concepción de que representa los intereses de clase de los obreros y de los demás trabajadores y que debe sustituirse la propiedad capitalista privada sobre los medios de producción por la propiedad social. De todos modos, la socialdemocracia se mantiene aún en Holanda vinculada a algunos elementos de su antigua teoría social; y en Suiza, al

menos el ala izquierda del partido sigue defendiendo el pensamiento socialista.

Ambos países proporcionan a sus trabajadores un nivel de vida relativamente elevado y buenas prestaciones sociales. En los Países Bajos, en las últimas elecciones parlamentarias, en julio de 1963, el Partido del Trabajo, socialdemócrata moderado, obtuvo 175 millones de votos y 43 escaños (frente a 1'8 millones y 48 mandatos en 1959), mientras que los comunistas tuvieron 0'17 millones de votos y 4 mandatos (1959: 0'14 y 3 mandatos) y el Partido Socialista Pacifista, radical socialista, 0'19 millones de votos y 4 mandatos (1959: 0'11 y 2 mandatos). En Suiza, las elecciones parlamentarias de octubre de 1963 dieron como resultado para la socialdemocracia 26'7% de los votos (1959: 26'6%), para el Partido del Trabajo, comunista, 2'2% (1959: 2'8 por cien).

Los partidos socialdemócratas escandinavos, que gobiernan en sus países desde hace decenios, y que han logrado un alto nivel de vida e impuesto unas amplias prestaciones sociales, sin transformar las condiciones de la propiedad, siguen manteniendo teóricamente, al menos en el ala izquierda de sus organizaciones, el objetivo de una transformación socialista de toda la sociedad. En los tres países existen a su lado pequeños partidos comunistas, de los cuales el sueco ha ganado importancia en los últimos años; ha superado el dogmatismo de sus viejos años, y busca una alianza más estrecha con los socialistas de izquierda de los otros países escandinavos. A éstos hay que añadir aún en Dinamarca y Noruega los partidos socialistas de izquierda, que se denominan Partido Popular Socialista y que están en contra de la presencia de sus países en la OTAN. En Noruega obtuvieron en las últimas elecciones parlamentarias: el partido obrero (socialdemócrata) 805.000 votos y 74 manda-

tos, el Partido Popular Socialista 39.000 votos y 2 mandatos, mientras que los comunistas, con 49.000 votos, no obtuvieron ningún mandato. Las elecciones parlamentarias suecas de setiembre de 1964 dieron como resultado para los socialdemócratas 1'95 millones de votos y 117 mandatos (frente a 114 escaños en 1960), para los comunistas 220.000 votos y 8 mandatos (frente a 5 escaños en 1960). En Dinamarca, en las elecciones parlamentarias de setiembre de 1954, frente a 1'1 millones de votos socialdemócratas (76 mandatos), hubo 150.000 votos (10 mandatos) para el Partido Socialista Popular y 30.000 votos para los comunistas (que no obtuvieron ningún mandato parlamentario).

La dirección del partido socialista belga se encuentra a la derecha, pero los sindicatos de este país tienen un espíritu combativo. También los sindicatos cristianos de Bélgica se muestran a menudo muy militantes en cuestión de salarios. La huelga general contra «la ley de saneamiento» del gobierno Eysken, en diciembre de 1960 y en enero de 1961, demostró que el alto nivel de vida de los trabajadores belgas no ha aminorado en absoluto su disposición de lucha. En las elecciones parlamentarias de marzo de 1961 obtuvieron los socialistas el 36'7% (en 1958, el 36'8%), los comunistas el 3'1% (en 1958, el 1'9%) de los votos. A finales de 1964 y principios de 1965 se ha formado, del ala radical del partido socialista en torno al grupo federalista valón y en torno a las revistas «La Gauche» y «Links», un nuevo partido socialista de izquierda; de los comunistas se ha separado un pequeño partido prochino.

La escisión del movimiento obrero europeo continental repercute muy desfavorablemente en las agrupaciones europeas de los seis Estados (Comunidad Económica Europea, Euratom y Comunidad Europea del Carbón y del Acero), porque en estas

instituciones se deciden importantes cuestiones de índole políticoeconómico que pueden tener consecuencias de política social. Ahora bien, sin la colaboración de todas las organizaciones del movimiento obrero no se puede crear ningún contrapeso de los intereses de los patronos y de los gobiernos. Los más activos partidos obreros de Francia e Italia, el PCF, el PCI y el PSI, están excluidos del parlamento europeo, y los sindicatos más fuertes de ambos países, el CGT y el CGIL, no son consultados en sus deliberaciones. Mientras aumenta sin cesar la imbricación europea de los grandes trusts, no puede siquiera representarse el interés politicosocial de los trabajadores en tales circunstancias con la suficiente energía.

El 14 de noviembre de 1957 declaró la conferencia de Moscú de los partidos comunistas que, en su opinión, en los Estados capitalistas de régimen democrático-parlamentario puede efectuarse una transformación social de la sociedad por vía pacífica mediante la formación de mayorías parlamentarias. Con esta declaración (jamás repetida desde entonces) se ha quitado a los partidos socialistas uno de los más grandes argumentos para rechazar cualquier colaboración con los partidos comunistas. En Francia y en Italia, los sindicatos comunistas, socialdemócratas y cristianos llevan juntos sus luchas laborales; así, pues, resulta tanto menos comprensible que los sindicatos integrados en el IBFG y las asociaciones cristianas no puedan cooperar con los sindicatos agrupados en el WGB. Pero en todas las asociaciones burocráticas de masas es preciso un largo período de tiempo hasta que se ven libres de la vieja rutina y se adaptan de un modo racional a la nueva situación.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la «guerra fría» ha hecho retroceder a la URSS y a los Estados europeos del Este a los tiempos estalinianos, con todas las bárbaras consecuencias

de su dictadura burocrática. Con ello se hizo aún más profundo el abismo entre los dos bloques del movimiento obrero europeo. Éste no pudo evitar que el armamento atómico de Estados Unidos y Gran Bretaña, y luego también de la URSS y por último Francia y China, amenace al mundo con una inconcebible catástrofe mientras no se logren suprimir las causas económicas y sociales de la industria de armamentos, y de la opresión y explotación de otras naciones. Era y sigue siendo sentido y misión del movimiento obrero europeo colaborar en la supresión de tales peligros y de una estructura clasista de la sociedad que engendra tales peligros. Hasta la Primera Guerra Mundial fue consciente de esa misión. Después de la Primera Guerra Mundial sólo llegó al poder en el país europeo donde más precarias eran las condiciones económicas para la realización de su objetivo: una productividad industrial de alto desarrollo. En los demás países de Europa pudo mejorar considerablemente las condiciones de vida de los trabajadores dentro del viejo sistema social. La URSS se vio obligada, como resultado de su aislamiento, a una industrialización no capitalista de economía planificada, que trajo consigo grandes sacrificios para la población. Los bárbaros procedimientos empleados en esto por ella fueron el motivo del medio siglo de escisión y debilitamiento del movimiento obrero; así pudo triunfar el fascismo, y la Segunda Guerra Mundial pudo desalojar a los viejos países industriales de sus posiciones dominantes en el mundo. El rápido ascenso industrial de la Unión Soviética ofreció a los revolucionarios de las antiguas colonias un ejemplo de cómo realizar ideas socialistas ya en el proceso de industrialización, pues la industrialización con métodos de planificación y propiedad social de los medios de producción va a un ritmo más rápido.

De este modo, el ideario del movimiento obrero europeo influyó en un desarrollo que ha desembocado en las revoluciones de China, los países árabes y Cuba. La evolución de Estados Unidos y la URSS hasta el nivel de potencias mundiales ha reducido, naturalmente, la importancia del movimiento obrero europeo, pero sin extinguirla en modo alguno. Si se consiguiera mitigar su división mediante una cooperación en la lucha por sus viejos objetivos, algún día podría volver a estar en condiciones de producir en los países de alto desarrollo industrial un orden social más razonable. Entonces podría ayudar a los países económicamente menos desarrollados en sus empeños de industrialización, a fin de que evitaran aquellos errores que en la URSS son corregidos y superados paulatinamente desde la muerte de Stalin. Y sobre todo podría, con su victoria, reducir en gran medida la probabilidad de una guerra atómica. ■

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Las obras citadas a continuación no deben considerarse como una bibliografía de la historia del movimiento obrero europeo o como el material empleado para la confección de esta obra. Su misión es orientar al lector, dándole unas referencias para otras lecturas. Por otra parte, orientaciones bibliográficas sobre la historia de los diversos partidos obreros europeos, se pueden encontrar en la obra que citamos de J. Braunthal.

EL AUTOR

Obras de conjunto sobre el movimiento obrero europeo:

BEER, M., *Allgemeine Geschichte des Sozialismus und der sozialen Kampfe*, Berlín, 1929. (*Historia general del socialismo y de las luchas sociales*, Ediciones Nueva Era, Buenos Aires, 1957.)

Para la historia de la I y II Internacional:

BRAUNTHAL, J., *Geschichte der Internationale*, 2 tomos, Hannover, 1961-1963

Para la historia de la III Internacional:

BORKENAU, F., *The Communist International*, Londres, 1938

Para la historia del movimiento obrero europeo:

AULARD, A., *Politische Geschichte der französischen Revolution*, Munich-Leipzig, 1924.

BUÓNAROTTI, F., *Babeuf und die Verschwörung für die Gleichheit*, Stuttgart,

COLÉ, G. D. H., *A Short History of the British Working Class Movements 1789-1947*, Londres, 1948.

ENGELS, F., *Die Lageder arbeitenden Klassen in England (La lucha de la clase obrera en Inglaterra)*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1967).

MARX, K., *Der 18. Brumaire des Louis Bonaparte. (El 18 Brumario de Luis Bonaparte)*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1968.)

MARX, K., *Die Klassenkämpfe in Frankreich. (La lucha de clases en Francia)*, Ciencia Nueva, Madrid, 1968; ver también: *La guerra civil en Francia*, Ediciones de Cultura Popular, Barcelona, 1968.)

Para el marxismo:

MEHRING, F., *Karl Marx. Geschichte seines Lebens*, Francfort, 1964.

MAYER, G., *Friedrich Engels*, 2 tomos, Berlín, 1920; La Haya, 1934.

Para el revisionismo:

GAY, P., *Das Dilemma des demokratischen Sozialismus. Eduard Bernsteins Auseinandersetzung mit Karl Marx*, Nuremberg, 1954.

Para el anarquismo:

NETTLAU, M., *Der Anarchismus von Proudhon bis Krapotkin*, Berlín, 1924.

Para la historia del movimiento obrero alemán:

ABENDROTH, W., *Aufstieg und Krise der deutschen Sozialdemokratie*, Francfort del Main, 1964.

ANDERSON, E., *Hammer oder Amboss. Zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, Nuremberg, 1955.

FLECHTHEIM, O. K., *Die Kommunistische Partei Deutschlands in der Weimarer Republik*, Offenbach, 1948.

FRICKE, D., *Die deutsche Arbeiterbewegung, 1869-1890. Ihre Organisation und Tätigkeit*, Leipzig, 1964.

FRICKE, D., *Zur Organisation und Tätigkeit der deutschen Arbeiterbewegung, 1890-1914*, Leipzig, 1962.

KUCZYNSKI, J., *Die Geschichte der Lage der Arbeiter in Deutschland von 1800 bis in die Gegenwart*, 2 tomos. Berlín, 1947-1948.

MEHRING, F., *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie*, 2 tomos, reeditado en Berlín-Oeste, 1960.

ROSENBERG, A., *Entstehung und Geschichte der Weimarer Republik*, reeditado en Francfort del Main, 1955.

Para el desarrollo de la URSS:

DEUTSCHER, I., *Stalin. Die Geschichte der modernen Russland*, Stuttgart, 1951. (*Stalin*, EDIMA, Barcelona,

1968.) DEUTSCHER, I., *Trotzki*, 3 tomos. Stuttgart, 1962-1963. (Ediciones ERA, México, 1967.)

HOFMANN, W., *Die Arbeitsverfassung der Sowjetunion*, Berlín, 1956.

ROSENBERG, A., *Geschichte des Bolschewismus von Marx bis zur Gegenwart*, Berlín, 1932.